

JON ARRETXE
NO DIGAS
NADA



D.J.57

erein

JON ARRETXE
**NO DIGAS
NADA**



erein

No digas nada

JON ARRETXE



Jon Arretxe (Basauri, 1963), es doctor en Filología Vasca, licenciado en Educación Física y ha completado, en los conservatorios de Bilbao y Vitoria, sus estudios de piano y canto.

Este polifacético y exitoso autor tiene la creación literaria por oficio, pero también ofrece conferencias sobre sus libros o viajes, y además canta ópera, siendo integrante de los coros de ópera de Bilbao y Pamplona.

Desde la publicación de su primera obra, en 1991, su producción combina principalmente la literatura de viaje (*7 Colores, Tubabu, El sur de la memoria...*) y la novela negra (*Shahmarán, La Calle de los Angeles...*). A este género pertenece *Sueños de Tánger*, trabajo publicado en la colección cosecha roja.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: abril de 2019

Título original:

Ez erran deus

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Jon Arretxe

©EREIN. Donostia 2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-474-6

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

JON ARRETXE

NO DIGAS NADA

Traducción de Cristina Fernández



I

Los grillos dejan de cantar al percibir los pasos de alguien acercándose. El silencio se apodera de la noche, pero solo durante unos segundos; es un silencio frágil y poco duradero que se quiebra en cuanto empieza a rugir la motosierra. Aunque la temperatura es agradable, el hombre lleva un chubasquero amplio y cubre su cabeza con la capucha. Echa un vistazo hacia la borda, donde la falta de luz hace pensar que no hay nadie. Todo está en calma. Solo el burro se revuelve inquieto y parece intuir algo, con las orejas erguidas, en alerta. El extraño visitante se acerca al animal, que levanta la mirada sin tan siquiera amagar con un rebuzno. Y entonces todo sucede muy rápido: un corte limpio y la cabeza se desploma, seguida del cuerpo erupcionando como un volcán de sangre. Está hecho, el hombre apaga la motosierra y observa a su alrededor; todo sigue igual entre la oscuridad y el silencio. Es un lugar apartado, sin casas, sin vecinos, lejos de cualquier posible testigo. Apenas hay riesgo de ser descubierto, él lo sabe. Agarra la cabeza del asno por una oreja y la arrastra hasta el camino, dejando un reguero de sangre y la hierba aplastada a su paso. Abre la puerta trasera del 4x4, deja el trofeo sobre un plástico, y espera unos segundos, atento al tímido retorno del canto de los grillos. Solo cuando se restaura la placidez inicial sube al todoterreno, gira la llave de contacto y pisa a fondo el acelerador mientras suena a todo volumen *Origin of Symmetry*, de Muse.

* * *

A Isaac no le hace ninguna gracia que le fastidien la siesta y hoy se la han cortado por la mitad, precisamente cuando estaba al borde del éxtasis, sumergido en un lujurioso sueño. Tiene el móvil en posición de silencio, pero ni por esas le dejan en paz, han venido hasta su casa, y ahí está quien quiera que sea, a punto de quemarle el timbre. Empieza a refunfuñar mientras sacude la pereza de su enorme y seboso cuerpo, y sigue refunfuñando cuando llega arrastrando los pies hasta la puerta.

–¿Tú? –dice sin ocultar su enfado al abrir y toparse de frente con Tomás, el propietario de la vacada más grande del pueblo, tuerto y muy alto, casi como el mismísimo Tartalo.

–Sí, yo. No irás a decirme que te sorprende mi visita –responde el ganadero, con su grave y penetrante voz impregnada en un tono agrio.

–¿Y por qué no? Que yo sepa nadie te ha dado cita para que vengas a joderme la siesta.

–Estás de coña, ¿no? ¿Todavía no te has enterado de que me han matado el burro, o qué?

–Ya lo sé, ¿y?

–¿Cómo que “y”? ¿Acaso no piensas hacer nada?

–Vaya ¿pues qué se supone que debería hacer?

–Dar con el culpable, ¿no? Es tu deber.

–¿Mi deber? ¡Una mierda!

–Eres el alguacil.

–¿Y qué? A ver si os enteráis de una puta vez: no tengo obligación de solucionar todos los problemas del pueblo, y no podéis presentaros en mi casa cuando os sale de los huevos para contarme vuestra vida, ¡hostia! Que yo también tengo mis preocupaciones.

Isaac corona su discurso con un portazo en las narices del gigante tuerto dejándolo plantado en el umbral antes de que pueda reaccionar. Al cíclope le sobra fuerza para tirar la puerta de una patada, y ganas no le faltan, pero se traga la hiel y lo único que hace es ajustarse la boina antes de dar media vuelta y largarse.

* * *

El alguacil se asoma discretamente entre los visillos de la ventana para comprobar si el cascarrabias de Tomás se ha largado ya. Luego se calza los zapatos antes de salir a la calle montado en su sufrida bicicleta. Pedalea hacia la borda de las vacas, situada en un cerro que hay detrás de su casa, y antes de llegar a la primera cuesta ya tiene la camisa empapada en sudor. En momentos como este recuerda lo que siempre le dice el médico: que no debería comer ni beber tanto. *Vaya mierda*, piensa.

En cuanto llega resoplando, comprueba que el cuerpo del asno ya no está por allí, al menos a la vista. Mejor así, porque de otro modo, el paraje se llenaría de buitres y alimañas. Repara en los restos de sangre que han quedado en el prado, y también en las marcas de rodadas en la pista. Aparte de eso, en la escena del crimen no encuentra ningún indicio útil para dar con el autor de los hechos. Se apoya en un peñasco y se rasca la barba a medio crecer mientras revisa el entorno con mirada escrutadora. Desde lo alto de la colina puede ver las otras bordas del valle diseminadas dentro del término de Orbe. Entre ellas, una le llama especialmente la atención, la quesería de Julián, y muy cerca de esta, un vehículo aparcado. El alguacil se queda pensativo al reconocer el coche de Tomás.

* * *

El vaquero decide dejar el coche y entrar a pie en el terreno de Julián, no quiere más problemas con ese viejo loco. Camina los últimos metros intentando no llamar la atención, se detiene detrás de unas pacas de hierba seca, y desde ahí estira el cuello para atisbar. Es entonces cuando ve a ese negro tan fornido, el nuevo ayudante del pastor, tumbado en el suelo, con la cabeza metida bajo las ubres de una oveja, tirando de un pezón del que no salen más que unas gotas. A Tomás le resulta patético ver a un hombretón de semejante tamaño ahí despatarrado, con la boca abierta, intentando desesperadamente echar un trago de leche.

—¿Está bueno, Touré? —se dirige a él, saliendo de entre los fardos de paja.

El burkinés se levanta sobresaltado, la oveja escapa corriendo hacia el rebaño y el recién llegado se acerca torciendo el gesto en una mueca de asco. Frente a frente, los dos hombres en pie son igual de altos.

—¿Se vive bien en este palacio? —pregunta el vaquero, irónicamente.

—Bueno...

—Yo también pude haberte contratado, ¿sabes? —continúa, sin esforzarse por ocultar su desprecio.

—No, no lo sabía —responde Touré, preguntándose qué puñetas entenderá ese tipo por “contratado”.

—Vaya, vaya... —el ganadero se frota el mentón, pensativo—. Siempre estás aquí, día y noche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cuánto te paga el viejo?

—Depende, a veces más, a veces menos.

El único ojo de Tomás escanea a Touré de arriba abajo, como si quisiera registrar cada detalle de su mísero aspecto. El africano, sin embargo, prefiere perder su mirada en los frondosos hayedos que rodean Orbe, intentando adivinar qué demonios ha venido a buscar ese tipo al que apenas conoce de vista. Solo lleva unas semanas en este rincón perdido del Pirineo navarro, no es la vida con la que soñaba, ni la gente del pueblo le muestra mucho afecto, pero al menos está lejos de Bilbao, la ciudad que empezaba a asfixiarle.

–Tal vez puedas ganar algún dinero extra –continúa el vaquero, con un tono algo más suave–. ¿Te interesa?

–Tú dirás... –el escepticismo suena en la voz de Touré.

–Ya te habrás enterado de que anoche me mataron el burro, ¿no?

El africano asiente.

–Algún hijo de puta lo ha decapitado y se ha llevado la cabeza –añade Tomás–. Quiero saber quién ha sido, te pagaré si consigues averiguarlo.

–¿Cuánto?

–Más de lo que te da ese tacaño de Julián por un día de trabajo, eso seguro.

Durante unos segundos solo se escuchan los balidos del rebaño.

–¿Por qué no vas a la policía?

–¿Aún no te has dado cuenta de lo bien que nos llevamos aquí con la policía?

Touré ya sospechaba algo al respecto y, sí, bien pensado, lo mejor para todos será resolver el tema de manera extraoficial. Nadie desea ver una patrulla por el pueblo, pero a quien menos le interesa encontrarse con la pasma es a él. Mejor que no aparezcan ni en pintura. Seguro que sería el primero a quien interrogaran. Eso de entrada, porque luego le pedirían unos papeles que no tiene, investigarían sus antecedentes... Por algo salió huyendo del barrio bilbaíno de San Francisco. Allí su mayor problema eran precisamente los ertzainas, y aunque esos no vayan a aparecer por aquí, cuanto más lejos se mantenga de los polizontes, tanto mejor; da igual si son ertzainas, forales, guardias civiles o como quieran llamarse.

–¿Y en el pueblo no hay ninguna autoridad que pueda ayudarte?

–¡Bah! Tenemos un alguacil que es un inútil y un sinvergüenza –la repugnancia que refleja el rostro de Tomás es pareja a la que él mismo provoca en Touré–. Ese cabrón no tiene tiempo para sus obligaciones, está demasiado ocupado tocándose los cojones cuando no se pasa las horas muertas en el puticlub.

–¿Y por qué yo? ¿No hay otra persona a quien puedas pedir ayuda?

–Vamos a ver, ¿pero tú no eras detective o algo por el estilo?

–¿Quién te ha dicho eso? –replica el burkinés, asombrado.

–Hasta aquí ha llegado tu fama, imagínate –responde, bulón, el vaquero.

¡¿Adama?! –piensa Touré–. ¿Qué coño habrá ido contando por ahí?

II

He terminado en este pequeño pueblo perdido en el Pirineo navarro gracias a Adama, un senegalés bajito, de apariencia frágil, pero más duro que una roca. Ha pasado mucho tiempo desde que coincidimos en aquella fatídica travesía por el Mediterráneo, aquella noche decisiva en la que íbamos treinta y un africanos dentro de una patera. Aunque la mar estaba picada, parecía que íbamos a tener suerte. Las luces de la costa española resplandecían muy cerca, estábamos a punto de alcanzar nuestra meta, y así habría sido si los nervios no nos hubieran jugado una mala pasada. La gente empezó a alterarse al ver lo poco que faltaba para llegar, muchos se levantaron antes de tiempo haciendo que la zódiac se balanceara más de la cuenta, y un golpe de ola nos hizo volcar. El resultado fue terrorífico: todos murieron ahogados, solo nos salvamos Adama y yo. Sobrevivimos de casualidad, porque acabamos atrapados en la bolsa de aire que se formó en la concavidad de la embarcación cuando esta quedó boca abajo. Así pudimos respirar hasta que vinieron en nuestro auxilio, no sé cuánto tiempo después.

Apenas recuerdo nada del rescate, solo que la Cruz Roja nos dio ropa seca y que, para evitar ser expulsados, repetíamos una y otra vez que éramos refugiados de Sierra Leona. De ese modo conseguimos un permiso de cuatro semanas, más que suficiente para poner tierra de por medio.

Yo fui a parar al barrio de San Francisco, en Bilbao, y Adama al norte de Navarra. A pesar de terminar separados, durante todos estos años nunca hemos llegado a perder totalmente el contacto, hemos sabido el uno del otro, aunque casi siempre a través de terceros. La experiencia de la patera nos dejó muy tocados, y creo que, de hecho, no queríamos volver a vernos por temor a revivir ese amargo trago. Aún así, ni siquiera ese recelo ha podido evitar que finalmente nuestros caminos vuelvan a coincidir, pero ahora no por azar, ya que fui yo quien acudió a Adama en busca de ayuda.

Me resultaba imposible continuar en San Francisco, donde la policía me tenía entre la espada y la pared a base de chantajes. Primero me obligaron a hacer de chivato, y cuando quise darme cuenta ya era un sicario a sus órdenes. Acabé convertido en una marioneta que usaban a su antojo para hacer el trabajo sucio. Hasta que no pude soportarlo más y decidí huir. Por eso tuve que despedirme de los buenos amigos que tenía, que aún tengo, en aquella Pequeña África: Osmán, el maliense con quien compartía piso; Xihab, el camarero del *Berebar*, el local más cosmopolita de todo Bilbao; Cristina, amiga incondicional y fogosa amante, uno de los pocos apoyos que he encontrado entre la gente de aquí... Desde entonces no sé nada de ellos, toda comunicación entre nosotros está cortada a la espera de un tiempo mejor en el que podamos volver a reunirnos sin correr riesgos. Mientras tanto, solo nos pondremos en contacto si hay alguna emergencia. Por eso mi teléfono móvil continúa apagado, hasta tuve la precaución de sacarle la batería el mismo día en que me fui. Tal vez sea una paranoia mía, pero dicen que, de otro modo, podrían localizarme, incluso con el aparato desconectado. Y no es que me crea tan importante como para movilizar a la Ertzaintza, pero, después de todo lo que he pasado, cualquier precaución me parece poca.

Tampoco tengo noticias de mi familia, que sigue en Burkina Faso, aunque en este caso los motivos son otros. Lo último que dijo mi mujer antes de mandarme al cuerno fue que un hombre de verdad ya tendría los papeles en regla, que debería haber sido capaz de reagrupar a la familia

después de tanto tiempo, que se avergüenza de mí porque ni siquiera puedo enviar dinero suficiente para alimentar a mis hijos.

Aunque me dolieron esas palabras tan duras, comprendo la desesperación de Mariam. En el fondo tengo bien merecido todo lo que me escribió en ese último mensaje. Y es que llevo años en este supuesto paraíso de oportunidades y aún no he conseguido una mierda. Apenas sobrevivir. Pero ¿qué voy a hacer? De momento sigo aferrado a la esperanza con paciencia africana, sigo adaptándome a lo que me trae la vida, no puede ser de otra manera, y si ahora me toca estar en este pueblo perdido en la montaña, pues aquí estoy. Me paso el día en una borda, cuidando del ganado: esquilo las ovejas, vigilo los corderos, siego la hierba, transporto la paja, limpio las instalaciones... Todo eso casi por la voluntad. El pastor, un viejo indeseable, rara vez deja caer algún billete, y encima tengo que oírle decir que menuda suerte la mía, que debería alegrarme de tener un “buen” sitio donde pasar las noches, que él de joven se pelaba de frío durmiendo en las chabolas del monte, y a cambio solo ganaba lo justo para comer. En ocasiones me da un poco de requesón, una punta de queso o algún rebojo de pan. Es ridículo pensar que pueda sobrevivir con eso, pero lo peor es el trato que me da: solo le falta tirarme la comida al suelo, como si yo fuera uno de sus perros, o peor, porque al menos estos reciben pequeñas muestras de afecto de vez en cuando, una palmadita en el lomo, alguna caricia entre las orejas...

Adama ya me advirtió que no podría conseguir nada mejor para mí. La verdad es que él tampoco está en una situación muy envidiable. Se pasa el día metido en una gasolinera, en un cruce de la carretera general, aislado del resto del mundo. Todas las mañanas tiene que abrir muy temprano, y aguanta ahí el día entero hasta la hora del cierre. Luego, por la noche, se queda a dormir en el almacén. Al final es como si hiciera jornadas de 24 horas 365 días al año. Igual que yo, con la diferencia de que él cobra 400 pavos al mes. Cualquier empleado blanco tiraría a la jeta de su patrón un sueldo tan indigno, pero un negro muerto de hambre no puede permitirse ese lujo. Vaya, que menos da una piedra, y de lo malo malo, Adama no paga alquiler, así que entre eso y alguna propina de los clientes, se las arregla para ir tirando y hasta le llega para enviar un poco de dinero a la familia. Pero lo más importante es que tiene papeles. Los consiguió hace tiempo, así que, ya de entrada, puede vivir más tranquilo que yo.

Al llegar a la gasolinera lo veo sentado a la sombra, frente a los surtidores. Está cruzado de brazos, con la mirada puesta en el horizonte y la mente quién sabe donde. Los chirridos de la bici que he cogido de la borda llaman su atención, gira la cabeza, y al verme, su rostro se ilumina.

* * *

—Un café sí, ¿verdad? —me ofrece Adama, tras los consabidos y largos saludos africanos.

—Sí, por favor —respondo sentándome en la silla de plástico que hay junto a la que acaba de dejar libre él.

—¿Como siempre?

—Sí.

En el almacén de la gasolinera, Adama tiene un fuego eléctrico en el que cada día se prepara la comida. Algunos clientes enrollados le traen lo que necesita, aprovechando que les cae de paso un centro comercial. Es más que un detalle, teniendo en cuenta que él no puede moverse de su puesto en todo el día. A mí solo me llega para comprar algo muy de vez en cuando en el pequeño supermercado de Orbe, y si quiero comer caliente, no me queda otra que prender una lumbre junto a la borda donde trabajo y apañármelas con un cazo roñoso. Básicamente me alimento de arroz, pero eso no es suficiente y tengo que hacer supervivencia con lo que encuentro por ahí, en el río, el bosque o los prados. Al menos ahora estoy en un lugar donde la naturaleza es generosa, no

como en mi pueblo, Gorom-Gorom. Allí la tierra es seca y estéril, tendría que conformarme con los escorpiones que se esconden bajo las piedras. Sin embargo, aquí es fácil conseguir setas, caracoles, peces, moras... Y lo mejor es que siempre puedo contar con la solidaridad de Adama.

A través de la puerta abierta del almacén, veo a mi amigo poniéndose de puntillas para alcanzar la balda donde suele guardar la cafetera. Al cabo de unos minutos sale con dos tazas humeantes y unos trozos de pan con mantequilla en una bandeja.

–¿Te has enterado de lo del burro? –le pregunto después de dar el primer sorbo.

–Claro, ¿y quién no? No se habla de otra cosa, hoy ha sido el principal tema de conversación con los clientes.

–¿Adivinas a quién le han pedido que investigue para encontrar al culpable? –apenas termino de preguntar, la sonrisa de Adama me indica que ya se lo imagina-. Pues sí, esta misma mañana ha venido Tomás con la propuesta –le confirmo-. Oye, por cierto, ¿tú le has dicho que soy detective o algo así?

–Bueno, directamente a él no, pero puede que... Cuando me pediste que te ayudara a encontrar trabajo, comenté por el pueblo que, aparte de ser un tipo honrado, también tienes experiencia como investigador. Para dar más cuerpo a tu *curriculum*, ya sabes.

El pan de caserío está en su punto, son buenisimas las tostadas que me prepara este senegalés.

–Me huelo que no voy a sacar gran cosa de esta investigación –continúo entre bocado y bocado-. Ha prometido pagarme, pero no ha llegado a concretar una cifra.

–Uf, entonces mejor que no te hagas ilusiones. En este pueblo son de puño cerrado, y el más agarrado de todos es Tomás, sin duda.

Las palabras de Adama no han hecho sino confirmar mis sospechas. En Orbe la mayoría de la gente está forrada. El que no tiene ganado, tiene tierras, y aparte está todo lo que sacan vendiendo productos locales, alquilando casas rehabilitadas para el turismo rural... Pero nadie lo diría, aquí todos viven humildemente, algunos como si fueran pobres. Por lo visto guardan el dinero para llevárselo a la tumba.

–A propósito –añade mi colega-, la borda del vaquero no está muy lejos de la tuya... ¿No viste nada raro anoche?

–No, no vi nada; pero me desperté de madrugada con el ruido de lo que parecía una motosierra. Solo fue un momento, no más de unos segundos, y después oí pasar un coche zumbando con la música a tope.

–Bueno, pues según dicen, fue una motosierra lo que debieron de usar para rebanar el pescuezo del burro, así que... –deja la frase en suspenso, insinuando con la mirada lo que parece una conclusión lógica.

–Tal vez... –respondo pensativo-, pero ¿quién no tiene una motosierra por aquí?

–Y la música... –continúa Adama, en actitud reflexiva-, ¿de qué tipo era?

–Pues no sé cómo explicarte..., retumbaba mucho, una de esas que dan dolor de cabeza a los cinco minutos.

–Y el motor del coche... ¿Cómo sonaba? ¿Dirías que era de gasolina o de gasóleo?

–Joder, si pareces tú el detective –le replico con tono jocos-. Te veo muy motivado, si quieres te contrato de ayudante y vamos a medias.

–Vaya, es una oferta interesante, la mitad de cero euros no está nada mal, ¿eh? –responde él antes de contagiarme una carcajada-. Deja, deja...

Permanecemos un momento en silencio, con media sonrisa en la cara mientras nos dura el regustillo de la broma.

–Aún así, ¿qué tipo de motor crees que era? –mi compañero vuelve a la carga.

–No tengo el oído tan entrenado como tú, pero para mí que era de gasóleo, y no precisamente nuevo.

–¿Un todoterreno, por ejemplo?

–Podría ser, aunque estamos en las mismas, ¿quién no tiene uno de esos por aquí?

Adama vuelve a quedarse abstraído, con la mirada perdida en el horizonte, igual que cuando he llegado.

–Si te apetece ayudarme... –le digo, sacándole del ensimismamiento–, puedes preguntar a tus clientes. Por aquí pasa casi todo el pueblo, quién sabe, a lo mejor consigues alguna información de interés.

–¡Claro! Estaré atento, a ver si me entero de algo. Además, me servirá de distracción, a veces se me hace muy largo todo el día aquí metido.

Una pareja de águilas aparece en el cielo atrapando nuestra atención. No es raro ver aves rapaces sobrevolando la zona. Podría pasarme las horas muertas contemplando cómo planean, me relaja tanto que pierdo la noción del tiempo...

Ahora soy yo el que se queda extasiado y Adama quien me hace bajar a la realidad:

–Bueno, yo ya estoy en el curro, no tengo que ir a ninguna parte, pero tú... ¿No tendrías que volver a tu puesto? El pastor te va a pedir cuentas si se entera de que pierdes el tiempo aquí, charlando conmigo.

–¡Que le den! –me sale del alma–. Merezco un descanso de vez en cuando, ¿no te parece?

Mi compañero asiente dándome la razón y volvemos a sumergirnos en la quietud de este solitario cruce de caminos. Durante los siguientes minutos, soy el único que altera el silencio con algún ruido, el de los sorbos que doy al café y el crujir de la última tostada entre mis dientes... Pequeños caprichos, auténticos placeres.

* * *

Al final se me ha hecho muy tarde, Julián ya ha empezado a enchufar los tubos de la ordeñadora a los pezones de las ovejas. Voy con cuidado por la parte de atrás, intentando no meter mucho ruido con la bici, prefiero que no me oiga llegar. Al pasar junto a la quesería, me extraña mucho ver la puerta entreabierta, normalmente está cerrada a cal y canto. Eso es territorio prohibido para mí, ahí solo puedo entrar con el patrón cuando quiere que le ayude con alguna tarea, y por nada del mundo me dejaría la llave. Seguramente piensa que soy una persona sin principios, de esas que no saben lo que es la lealtad ni la decencia, apostarí que me imagina entrando a escondidas para robarle, para beberme la leche o para zamparme la mitad de los quesos que tiene ahí dentro curándose. Y la verdad es que, con el hambre que paso, bien hace en desconfiar.

Me dirijo al cobertizo donde están los comederos para el ganado. En esta época, acabando la primavera, la mayoría de las ovejas pastan en los prados, mientras que aquí, a cubierto, solo hay alguna madre tardía con sus crías. Dejo la bicicleta en el suelo y me quedo mirando a los corderos. Ellos también me miran, como si me reconocieran y se alegraran de verme. Son adorables, sí; aunque en mi situación actual preferiría tenerlos alegrándome el estómago en lugar de balando por ahí. Y eso que los conozco hasta por su nombre: ese tan blanco es *Elur*; un poco más allá, *Buruhandi*, el pobre al que rechazó su madre nada más nacer; *Belzkote*, siempre tan huidizo, y por ahí tendría que estar... ¡Vaya! ¡Me cago en diez!, ¡creo que falta uno! A ver..., uno, dos, tres, cuatro... Sí, falta uno, seguro. Menuda putada, a ver qué va a pasar ahora... Se me hace un nudo en el estómago y empiezo a sudar de repente. Intento serenarme, puede que el viejo se lo haya llevado. A lo mejor lo ha vendido. ¿Acaso no los cría para eso? El destino de la mayoría de estos animales es una muerte temprana para acabar en la bandeja del horno ¿no? Pero en esta

ocasión... ¿¡No me lo habrán robado!? ¿Y si se ha muerto y está por ahí, en algún rincón? Busco dentro y fuera del cobertizo. Miro bien, de un extremo al otro; pero nada, ni rastro. Menuda papeleta, ¿dónde rayos se habrá metido ese bicho?

Es posible que hayan vuelto los ladrones de ganado, no me extrañaría nada. Ya han pasado por aquí alguna vez, suben por las pistas en todoterrenos o en camionetas y en un segundo se llevan cualquier res que esté descuidada. Un día el pastor me contó que, antes de llegar yo, le robaron siete ovejas preñadas en una tarde. ¿Será que ahora también nos han mangado este cordero? Despliego bien la antena por si escucho algo en los alrededores; pero en lugar del balido de la cría perdida oigo un rugido retumbando sobre todos los *bees* del rebaño.

–¡¡Touré!! ¿Pero estás ahí?

¡Hostia, el pastor! ¿Y ahora qué hago? ¿Se habrá dado cuenta de que falta un lechal? Por si acaso, decido adelantarme y salir antes de que llegue al cobertizo.

–Pues claro, aquí estoy –respondo, plantándome en mitad del camino, sin atreverme a mirarle a la cara.

–¿Cómo que “claro”? ¿Se puede saber dónde cojones has pasado toda la tarde? Hace un buen rato que he llegado y tú no estabas por la borda.

–Es que tenía que hacer un recado en el pueblo.

–“Un recado en el pueblo” –repite, con un tono de burla cargado de desprecio–. ¡Disculpas!, ¡nada más que disculpas! Tienes que estar aquí todo el día, ese fue el trato, ya lo sabes. Siempre hay algo que hacer en la borda, no quiero volver a pillarte tocándote los huevos por ahí.

Paso de responderle porque ahora mi prioridad es mantenerlo alejado del redil de los corderos. ¿Cómo podría enterarme si ha sido él quien se ha llevado el que falta?

–Te lo tengo dicho: Nuestras ovejas son *latxas*, solo *latxas* –subraya–, y las tenemos que cuidar como un tesoro, porque son la raza originaria de estas tierras. No les pierdas ojo, que no se mezclen con ese ganado que algunos han traído de fuera, no vaya a ser que, en un descuido, uno de esos carneros judíos nos preñe alguna. Porque entonces se acabó la pureza de raza, se acabó la denominación “Idiazabal”, y se acabó el negocio. Ya te lo he explicado mil veces, ¿todavía no te has enterado?

–Sí, claro que sí –afirmo, aunque la verdad, solo le llevo la corriente.

Julián siempre está dándome la tabarra con eso de las razas, que si estas o aquellas dan mejor leche, que si esto o lo otro afecta más o menos al mercado, que si la denominación de origen es muy importante... Es un plasta, pero yo no le hago ni caso. Solo me quedo con que debo mantener el rebaño a salvo de cuatrerros, depredadores y carneros judíos. Eso es lo principal, y luego, aparte, tengo que mantener todo en condiciones, “no como otros pastores, que son unos guarros y ni siquiera limpian las cantinas de vez en cuando”.

–En el fondo, esas ovejas judías son como vosotros –me reprocha con desdén.

Imagino a quién se refiere con ese “vosotros” y lo que quiere decir cuando nos compara con las ovejas judías, pero no me importa demasiado, hace tiempo que me he acostumbrado a escuchar sandeces como esa y otras cosas peores. Además, me da que este viejo no está muy bien de la cabeza, con la edad cada vez se le va más la pinza. Hace poco me dijo que últimamente se le aparecen los espíritus, que tiene miedo de que se lo lleven al más allá, y hasta llegó a preguntarme si es cierto que en África practicamos el vudú para hacer tratos con los muertos. ¿Qué se puede esperar de semejante personaje? Lo mejor es no hacerle caso y ya está. Ni siquiera me tomo sus insultos como tales, todo lo que dice me entra por una oreja y me sale por la otra. Al final el sentimiento es mutuo: mientras él se aproveche de mí, yo trataré de hacer lo mismo con él, esa es la clave; si, total, voy a mandarlo al cuerno en cuanto encuentre algo mejor...

–Venga, que me tengo que ir –dice mientras cierra con llave la quesería–. Deja todo en orden y vete a la cama temprano, ¿eh?

“Cama”, qué palabra tan bonita para referirse a ese colchón deforme y áspero, relleno de lana del siglo pasado. Le digo que vaya tranquilo, pero en el fondo yo sí que estoy preocupado, no se me ocurre qué narices ha podido pasar con el cordero que falta.

–Oye, Julián –le digo en el último momento, cuando ya está subiendo al todoterreno.

–¿Qué pasa?

Me mira esperando a ver qué tengo que decirle, pero no me salen las palabras, me quedo como un tonto.

–Nada..., que duermas bien.

El pastor arruga la nariz poniéndome cara de asco y cierra la puerta del coche con un golpe, sin dignarse a responder.

III

Todas las mañanas acompaño a mi patrón para ayudarle a ordeñar las ovejas. Hoy, mientras poníamos las máquinas en marcha, he aprovechado para preguntarle, como quien no quiere la cosa, si en estos días piensa hacer alguna comida especial. Él se ha limitado a levantar la cabeza y observarme durante un par de segundos, como si yo fuera imbécil. Después ha seguido a lo suyo sin decir ni mu. Va a ser que él no se ha llevado el dichoso cordero y, por lo que parece, tampoco se ha enterado de que falta. Al menos eso me da un poco de tiempo.

Cuando terminamos la faena, después de apagar las ordeñadoras, el viejo me pasa una bolsa con seis quesos curados:

–Para llevar a la tienda y a la carnicería –dice–. Deja tres en cada sitio: tres y tres –recalca, otra vez con esa mirada suya dudando de mi inteligencia–. ¿Lo has entendido bien?

–Perfectamente, sin problema –respondo, conteniéndome para no añadir: “aunque sea negro, sé contar hasta tres”.

Luego se asegura de cerrar bien la quesería, coge el coche y, sin despedirse, sale hacia el pueblo al mismo tiempo que yo empiezo a pedalear en la misma dirección.

Primero paso por la carnicería. Parece que no hay nadie cuando entro, pero enseguida oigo un “ya voy” desde la trastienda. Mientras doy tiempo a que salga alguien, mis ojos se detienen en la hilera de chorizos y morcillas que cuelgan de unos ganchos encima del mostrador. En la pared de detrás hay un montón de certificados de calidad y no sé cuántos títulos de diferentes concursos, todos convenientemente enmarcados. Tampoco me fijó mucho en esos papeles, me interesa más la carne expuesta en la vitrina refrigerada: pollos, jamones, hamburguesas, salchichas, entrecots... Se me hace la boca agua imaginando todo eso frito, asado, a la brasa, con salsa y guarnición... Hasta que llega el carnicero y me corta el rollo con su ronca voz.

–Ah, eres tú... –dice, decepcionado.

Es un tipo calvo y gordo, de unos cuarenta años, casi tan ancho como alto. Por encima de la barriga lleva un delantal que dice: “Carnicería Lakunza”.

–Traigo esto para ti –digo, sacando los quesos encima del mostrador.

Él los recoge alargando los ocho dedos que le quedan, pues le faltan el anular y el meñique de su mano izquierda. Después, en lugar de retirarse, estira el cuello para cotillear qué más llevo.

–Esos otros son para la tienda de la plaza, ¿verdad? –pregunta.

–Sí.

–¿Sabes a cuánto los vende esa bruja?

–Ni idea.

Tuerce el morro en una expresión de desagrado y continúa:

–Ya sabes que también vende carne, ¿verdad? Tiene chuletas de cerdo, pollos, salchichas...

–Pues no me he fijado –respondo con indiferencia.

–Cualquier día la denuncio por vender carne fresca sin la autorización necesaria.

Me encojo de hombros y desvío la mirada hacia los estantes de mi izquierda, donde hay un montón de conservas caseras: alcachofas, puerros, pimientos, menestras... También veo una cesta llena de huevos, unos de dudoso control sanitario que el propio carnicero suele vender bajo el

reclamo de “muy frescos, hoy mismo los han puesto mis gallinas”. Y al otro lado de la tienda, unas baldas con botellas de aceite, dulces y productos variados, además de una cámara frigorífica hasta arriba de pescado congelado y varias cajas con fruta de temporada en el suelo.

–¿Querías algo más? –me pregunta.

–No.

–Pues hasta luego, que tengo muchas cosas que hacer.

Para estar tan ocupado como dice, no tiene prisa en moverse del sitio. Se queda controlándome, no vaya a ser que se me escape una mano y le robe algo. Siempre me pasa lo mismo: basta con que me asome por cualquier tienda para que suban todos los niveles de alerta. Supongo que eso también les sucede a otros muchos como yo, pero no me consuela en absoluto. Lo peor de todo es que al final uno acaba interiorizando la sensación de ser un delincuente en potencia y olvida lo que es andar por la vida con normalidad. Cuando entro a un comercio, siempre hay alguien observándome con recelo y tengo que moverme con mucha cautela para evitar cualquier malentendido. Estoy hasta los huevos de sentir en el cogote la mirada punzante del dependiente cada vez que me detengo frente a un expositor para ver alguna cosa. Hay veces que ya no aguanto, y, al menos en un par de ocasiones, me he dado el gustazo de dejar en evidencia al guardián de turno, girándome por sorpresa con las manos volteadas, mostrando mis palmas abiertas, limpias y vacías. Normalmente se cortan un poco y disimulan con una sonrisa falsa. ¡Como si fuera difícil adivinar lo que piensan de verdad!

El carnicero de Orbe sigue plantado detrás del mostrador, al menos hasta que abro la puerta y desaparezco por la cortina de tiras.

* * *

En la tienda de ultramarinos tengo mejor acogida. Cuando entro, Idoia me saluda desde la caja mientras da los cambios a un cliente. Idoia es la sobrina de la dueña y una de las pocas personas en Orbe que no me trata con desdén. Paso junto a ella devolviéndole el saludo, y me sonrío. Pero ahí se acaba el buen rollo, porque, apenas me meto en uno de los pasillos, ya siento la mirada desconfiada de su tía desde la otra punta del local.

–Te traigo unos quesos –me dirijo a la mujer, deseando terminar y largarme cuanto antes.

La señora coge la bolsa y, tras inspeccionar su contenido, empieza con un interrogatorio de lo más previsible:

–¿También has llevado quesos al carnicero?

–Sí.

–¿Cuántos?

–Otros tres.

–¿Y sabes a cuánto los vende ese sinvergüenza?

–Ni idea.

Aprieta los labios marcando aún más las arrugas que ya tiene, y continúa:

–¿Has visto si tiene género nuevo para vender? ¿Algo aparte de carne?

–No, he dejado los quesos y me he ido.

–Lechugas, tomates...

–No me he fijado.

–Cualquier día...

“Cualquier día voy a denunciar a ese ladrón por hacer competencia desleal vendiendo productos que no son de carnicería”, sí, ya lo sé. Dejo que se desahogue mientras miro los embutidos y las chuletas que hay detrás del cristal, bajo el mostrador.

–Pasará Julián a cobrar, como siempre, ¿no? –pregunta.

–Sí, como siempre.

De camino a la puerta tengo que cruzar por un pasillo lleno de tentaciones: galletas, madalenas, chocolate... Los ruidos de mi estómago me recuerdan que aún estoy en ayunas, agacho la cabeza y aprieto el paso mirando al suelo para no sufrir demasiado. Casi he llegado a la salida cuando Idoia llama mi atención con un suave siseo.

–Toma, Touré –susurra, al tiempo que me tiende una mano y descubro un pastelito de la *Pantera Rosa* asomando entre sus dedos.

–¿No te meterás en problemas? –digo, mirando de reojo hacia el lugar donde su tía se ha quedado ordenando unas cajas.

–Tranquilo, se van a pasar de fecha muy pronto –responde, sacando alguno más–. Si no te los doy a ti se los llevará el repartidor cuando venga mañana. No te preocupes, diré que se los he regalado a unos críos y ya está.

–Pues gracias.

Hacemos otro intercambio de sonrisas y me guardo rápidamente los pastelitos antes de salir a la calle sintiéndome un delincuente.

* * *

Al llegar a la borda termino algunas tareas pendientes y luego decido tomarme un descanso. Entonces bajo dándome un paseo hasta el río. Para cuando llego casi es la una del mediodía, la corriente viene clara y limpia, el sol aprieta en lo alto y el cielo luce azul. Todo invita a entrar en el agua y no tengo reparo en descalzarme; pero apenas meto un pie, ya siento el mordisco del frío y me dan ganas de salir corriendo. Aguanto pensando que al menos no estamos en invierno y que, de cualquier modo, siempre es peor pasar hambre que darse un baño helado. Además, ya debería estar acostumbrado, no es el primer día que vengo a pescar, de modo que termino de arremangarme y aprieto los dientes antes de empezar a subir por el cauce. Avanzo despacio, procurando no hacer mucho ruido, y de vez en cuando me agacho para meter las manos con cuidado entre la vegetación sumergida. Pruebo suerte a ciegas, cerrando los puños bruscamente, a ver si atrapo por casualidad alguna trucha despistada. También palpo debajo de las piedras y en los recovecos de las orillas, esperando dar con algún cangrejo.

Entre tentativa y tentativa, paso un buen rato en remojo, casi hasta que no siento los dedos. Sin embargo, a pesar de mi empeño, solo hay un crustáceo de tamaño ridículo en la bolsa de plástico que llevo colgando de la cintura. Así y todo, no me rindo, continúo subiendo hasta llegar a un remanso donde hay varias pozas. Voy a comprobar si hoy también ha funcionado el truco que me enseñó Adama. Localizo en el lecho del río los ladrillos que hace días dejé hundidos en varios puntos estratégicos y empiezo a sacarlos uno a uno hasta la orilla, cuidando de taponar bien los orificios laterales con las manos. Sin duda, es la manera más cómoda de pescar cangrejos, a estos bichos les gusta meterse en rendijas y agujeros, aunque sigo sin tener suerte y no cojo más de media docena; todos canijos, para más inri. Menudo día de pesca...

Empiezo a echar maldiciones, preguntándome qué ha podido fallar, cuando de súbito algo llama mi atención: una sogá entre las zarzas, junto al pozo más hondo. Empujado por la curiosidad, agarro el cabo y tiro de él, pero no consigo nada, ofrece más resistencia de la que esperaba, ¿se habrá enganchado con algo? Tengo que emplear todas mis fuerzas hasta que... con el último tirón doy un respingo hacia atrás soltando la cuerda como si me hubiera dado una descarga eléctrica. ¡Menuda sorpresa la que había dentro del río! Una cabeza de burro ha salido repentinamente del agua. Con el corazón latiendo aún fuera del pecho, me inclino hacia delante

para confirmar lo que creo haber visto, y sí, ahí está. La cabeza ha quedado semihundida, está mirándome desde sus cuencas vacías y parece descojonarse de mí con la mandíbula desencajada por la risa, una risa macabra, silenciosa y estática, una risa como de hielo. Me cuesta deshacer la mueca de asco de mi cara, pero eso no me impide ver un montón de cangrejos agarrados a la carne viscosa. Pienso que esta oportunidad no merece desperdicio, así que me dejo de remilgos y alargo un brazo para recuperar el cabo suelto. Lo malo es que ha quedado muy lejos y no llego a cogerlo desde la orilla. Entonces me sujeto a un tronco, intento bajar un poco más, me estiro, tenso todo mi cuerpo, hasta la punta de los dedos, y cuando casi lo tengo..., resbalo y termino dándome un chapuzón junto a la cabeza nauseabunda. Para cuando consigo sacarla a tierra firme, la mayoría de los crustáceos que tenía enganchados ya se han ido, y los que aún se resisten a abandonar la carroña se defienden hiriéndome los dedos. El balance final es deprimente: tres cangrejos más para la bolsa y el pescador chorreando.

Busco una roca para sentarme al sol. Vomito unos cuantos juramentos mientras la sonriente cabeza de enormes dientes sigue observándome, ahora desde la hierba, a pocos metros de donde estoy. Echo un vistazo alrededor, parece que no hay nadie más por aquí. Este es un lugar bastante apartado, lo cual me da cierta tranquilidad y margen para pensar un poco, que falta me hace, porque se me ocurren unas cuantas preguntas acerca de este hallazgo: ¿habrá quedado la cuerda enganchada a la orilla por casualidad o la habrán dejado así a propósito?, ¿con qué fin? Y, de cualquier modo, ¿qué coño hago yo ahora?, ¿voy corriendo a contarle a Tomás lo que me he encontrado?, ¿me dará algo por decirle dónde ha terminado la cabeza de su burro? Lo único seguro es que estoy empapado, así que me quito la camiseta y la extiendo sobre unas piedras.

Para cuando resuelvo lo que voy a hacer, ya casi está seca. Entonces vuelvo a echar la cabeza del asno al río, en el mismo lugar de donde la he sacado, y dejo el extremo de la soga exactamente como estaba. Después busco una posición adecuada para vigilar sin ser visto, y voy alejándome de la orilla hasta que encuentro mi atalaya, unos doscientos metros más arriba, entre unos fresnos tras los que me puedo ocultar. Puede que alguien vuelva a ese pozo, y este es un buen sitio para hacer guardia. Me siento junto a uno de los árboles, pero aún estoy pingando de la cintura para abajo, y, como no tengo ninguna prisa, termino de quitarme toda la ropa mojada y la pongo al sol, en la hierba.

Al cabo de un rato, los calzoncillos y los calcetines están listos, los pantalones casi, y mientras tanto sin novedad, nadie ha pasado por aquí, de no ser algunas aves surcando el cielo, y unas cuantas hormigas empeñadas en morderme las pelotas. No importa, tengo mucho tiempo y una paciencia africana, lo único malo es que no puedo acallar mis tripas solo con las *panteras rosas* de Idoia y un puñado de fresas silvestres que he comido antes. Además, de pronto, caigo en la cuenta de que el pastor no tardará en subir a la borda para hacer el ordeño de la tarde, así que me visto a todo correr, bajo hasta la orilla rápidamente, tiro de la cuerda, y saco la cabeza de burro del agua. Ahora tengo mejor suerte: aparecen un montón de cangrejos bastante grandes, y los recojo eufórico, pensando en la jamada que me voy a pegar. Antes de irme dejo todo como estaba.

El camino de vuelta hacia la borda lo hago muerto de hambre, pero entusiasmado porque llevo la bolsa más llena que nunca. Encima llego antes que el pastor, qué maravilla. Voy directo al cobertizo, me apetece contar a mis corderitos la extraña experiencia que acabo de vivir hoy. Sin embargo, mi ingenuo optimismo se va al garete en cuanto entro al redil y me doy cuenta de que mi audiencia habitual es cada vez más reducida: ahora también ha desaparecido *Elur*.

* * *

Adama está cerrando la gasolinera. Se sorprende al verme aparecer con la bici, sin luz ni ropa

reflectante siendo ya de noche.

–¿Ya has cenado? –pregunto.

–Estaba a punto de comer algo.

–¿Tienes salsa de tomate?

Entramos al almacén de la gasolinera y en media hora ponemos sobre la mesa una cazuela de cangrejos con salsa picante, un poco de arroz y unos buenos trozos de pan. En la borda hubiera estado obligado a preparar la comida al estilo africano. Es decir, encendiendo un fuego para hervir agua y comerme luego los cangrejos cocidos a palo seco. Por eso he pensado en hacer una visita sorpresa a mi amigo, por eso y porque la ocasión lo merece, no todos los días se me da tan bien la pesca. Además, no podía guardarme para mí solo lo del hallazgo en el río.

–La misma persona que ha decapitado al asno ha tirado la cabeza al pozo más hondo del río para hacerla desaparecer, está claro –concluye el senegalés después de escuchar mi relato.

–Pero si esa era su intención... –replico, haciendo una pausa para sorber con los labios pegados a un caparazón–, ¿para qué atarle esa cuerda dejando un extremo a la vista, en la orilla?

–¿¡No pensarás que sea para pescar cangrejos!?

–¿Para qué, si no?

–Joder, me cuesta creer que alguien haga semejante putada a un vecino solo por eso.

Adama rellena los vasos con ese vino blanco tan bueno que ha sacado. Es el acompañamiento perfecto para nuestra cena, está riquísimo, y además tiene un efecto relajante que me ayuda a difuminar las preocupaciones.

–En este pueblo la gente no es muy normal, tú mismo lo dices de vez en cuando –le recuerdo.

–Ya..., es cierto –se queda pensativo mientras continúo insaciable, untando el pan en la salsa de tomate–. Este no es un lugar de tránsito, aquí la gente ha vivido aislada durante mucho tiempo, sin contacto con el exterior, sin mezclarse, ya sabes... Al final, en Orbe casi todos son familia entre sí, y claro..., eso tiene consecuencias.

–Salvaguardar la pureza de la raza –murmuro, sin dejar de chupetearme los dedos–, eso es lo que repite una y otra vez mi patrón.

El hilo de la conversación lleva a mi colega hasta una conclusión que le hace sonreír:

–No sé si son conscientes del problema que tienen, pero los que venimos de fuera somos su salvación, su única esperanza para que lleguen generaciones más sanas –me dice, mientras rellena los vasos una vez más–. ¡Come despacio, Touré, que nadie va a quitarte esos cangrejos!

La salsa picante pide un poco más de vino. Acompaño al senegalés a la tienda de la gasolinera y le ayudo a elegir otra botella.

–Cuántas cosas hay aquí, ¿no? –comento, percatándome del parecido que tiene ese local con un bazar chino–. ¿Ya se venden todas estas chorradas?

–Apenas, pero a mí me da igual –responde, encogiéndose de hombros.

–¿Y tu jefe no va a darse cuenta de que faltan algunas botellas?

–No creo, y si no, que las descuenten de mi sueldo, ¡qué narices!

–Dichoso tú. A mí no me pueden descontar nada del sueldo. Lo que va a hacer el viejo cuando descubra que hay dos corderos menos, es despedirme con una patada en el culo.

–Ya se nos ocurrirá algo para que eso no suceda.

Mientras regresamos a la cocina del almacén, recuerdo que Adama pertenece a una etnia de ganaderos, los Peul.

–Oye, tú sabes un poco más de esto que yo –le digo–, ¿las ovejas recién paridas suelen acoger bien a otros corderos que no son suyos?

–Depende, a veces sí y a veces no –responde, y se me queda mirando seriamente– ¿En qué

estás pensando?

–En nada –miento, después de dudar un instante–, no te preocupes.

* * *

Creo que ya tengo la solución para el más urgente de mis problemas. Puede que mañana me parezca una locura, una ocurrencia producto de todo el vino que acabo de beber en la cena, pero de momento no veo un remedio mejor y, encima, tampoco tengo tiempo para pensar en más opciones. En Orbe hay muchos pastores con rebaño, a todos les queda todavía algún lechal que otro, así que ahora o nunca: solo tengo que robar un par de animales para reponer los que faltan en la borda de Julián.

Adama sospecha lo que estoy maquinando y no le parece buena idea, pero no hay vuelta atrás, ya he decidido de dónde voy a sacar los corderos y voy para allá, pedaleando con energía, totalmente reafirmado en mi propósito.

Durante la sobremesa con Adama también ha salido el tema del burro decapitado, y se nos han ocurrido varias hipótesis sobre quién ha podido hacerlo, pero todas disparatadas. Si estuviéramos en San Francisco todo sería más fácil, bastaría con echar un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Pero esto es otro mundo, y, que yo sepa, no hay cámaras en el pueblo, ni en el río ni en las fincas de alrededor. Se me hace raro, a veces incluso me cuesta creer que no haya nadie controlando cada uno de mis movimientos.

Según me aproximo a la entrada de Orbe, veo un coche acercándose. No sé quién es, viene desde el pueblo a toda leche, deslumbrándome con las largas, y la música a todo volumen. Yo voy sin luces, pero imagino que me verá, o eso espero. De todos modos, por si acaso, me orillo al borde de la carretera pensando que tiene sitio de sobra para pasar. Pero... *¿¡Qué hostia!?* *¿Por qué no se aparta él también?* *¡Si no aminora la marcha!* *¿Es que viene ciego, o qué?* *¡Joder!* Me echo a la cuneta en el último segundo, pero no lo suficientemente rápido para evitar el impacto, y acabo mordiendo el polvo.

–Ay, ¡cómo lo siento! –oigo la voz compungida del conductor que me acaba de arrollar–, ¿a quién se le ocurre ir por la noche con una bicicleta sin luces..., encima siendo negro?

Me pongo en pie a duras penas. Menudo golpe me ha dado el cabrón. Siento un fuerte dolor en el cuello, me ha machacado una cadera y casi no puedo mover un brazo. Al levantar la vista reconozco al párroco de la zona, vive en Orbe. Yo tenía la impresión de que por aquí todos los curas eran viejos, de no ser algunos venidos de Sudamérica, que bajan bastante la media de edad, pero este debe de ser la excepción, porque aún siendo autóctono, parece relativamente joven.

–Tú eres Touré, el ayudante de Julián, ¿verdad? –por lo visto, hasta el cura me tiene controlado–. ¿Estás bien? –pregunta, subiéndose la bragueta con un gesto rápido en el mismo instante en que nota que la lleva abierta

Me palpo la frente, tengo un rasponazo que sangra un poco; aunque lo peor es el brazo, cualquier roce en el codo me hace ver las estrellas.

–¿Quieres que llame a una ambulancia? –me pregunta al ver el gesto de dolor en mi cara.

La bicicleta también está fastidiada, al levantarla compruebo que tiene la rueda delantera hecha un ocho. Mientras intento enderezar el manillar, me siento observado desde el coche. En el asiento del copiloto, una mulata de pelo rizado, menos de treinta años y muy atractiva me mira con lástima. Esta sí que no parece nativa de Orbe.

–Mi asistenta de hogar... –dice el cura, sin que nadie le pida explicaciones–, la llevo a su casa.

Sí, ya... Ya imagino dónde vive la muchacha, en una casa que hay en un cruce a unos cuantos

kilómetros de la gasolinera, un edificio con luces de colores durante todo el año. Pero eso no es asunto mío, me da igual lo que el cura haga con su modélica vida, en este momento lo único que me preocupa es mi pobre cuerpo magullado. Pruebo a mover la pierna con mucho cuidado, luego el brazo..., el cuello... Parece que, a pesar del dolor, todo funciona; quizás no estoy tan mal.

–Ahora mismo no puedo llevarte a ninguna parte, Touré, porque ando con prisas, pero dime, ¿quieres que llame a una ambulancia? –insiste el párroco.

Le digo que no. Aunque creo que no me pondrían pegas por no tener papeles, prefiero dejarlo correr y arreglármelas sin entrar en un hospital. He venido a este lugar recóndito precisamente para esconderme y dar esquinazo a una situación muy complicada, solo me faltaba empezar a llamar la atención..

–Escucha, se me ocurre una cosa –dice, mirando a un lado y a otro–. No parece grave, seguramente podrás llegar tú solo hasta la borda de Julián; pero, si quieres, ven a comer mañana a mi casa y así me cuentas qué tal has pasado la noche. –Me da una palmadita amistosa en el hombro izquierdo, uno de los pocos sitios que no tengo doloridos–. Y si es necesario, yo mismo te llevo al médico, ¿de acuerdo?

El tipo esboza media sonrisa de alivio cuando acepto su oferta. Se despide con otra palmadita y regresa al coche mientras la mulata me observa desde el otro lado del parabrisas, encogiéndose de hombros, como diciendo: “¿Qué le vamos a hacer?”

Antes de irse, el cura se asoma por la ventanilla.

–Mejor si no comentas a nadie este incidente. No digas nada, ¿vale?

* * *

El líder de los cristianos del valle se larga con su “asistenta” dejándome tirado en la cuneta, y yo llego hasta la borda de Julián como puedo, cojeando y arrastrando la bici, que ha quedado para chatarra. Cuando alcanzo mi destino, solo quiero tirarme al colchón, pero aún tengo algo urgente que hacer, así que busco una cuerda y un hacha, las meto en una carretilla y subo por la pista a la luz de la luna.

Camino más o menos durante una hora, con la suerte de no encontrar un alma en todo el trayecto, y llego a *Barnepunta*, seguramente la borda de ovejas más importante de Orbe. Tal y como esperaba, aquí no hay nadie, y enseguida encuentro lo que busco. Los lechales me miran indefensos. *¿De verdad va a ser tan fácil?*, me pregunto. La respuesta no se hace esperar, en cuanto me acerco a ellos, un gruñido suena a mi espalda. Me doy la vuelta y ahí está: un mastín enorme observándome a unos diez metros. Ya imaginaba que saldría a recibirme algún perro guardián, pero tan grande... Esta bestia no se parece en nada a los pastores vascos de Julián, andará por los cien kilos, más o menos lo que pesaba yo en mis buenos tiempos. El animal se acerca lentamente hacia mí, sin dejar de gruñir de forma amenazante; pero yo mantengo el tipo, no doy ni un paso atrás, ni siquiera cuando la fiera se lanza al ataque.

El hacha de Julián está bien afilada, y por suerte acierto de lleno en el craneo del mastín. Con ese golpe parece suficiente, pero le doy un par de hachazos más por si las moscas, solo para asegurarme de que el perro está muerto. Mientras recupero el aliento, me apoyo en el mango del hacha y vuelvo la vista hacia las ovejas, que no han dicho ni *bee* mientras presenciaban la escena. Ya no hay nada que me impida coger un par de lechales, atarles las patas y meterlos en la carretilla. Misión cumplida.

Ahora lo mejor sería largarse cagando leches, pero me detiene una idea loca que me asalta por sorpresa. Quizás sea efecto del vino que he bebido antes, menuda ocurrencia..., sin embargo... ¿Por qué no? A fin de cuentas...

Agarro otra vez el hacha y continúo dando espectáculo gore a las ovejas. Decapito el cuerpo del mastín, tiro su cabezón a la carretilla, junto a los corderitos, y ahora sí, ahora ya me largo.

De camino a la borda de Julián, me desvío ligeramente para hacer una parada en el río, a la altura de un remanso donde suelo pescar. Dejo la carretilla a un lado y me llevo la cabeza del mastín hasta el borde del agua, donde le separo las mandíbulas todo lo que puedo. Al abrir las fauces, emergen dos hileras de dientes puntiagudos entre los que sobresalen unos colmillos enormes, me siento un hombre afortunado por no haber probado esos pinchos afilados. El siguiente paso es anudar bien el extremo de una cuerda en la boca del perro y echar el “paquete” a una de las pozas, dejando el otro cabo escondido entre la maleza de la orilla.

Antes de retomar mi camino, limpio la sangre del hacha y de la carretilla. En cuestión de minutos estoy de vuelta en la borda, suelto los corderos nuevos junto a nuestras ovejas y me quedo un momento observando. La reacción general es de indiferencia, nadie hace caso a los recién llegados y estos terminan apartándose al rincón de los excluidos donde hasta ahora solo estaba *Buruhandi*.

No puedo hacer más por hoy, así que yo también me retiro. Cuando me dejo caer sobre el colchón, estoy tan molido que ni siquiera me molestan los picotazos de las chinches. Esto es un hotel de cinco estrellas para mis castigados huesos.

IV

No estoy tan mal como parecía anoche; el momento de levantarme hoy ha sido jodido, pero a lo largo de la mañana he notado mejoría a medida que se me han ido calentando los músculos. Después de todo, he tenido la suerte de no haberme roto nada.

En cuanto Julián se larga después del ordeño matutino, lo primero que hago es revisar la bicicleta. La rueda delantera está de pena, tiene algunos radios rotos, y lo único que puedo hacer es tratar de enderezarla a martillazos. También tengo que soltar los frenos para que no rocen con la llanta, porque suenan como una trompeta desafinada, mucho peor que antes del accidente. Al final, aunque el resultado no es muy estético, por lo menos tengo un trozo de hierro con ruedas capaz de llevarme hasta el súper del pueblo.

Idoia me da su habitual bienvenida desde la caja registradora. Hoy no vengo para cumplir ningún mandato, sino en calidad de cliente, a comprar un tetrabrik de tinto y un poco de *chorizo pamplona*.

–¿Estás bien, Touré? –pregunta Idoia, preocupada al verme la cara hecha un cromo cuando me acerco a pagar.

–Sí. Ayer me caí de la bici, pero no es nada grave.

–Uf, pues parece que te diste un buen porrazo –me dice, mientras guarda mi compra en una bolsa de plástico y añade un pan de molde con un gesto de complicidad–. Si necesitas ayuda...

–No, no te preocupes, gracias.

Saco de un bolsillo el billete de diez euros que me ha dado Julián esta mañana, y antes de que pueda soltarlo, ella lo rechaza poniendo su mano sobre la mía.

–Cuando te venga bien me invitas a un café, y en paz –resuelve, mientras mira de reojo hacia el fondo de la tienda.

–Vale.

En África, una mujer entrada ya en la treintena, como parece el caso de la cajera, lo tendría difícil para encontrar marido. En Europa estas cosas suelen funcionar de otro modo, pero tratándose de este pueblo... ¿Estamos realmente en el Primer Mundo? No lo tengo muy claro, al menos en lo que a relaciones humanas se refiere. En Orbe, donde no hay más que solterones cascarrabias, esta mujer tiene un futuro casi tan poco esperanzador como el mío.

Al salir del supermercado, me encuentro precisamente con uno de esos solterones: Isaac, tal vez el tipo más mezquino de todo el valle. Primero me lanza una mirada acusadora llena de resentimiento, luego gesticula para que me acerque hasta la fuente de la plaza, al otro lado de la calle, donde me espera. Dejo la bolsa de la compra en la parrilla de la bicicleta y voy para allá. Al llegar a la fuente, me doy cuenta de que los cinco caños que vierten agua al pilón tienen forma de lobo con la boca abierta. Me dan un poco de mal rollo, pero aún me gusta menos la jeta del alguacil cuando me pide que le acompañe a su casa sin darme más explicaciones. No veo el modo de negarme y salimos juntos de la plaza mientras un grupo de viejos sentados a la sombra en un escaño de madera nos sigue silenciosamente con la mirada. Esos tampoco me producen buenas vibraciones, parecen cuervos acechándonos.

* * *

Isaac me conduce a través de un establo bastante grande. Me imagino que en otra época aquí se guardaría ganado, pero ahora parece un enorme trastero: herramientas, máquinas, utensilios de labranza y aparejos de pesca y caza se amontonan en la penumbra, por los rincones o sobre estanterías colocadas contra las paredes. Después de cruzar entre tanto cachivache, desembocamos en la parte trasera de la casa, donde me veo sorprendido por un huerto espléndido, lleno de plantas. Algunas lechugas ya casi se pueden coger, las tomateras van muy crecidas para la época en que nos encontramos, y el cerezo, que es lo más llamativo, está repleto de carnosos frutos rojos. Hay una escalera apoyada en el tronco y un cesto a medio llenar a los pies de esta.

–Siéntate ahí –me invita con tono de orden, señalando un tocón mientras se acerca al frutal y se pone de puntillas para seguir recolectando algunas cerezas desde el suelo.

Obedezco sin llegar a entender para qué narices me ha hecho venir hasta aquí.

–La borda de Julián está cerca de la vaquería de Tomás –dice, empezando a despejar mis dudas.

–Sí, bastante cerca, ¿y qué?

–Tú siempre estás ahí, las 24 horas del día, ¿no?

–Sí.

–La noche que mataron al burro, ¿viste algo sospechoso?, ¿se oyó algo raro?

–No –respondo tras un segundo de duda que Isaac no pasa por alto. Deja de coger cerezas, y se gira hacia mí con la cara brillante de sudor.

–¿Seguro que no? –insiste, clavando sus pupilas en mis ojos.

–Seguro, ¿por qué no me crees?

–Porque los africanos sois embusteros por naturaleza.

Aunque siento estallar una bomba de rabia por dentro, prefiero contenerme, desviar la mirada y aguardar en silencio.

–¿Seguro que estuviste toda la noche en la borda? Ya saldrías a alguna parte... –continúa, desconfiado.

–Pasé toda la noche en la borda, durmiendo –respondo sin disimular cuánto está empezando a cabrearme el interrogatorio–. Y estoy seguro, porque todos los días acabo tan descojonado de trabajar que al anochecer no me queda energía para nada más.

–¿Puedes demostrarlo?

–Sí, tengo testigos: los perros de Julián, pregúntaselo a ellos.

Por un momento, el alguacil enrojece de ira. Ojalá reviente. Ya podía perder el control y lanzármese a la yugular, así tendría una disculpa para darle un par de hostias. Al final me quedo con las ganas; por suerte para ambos, el muy desgraciado no entra al trapo y se da media vuelta para continuar recogiendo los frutos más maduros.

–¿Qué has comprado en la tienda? –me pregunta sin venir a cuento.

–El almuerzo de media mañana.

–¿Jamón de Jabugo o algo así?

–Eso mismo, jamón del más caro.

Isaac rasca con sus uñas renegridas las barbas que asoman como alambres por su mentón y levanta el cesto rebosante de cerezas para llevarlo a la cuadra. Luego regresa con una cazuela vacía, comprueba que la escalera está bien apuntalada contra el tronco y apoya un pie en el primer peldaño antes de volver a hablar:

–¡Y ese vaquero estúpido va y te pide, precisamente a ti, que investigues la muerte de su

burro!

“¿Cómo sabes tú eso?”, estoy a punto de preguntar; pero no abro la boca, pues al instante me doy cuenta de lo ridículo que resultaría pedir explicaciones de ese tipo en este pueblo. Aquí todo el mundo se entera de todo y cualquier intento de guardar un secreto se queda en eso: en intento.

–¿Crees que ese tacaño va a pagarte algo? –interroga con tono mordaz.

–Me da igual. Es un buen tipo, y por esta vez estoy dispuesto a trabajar gratis.

–Un buen tipo, sí... ¡El vecino más honrado de Orbe! –exclama irónicamente–. Hace trampas para conseguir certificados de calidad y subvenciones, no declara a Hacienda ni la mitad de lo que tiene, mete sus reses a pastar en prados ajenos, rebaja la leche con agua, cambia el precio según quién sea el comprador... ¿Quieres que siga o tienes suficiente?

–Suficiente.

Isaac escupe un juramento, sube un par de peldaños y saca de entre las hojas un jugoso fruto que va directo a su boca.

–Este árbol da unas cerezas buenísimas –comenta mientras se gira para alcanzar otra vara–, pero hay que subir con mucho cuidado a cogerlas, porque tiene unas ramas de lo más traicioneras.

Estoy a punto de contestarle, pero él se me adelanta:

–Hala, que te proveche ese Jabugo que acabas de comprar. Ya sabes dónde está la puerta.

* * *

Abandono la casa del alguacil rumiando; por un lado, la desagradable conversación que acabamos de tener, y por otro, para compensar el mal sabor, las cerezas que he cogido del cesto cuando he vuelto a pasar por la cuadra. El dulce jugo de la fruta entra en mi cuerpo como néctar divino, pero no es suficiente, ni de lejos, para calmar la sensación de vacío que llevo en mi estómago. Por eso aligero el paso, quiero llegar a la bici cuanto antes, a ver si de una vez puedo ir a almorzar en algún lugar tranquilo. Solo con pensar en el *chorizo pamplona* que me está esperando, se me empieza a llenar la boca de saliva, y es que, cuando tienes más hambre que una hiena, un embutido corriente puede ser tan delicioso como el mejor jamón del mundo.

Por desgracia, enseguida comprendo que hoy tampoco voy a tener un almuerzo decente. Al avistar mi bicicleta en la plaza, descubro un perro con el hocico metido dentro de la bolsa de plástico que he dejado en la parrilla. Pronuncio un juramento y echo a correr para espantarlo, pero demasiado tarde: cuando el maldito bicho se larga, solo quedan unos minúsculos trocitos de chorizo pegados al envoltorio, y el pan está pisoteado por el suelo. Al menos, el tetrabrik de vino sigue intacto.

Me siento tan imbécil que ni siquiera me apetece volver a la tienda para comprar más comida, prefiero apañarme con los trozos de pan que aún se pueden aprovechar. Recojo lo poco que me ha dejado el chucho, monto en la bici y me largo rápidamente para no tener que soportar las risas de esos cuervos jubilados que no han perdido detalle desde su banco. Los muy cabrones...

Voy hacia el río buscando un sitio apartado donde poder comer en paz. Llego hasta los fresnos que me sirven de observatorio, me siento en el prado que hay detrás e inauguro mi particular picnic pegando un buen trago al cartón de vino. A continuación, abro el envoltorio de la charcutería y arrebaño los trocitos de chorizo con una punta de pan. Aprovecho las últimas migas para refrotar el papel plastificado hasta que desaparece por completo el color rojizo de la grasilla del embutido. Y de postre, más vino. A pesar de todo lo malo que se dice del alcohol, a mí me sienta de puta madre: me ayuda a aguantar las largas horas que paso con las ovejas y, sobre todo, me reconforta un poco en los momentos más bajos.

Después de un tentempié tan escaso, solo me queda fantasear con la comida que tengo

pendiente en casa del cura. Imagino que ahí sí podré llenar bien la tripa, pero aún faltan horas para eso, y, como hasta entonces no tengo ningún otro compromiso, decido esperar sin moverme de donde estoy, por si en este rato aparece la persona que tiró la cabeza del burro al río. Lo malo es que antes de veinte minutos ya tengo la sensación de estar perdiendo el tiempo, conque mando a la porra mi plan inicial de vigilancia para hacer algo más útil.

Bajo hasta la orilla con la esperanza de encontrar algún crustáceo y saco del agua la cabeza orejuda que todavía está en remojo. Una arcada amenaza con expulsar de mi estómago las cuatro migas de pan que están flotando en el vino. Hasta los cangrejos se han largado abandonando esa masa viscosa, no creo que ni el buitre más voraz metiera el pico ahí. Muerto de asco, vuelvo a echar la vomitiva carroña al pozo y, sin ir muy lejos, subo un poco, río arriba, hasta el lugar donde anoche dejé sumergida la cabeza del mastín. La cuerda sigue disimulada entre unas zarzas, la recojo y pego un tirón seco. En esta ocasión me llevo una alegría, hay muchos cangrejos. Algunos agarrados al cuello, otros dentro de la boca comiéndose la lengua... Hay tantos que no caben todos en el plástico rasgado de la bolsa del súper, y tengo que quitarme la camiseta para poder recoger dentro los que quedan. Cuando termino, me detengo unos segundos contemplando la cabezota del perro. Verdaderamente, tiene un aspecto espeluznante; pero eso a los crustáceos no les importa, así que la empujo con un pie hasta al agua, convencido de que aún podré hacer algún otro almuerzo gracias a ella.

Regreso más animado al prado, pensando en lo generoso que está siendo conmigo este río y, como todavía es temprano para ir a la casa del cura, me siento a esperar bajo la sombra de los fresnos mientras medito un rato. Es evidente que la cabeza del burro ya no me sirve para nada en el estado en que se encuentra. Tal vez sea hora de ir adonde Tomás y hablarle de mi hallazgo. Solamente tengo que poner precio a la información. ¿Cuánto estará dispuesto a pagar? Dudo que suelte un solo céntimo, probablemente ni me lo agradezca, así que, de momento, no voy a decirle nada.

Al menos, el sistema de pesca que he descubierto por casualidad es genial, ya no hace falta que me meta en el agua helada. Bien pensado, tampoco es una técnica que antes me resultara totalmente desconocida, pues sabía por Adama que también se pescan cangrejos simplemente metiendo unos trozos de carne en un retel. De hecho, yo mismo andaba buscando por ahí alguna red para intentar fabricarme un artilugio de esos, solo me desanimaba la dificultad para encontrar el cebo.

El sol ha ido robando espacio a la sombra que me da cobijo, y empiezo a notar calor en las piernas, señal de que es hora de irme. Al levantarme, cojo el hatillo formado con mi camiseta y siento el rebullir de los cangrejos envueltos dentro de ella. Esta noche los llevaré adonde mi colega senegalés y, con la disculpa de cocinarlos, aprovecharé para pedirle consejo. Pero cada cosa a su tiempo porque, de momento, tengo un compromiso que se las promete muy sabroso.

* * *

Es fácil dar con la casa del párroco, está pegada a la iglesia. Cuando toco el timbre, se oye un suave “ya voy yo” al otro lado de la puerta y es el propio cura quien me abre. Por la cara que pone, se diría que tenía olvidada nuestra cita.

–Qué tarde vienes, ¿no? –me dice, recuperando la compostura.

–Lo siento, pensaba que esta sería una buena hora.

–Tranquilo, la culpa es mía, por no haber sido más concreto con la invitación. Acostumbro a comer temprano y pensaba que ya no vendrías, así que me he tomado la libertad de empezar yo solo, espero que no te moleste.

El sacerdote me hace pasar amablemente. Nada más entrar, un olor delicioso lo inunda todo y al mismo tiempo despierta mis sospechas. De camino a la cocina abro mis fosas nasales inspirando profundamente, y cuando llegamos... ¡Me lo temía! En el centro de la mesa hay una bandeja con un cordero asado, o mejor dicho, con lo que queda de él.

—¡Mari Carmen! —llama el cura—. Nuestro invitado se queda a comer.

Pronto aparece una mujer de mirada inquisitorial que, sin mediar palabra, saca un plato y unos cubiertos. En un pispás tengo la mesa puesta. Me siento enseguida e intento disimular mi euforia, aunque mantener cara de póker resulta casi imposible mientras me sirven las tajadas más succulentas de la fuente. Todo parece rozar la perfección cuando estoy apunto de hincar el diente a un trozo de carne, pero aún me queda otra sorpresa estupenda: una botella de champán que plantan frente a mis narices.

—Aquí hacemos las cosas bien —dice el párroco, mientras me sirve el vino espumoso en una copa—. Adelante, no tengas vergüenza.

Vergüenza, ninguna; empiezo a engullir como si no hubiera un mañana. Nada va a estropear este glorioso momento, ni siquiera el recelo sobre la procedencia del lechal que me estoy zampando. Quizás sea uno de los que hasta hace poco yo mismo acariciaba; alguno de los que han desaparecido estando a mi cuidado, puede que el mismo *Elur*. Pero eso ahora no importa.

—Mari Carmen me ayuda un poco en la iglesia y con los trabajos de la casa —explica el cura cuando la mujer sale de la cocina—. Como te imaginarás, yo estoy muy ocupado.

El tipo hace un guiño de complicidad que despeja cualquier duda si es que alguna me quedaba. La joven que iba con él anoche no se dedica precisamente a limpiar casas, lo sabía; pero me importa un pimiento, yo sigo disfrutando mientras chupeteo unos huesos hasta dejarlos bien limpios. Hacía siglos que no comía tan bien. “Toma, toma, sírvete más”, el párroco me ofrece la bandeja para que siga comiendo, y yo acepto sin pensarlo, porque cualquiera sabe cuándo se repetirá una ocasión como esta. Además, el precio no está siendo demasiado caro, mi anfitrión se conforma con que escuche sus batallitas. Empieza a contarme que él no conoce África, pero que unos compañeros suyos han estado de misiones en el continente negro y le han explicado cosas muy interesantes sobre las costumbres y valores de los africanos: nuestra solidaridad, nuestra hospitalidad, el respeto a los ancianos... Todo ello muy admirable, según él. Yo solo tengo que asentir con la cabeza para darle la razón mientras pronuncio de vez en cuando algún “ya”, “claro”, “sí”... Y, de ese modo, continuamos hasta que dejo la bandeja del cordero como si hubiera pasado por el lavavajillas.

—Ahora que has terminado, tomaremos juntos el postre —me dice, como si estuviera sincronizado con su asistente, que reaparece trayendo ahora un gran plato de queso con membrillo y una botella de vino tinto.

En el último tramo de la comida, la conversación gira en torno a la religión y la fe. Llegados a este punto, me resulta más complicado desconectar, porque a veces me veo obligado a articular alguna frase de más de dos palabras, siempre midiendo lo que digo para no enfadar al cura.

—¿Eres cristiano? —me pregunta de golpe y porrazo.

Trato de dejar claro que, al menos, no soy musulmán, y parece que no le disgusta mi respuesta, porque empieza a soltarme un rollo sobre el animismo: que si no creemos en un Dios único, pero sí en los espíritus, que si estamos en comunión con la Naturaleza y que si bla, bla, bla... Todos esos cuentos que tanto les gustan a los blancos.

—Ya eres mayor para ser monaguillo —me suelta, tan de improviso que no sé si tomármelo a broma—; pero, si te apetece, quizá puedas ayudarme alguna vez en la misa.

Estoy tentado de preguntar en que consiste el trabajo y cuánto se cobra, pero al final lo dejo

estar. Además, no quisiera robar el empleo a esa asistenta tan seca que anda todo el rato mariposeando por ahí con la antena puesta.

Después del postre, vamos a un salón donde suena música clásica de fondo mientras Mari Carmen nos sirve un café con pastas. Aunque me acabo de dar un buen atracón, decido seguir llenando el depósito. También degustamos un pacharán casero, el cura en una copa grande de boca ancha, y yo en otra más pequeña. Mi cuerpo, aún dolorido tras el accidente de ayer, agradece el mullido sillón en el que estoy sentado. Me arrellano entre los cojines, empezando a notar un poco de modorra. Mi anfitrión, que parecía incombustible, también va perdiendo brío con cada sorbo de licor.

—¿Conoces esta música? —me pregunta levantando el índice mientras en el ambiente suena una voz grave y oscura.

—No.

—Esta es la mejor obra de Bach, La Pasión según San Mateo, y el aria que estamos escuchando es el pasaje más emotivo que se ha escrito en toda la historia de la música sacra, *Mache dich mein herze rein*. No sabes alemán, claro.

—Pues no —respondo escuetamente, aunque me quedo con ganas de añadir: “sin embargo, me defiendo perfectamente en otros cinco o seis idiomas, ¿y tú?” Si no digo nada es por no trastocar sus esquemas.

—“Purificate, corazón mío” —recita, con voz queda—. ¿No es hermoso?

Al ver tan a gusto al párroco, recostado en su sofá, me da que es aficionado a la siesta. Será mejor que aproveche antes de que se quede dormido si quiero aclarar de dónde ha salido la carne que llena nuestros estómagos.

—Quisiera darle las gracias por la comida, ha sido magnífica —digo—. Estaba todo buenísimo... Sobre todo, el cordero.

Él se limita a asentir con la cabeza mientras murmura: “Quiero ser el sepulcro de Jesús, en mi interior hallará dulce descanso...”. Le pesan los párpados, parece que sus ojos van a cerrarse de un momento a otro.

—En África comemos cordero a menudo, pero nunca había probado uno tan tierno como este. ¿No sería de Orbe?

—Sí, era de aquí —confirma, con un hilillo de voz.

—¿De la carnicería?

—No —responde, al cabo de unos segundos.

—¿Entonces?

—Un regalo... —dice, de modo casi inaudible.

—¡Menudo regalo! Muy bueno, en serio. ¿Y quién ha tenido el detalle?

Los labios del sacerdote hacen amago de pronunciar algo, estiro el cuello hacia él aguzando el oído; pero, después de un murmullo incomprensible, susurra algo así como: “Dejad que Jesús entre en mí”, y su cabeza se ladea relajada, con la boca entreabierta. A partir de ese momento, solo sale un leve ronquido de su garganta. Me doy cuenta de que tiene los ojos totalmente cerrados y echo una maldición para mis adentros.

Entonces aparece la asistenta. Sin mediar palabra, baja el volumen de la música, recoge la copa de las manos del clérigo y se la lleva a la cocina. De nuevo a solas con el cura, y a sabiendas de que ha terminado la visita, mis reflejos funcionan rápido: una pasta va directamente a mi boca, y las dos últimas, del plato a mi bolsillo. Luego me levanto del sillón antes de que venga nadie a echarme, y, mientras me estiro soltando un poco los músculos, reaparece la mujer, que se queda mirándome en silencio desde el quicio de la puerta, más tiesa que una farola.

–Todo estupendo –le digo–. Ahora lo mejor será que me vaya.

–Sí –responde ella, arrojando al cura con una manta ligera.

Y me acompaña hasta la puerta.

–Oye, Mari Carmen, ¿quién ha regalado al párroco ese cordero tan rico que hemos comido hoy? –interrogo, haciendo un último intento.

–Pregúntaselo a él –contesta dirigiendo su fría mirada hacia la calle mientras sujeta el pomo de la puerta abierta.

–Vale –le digo–. Agur, hasta la próxima.

–Adiós.

El portazo de despedida retumba incluso antes de que llegue a darme la vuelta.

* * *

Me da mucha rabia no haber averiguado nada acerca de los corderos desaparecidos. Sin embargo, regreso hacia la borda envuelto en un halo de optimismo. Hace una tarde espléndida, tengo el estómago lleno como nunca, y el vino y el pacharán me han levantado el ánimo. Aunque he de decir que, si ahora mismo voy trazando un zigzag hacia mi puesto de trabajo, no es exclusivamente a causa del alcohol que llevo en la sangre; las ruedas medio torcidas de la bicicleta tampoco me lo quieren poner fácil para ir en línea recta. De un modo u otro, yo sigo hacia delante con la cabeza en alto, admirando las imponentes aves del cielo, identificándome con ellas... La sensación es deliciosa, pero efímera. En cuanto llego a la borda, oigo al pastor fuera de sí, jurando y berreando como un loco.

–¿¿¿De dónde cojones han salido estos corderos judíos!??

Primero dejo la bicicleta en un lugar discreto, lo único que me faltaba es que Julián la viera descacharrada... Luego me acerco a él con mucha precaución, pues no sé cómo reaccionará al verme. Mientras vocifera sin parar, voy dándome cuenta de lo que ha sucedido, y empiezo a sentirme un completo gilipollas por enésima vez... Si es que anoche tenía que haberme fijado mejor en los corderos que me llevaba..., ya me parecían a mí un poco más grandes de lo normal... Pero, caray, no es fácil distinguirlos cuando son tan jóvenes... De todas formas, ya es demasiado tarde: tengo al patrón enfurecido, con los ojos inyectados en sangre y las venas del cuello a punto de reventar.

–¡Oye, tú! –me grita, pillándome al vuelo– ¡Dime! ¿De dónde narices han salido estos bichos?

Ni siquiera me deja abrir la boca, sigue reprendiéndome a gritos:

–Faltan dos corderos de los nuestros, y en su lugar me encuentro estos dos malditos judíos. ¿Vas a explicarme cómo es posible? ¿Se puede saber a qué te dedicas si no es a vigilar el ganado?

Sé que debo dar alguna explicación de modo urgente; pero me faltan reflejos para pensar, tengo la cabeza embotada y no puedo decir nada con sentido.

–No sé... –balbuceo–, parece cosa de magia. En África a veces ocurren cosas como esta...

El pastor pone cara de extrañeza, no sé yo si le convence mucho la chorrada que acabo de soltar.

–No entiendo qué demonios ha pasado –dice, bajando un poco el tono–. Solo quiero esos dos monstruos fuera de aquí antes de que me dejen preñada alguna oveja.

–¡Pero si no son más que unos corderitos!

–Me da igual, los quiero lejos de aquí ahora mismo. Y en cuanto a los que faltan, ya pueden aparecer, porque de lo contrario... –deja la frase en suspenso un instante–. Haz lo que tengas que hacer para recuperarlos.

–Descuida –le digo.

Corro a buscar la carretilla, con el hacha y la cuerda aún dentro, y vuelvo para recoger los lechales judíos. Mientras tanto, Julián no me quita ojo ni un segundo. Está claro que sospecha algo, no se fía de mí; yo diría que incluso hay temor en su mirada.

—¿Es verdad lo que dicen de ti? —me pregunta, casi susurrando.

—¿Qué dicen de mí?

No responde, solo me mira con gesto raro antes de darme la espalda para ir hacia la sala de ordeño.

Me pregunto qué rayos estará pasando por la cabeza de ese viejo loco. Yo sigo a lo mío: ato las patas a los dos corderos invasores, los cargo en la carretilla y salgo con ellos pista arriba.

Apenas recorro doscientos metros, me detengo en seco. ¡Vaya cagada! Si es que Adama tenía razón: cuanto más hago por salir de la mierda más me hundo en ella. ¿En qué estaría pensando yo anoche? Entonces me doy cuenta de lo absurdo de la situación. A esta hora, el pastor de *Barnepunta* ya se habrá dado cuenta de que le han robado. Además, a lo largo de la mañana han desaparecido los buitres del cielo, eso significa que alguien ha retirado el cuerpo del mastín. ¿Adónde hostias voy yo con estos corderos, a plena luz del día, encima?

Necesito pensar. Busco un lugar discreto entre los árboles y me siento en el suelo. Ahora que los efectos del alcohol empiezan a disiparse, seguro que lo veo todo más claro y se me ocurre algo.

La inspiración llega a mí cuando falta poco para que se oculte el sol. Me pongo en pie, voy hasta la carretilla, cojo uno de los corderos, lo tumbo, lo sujeto fuertemente contra la hierba, y le doy un corte limpio en el cuello. Mientras la sangre sale a borbotones, voy a por el segundo. Este ya ha visto lo que ha pasado con su compañero; cuanto antes acabe con él, menos sufrirá. Termino de separar las cabezas de sus respectivos cuerpos, desuello los animales, los abro en canal y vacío las vísceras, que se desparraman por el suelo.

Después de enterrar los despojos que no me sirven, bajo hasta el río con la carretilla, como si llevara una carnicería ambulante. Al llegar al borde del agua, cojo las cabezas de los dos corderos, les abro la boca, ato sendas cuerdas y las lanzo al agua; pero se quedan flotando y tengo que volver a sacarlas. Para resolver el imprevisto es suficiente con meterles una piedra dentro de la boca. Así es como se van al fondo.

Ya está, a ver qué pasa ahora, me pregunto. Miro alrededor, creo que nadie me ha visto. Me lavo las manos en el río, también limpio el hacha y la carretilla. Cuando termino, aún tengo tiempo de sentarme un momento a repasar con calma lo que voy a hacer a partir de ahora.

* * *

Adama se despide del último cliente del día, coloca las señales y la cadena que indican el cierre de la gasolinera, revisa los surtidores asegurándose de que están bien cerrados y... entonces, aprovecho para salir de entre las sombras. Mi colega senegalés pone cara de sorpresa al ver cómo me acerco pedaleando en zigzag.

—Pero ¿qué le ha pasado a esa bicicleta?

—A esta bicicleta y al ciclista les han pasado muchas cosas en las últimas veinticuatro horas, demasiadas. Si te lo contara, no lo creerías.

—¿Es que no lo vas a soltar, o qué?

—Claro que sí, hombre. Pero mejor mientras cenamos, ¿no?

Dejo el trasto con ruedas contra la pared, cojo las bolsas que cuelgan del manillar y hago un gesto a mi amigo para ir hacia el almacén. Cuando pongo sobre la mesa los dos corderos despiezados y un montón de cangrejos, Adama frunce el ceño y me mira desconfiado.

–¿Esto tiene algo que ver con lo sucedido en *Barnepunta*?

No tengo por qué mentirle, le voy a contar toda la historia; pero antes necesito que él responda a otra pregunta:

–¿Qué vamos a cenar, productos de agua o de tierra?

–Si quieres, los dos. Así, siguiendo la costumbre local, tendremos disculpa para abrir dos botellas de vino: una de tinto para la carne y otra de blanco para el pescado.

–Vale.

Encendemos los fogones y nos recreamos cocinando los cangrejos y el cordero en cazuelas diferentes, cada guiso con su propia salsa. Nos sale todo riquísimo, y mientras disfrutamos de la cena, voy dando detalles a mi colega sobre lo acontecido desde que salí por última vez de la gasolinera. Le explico el extraño accidente con la bicicleta, la visita nocturna a *Barnepunta*, el encuentro con Idoia en la tienda, la conversación con Isaac, la comilona con el cura, la bronca de Julián, los últimos sucesos en el río...

Cuando termino de contarle todo, Adama está moviendo la cabeza de un lado a otro.

–Te estás metiendo en un buen follón –dice–, ¿no te das cuenta?

–Sí, es verdad; pero yo no lo he buscado.

–No lo has buscado, pero eres tú mismo quien lo está enredando todo. Has caído en arenas movedizas, si te agitas demasiado acabarás hundido por completo –me advierte–. Y ojo con lo que te digo: la gente de este pueblo es muy rarita.

La verdad es que en el tiempo que llevo aquí he podido comprobar que el senegalés tiene toda la razón. Idoia es una de las pocas personas que merecen la pena. Por el lado contrario, si organizaran una competición para elegir al mayor hijo puta del pueblo, Isaac se llevaría el trofeo, y el segundo puesto del pódium estaría muy disputado entre Julián y Tomás. En cuanto al cura... ¡Menudo elemento! No creo que acabe muy bien de seguir con esa conducta tan poco afin a su condición.

–Los dos pensamos parecido sobre la gente de Orbe –digo a mi compañero durante el café de la sobremesa–. Ahora tengo curiosidad por saber qué opinan ellos de nosotros, sobre todo de mí. Dime la verdad, ¿que dicen sobre Touré, el africano?

–Quién sabe, cualquier cosa.

–Julián me ha preguntado antes a ver si es verdad “lo que dicen de mí”. Pues ya quisiera saber qué dicen.

Mi colega sonrío buscando palabras para quitar hierro al asunto:

–Cuando la gente viene a echar gasolina, a veces traba conversación... Algo sí que he oído, pero solo tonterías. Suelen preguntarme si es verdad que eres un brujo. Por lo visto hay quien piensa que puedes hacer magia y esas cosas.

–¿Y de dónde han sacado todo eso? –pregunto, dirigiéndole una mirada acusadora.

–Yo solo les dije que se te da bien investigar, que te apañas muy bien como detective... ¡Si ya te lo comenté!

–¿Solo eso?, ¿seguro?

–Bueno, tal vez, siempre por tu bien, dejé caer alguna vez que en Bilbao la gente acudía a ti para que adivinaras su futuro.

Se me escapa un suspiro de desesperación.

–Pues la has hecho buena, como se empieza a correr la voz de que soy un brujo peligroso, me van a matar a pedradas.

–No creo, a la gente de aquí no le van las lapidaciones, son más de quemar brujas en la hoguera; pero tranquilo, hace siglos que eso pasó a la historia.

Nos quedamos en silencio, Adama pensando en no se qué, y yo buscando la mejor forma de deshacer este embrollo. Por desgracia, es mi triste sino, siempre ando metido en algún marrón, y sé por experiencia que la mayoría de las veces salgo de una para meterme en otra peor. Soy prisionero de mi destino, es inútil hacer nada. Si un día decidí venir a este rincón de los Pirineos fue porque necesitaba romper esa inercia, dar un giro hacia la normalidad... Sin embargo, parece imposible, ahora tampoco he escogido el camino más adecuado.

El ruido de un motor interrumpe mis pensamientos. Un coche viene a toda pastilla, llega hasta el cruce de la gasolinera y, sin respetar el *stop*, continúa veloz, bajando por la carretera general.

–¿Quién era? –pregunto.

–El vaquero.

–¿Va adonde me imagino?

–Claro. El puticlub tiene muchos clientes en el pueblo.

–Yo también tenía intención de darme una vuelta por allí esta noche –confieso.

Mi colega necesita unos segundos para reaccionar.

–Julián te ha dado la paga extra, ¿o qué?

–No es eso.

–¿Entonces?

–Ya hemos hablado del cura antes... Me da mala espina. Para mí que tiene algo que ver con la desaparición de los corderos. Puede que incluso esté relacionado con la muerte del burro. Me cuesta imaginar a ese hombre cortando cabezas por ahí, motosierra en mano; pero el caso es que a mí me atropelló con un 4x4, de noche y con la música a todo volumen. Eso encaja con lo que oí desde la borda aquella madrugada.

Nos quedamos pensativos un rato hasta que vuelvo a tomar la palabra poniendo en duda mis propias hipótesis:

–Aún así, tanto si te gusta ir de putas como si quieres entrar en la propiedad de un vecino para cargarte a su burro, lo mejor sería actuar discretamente, ¿no crees? No me parece muy normal ir montando escándalo con la música a tope.

–El problema es que en Orbe hay muy pocas personas normales. Puedes esperarte cualquier cosa, y más tratándose del cura –subraya Adama–. Mira, yo procuro no tomarme en serio las habladurías, pero en el caso de ese individuo... He oído de todo. Algunos le acusan de gastarse la colecta de los domingos apostando en el frontón, otros le critican por no guardar el celibato, y hay quien, además, asegura que le da a todos los palos.

–Si encontráramos en el puticlub a la chica que estaba con él ayer, quién sabe, tal vez pudiera darnos alguna pista interesante.

–No se pierde nada por probar, pero hay más de veinte kilómetros de aquí al puticlub. ¿Piensas ir en esa bici desarmada y a oscuras?

–No era ese mi plan.

El senegalés lanza un suspiro de resignación, imaginándose ya cuál es mi intención.

–Ahí detrás suele haber un coche aparcado –le digo–. ¿No es de tu jefe?

–Sí.

–¿Tienes copia de la llave?

–No hace falta, siempre la deja puesta.

–Entonces puedes cogerlo si te hace falta, ¿no?

Adama no se molesta en buscar disculpas, se levanta y empieza a recoger la mesa.

–Ya limpio yo los platos –me ofrezco.

–No te preocupes, lo haré por la mañana. Me paso aquí el día entero, así que me sobra tiempo.

Deja todo apilado y luego va hacia la puerta haciéndome un gesto para que le siga.

–¿Llevas dinero encima? –me pregunta.

–Diez euros, todos mis ahorros. ¿Por qué?

–Es una miseria; pero mejor así, yo tampoco llevo mucho, para evitar tentaciones.

Nos dirigimos hacia el viejo *jeep* y, al pasar frente a la tienda de la gasolinera, por un instante, se me van los ojos a la caja.

–Seguro que tus huesos machacados agradecerán cambiar el duro sillín de esa bicicleta roñosa por un asiento más cómodo aquí dentro, ¿verdad? dice mi colega, sentándose al volante.

–Hombre, claro.

El motor se pone en marcha, salimos a la carretera y entonces no puedo resistirme a preguntar:

–Con la de billetes que pasan por tus manos, ¿nunca has estado tentado de llevarte alguno al bolsillo?

–Todos los días.

* * *

En pocos minutos estamos frente a la fachada de neón. Tanto Adama como yo distamos mucho del prototipo de putero que pueda aparecer por aquí, por eso me extraña que nadie nos preste atención cuando entramos al bar, donde una densa atmósfera envuelve a dos hombres y a media docena de mujeres que nos ignoran desde la penumbra. No esperaba que nos hicieran la ola, pero sí, cuando menos, algún gesto de cortesía, una mirada, una sonrisa, un saludo...

Nos quedamos como pasmarotes junto a la puerta. Antes de pasar dentro, hago un reconocimiento general con la mirada. Entonces veo a la amiguita del cura al fondo, sola, con cara de aburrirse como una ostra mientras mata el tiempo tirando dardos a una diana.

–Hola –digo a la mulata de melena rizada–, ¿te acuerdas de mí?

–Claro –responde, forzando una sonrisa.

–¿Podemos hablar contigo un momento?

Hace unos últimos lanzamientos con muy poca puntería, nos señala una mesa, y vamos a sentarnos. Casi en el acto, tenemos encima a la camarera, una mujer de piel oscura, rubia de agua oxigenada, algo mayor que las chicas que pululan por el local.

–¿Qué va a ser? –pregunta, sin mucho énfasis, con voz ronca.

–Una birra en dos vasos –responde mi colega.

–Aquí no servimos eso.

–Pues entonces una birra sin vaso.

–¿Y tú, reina? –pregunta a la chica.

Ella no responde inmediatamente; antes nos mira un instante, como si estuviera calibrándonos.

–Ahorita mismo nada, tal vez más tarde –responde con un deje acorde a su aspecto caribeño.

La camarera se va de morros, y yo, por si acaso, decido ir al grano sin perder tiempo.

–Ayer, cuando ocurrió el accidente, ibas con el cura –le digo–. Queríamos preguntarte algo sobre él.

–Sabes que los curas deben guardar secreto de confesión, ¿verdad? –hace una pausa y nos mira con desgana–. Pues las putas también, ¿me copiaste, hermano?

¡Vaya corte! He aquí el típico momento en el que un investigador privado de verdad sacaría un tentador billete, uno de esos que ayudan a soltar la lengua. Lo que pasa es que esa clase de detectives suele llevar un fajo en el bolsillo y, evidentemente, no es mi caso, así que me veo obligado a seguir con el “plan A” e insisto, como si no hubiera oído nada.

–¿Hace mucho que conoces al párroco?

–Va para un año. La primera vez que hablamos llevaba yo muy poquito tiempo aquí.

Parece que, después de todo, no va a ser tan difícil conversar con la muchacha. Tal vez su celo inicial solo sea una fachada, o quizás una estrategia... Quizás esté echando el anzuelo para ver si aún puede sacarnos algo.

–¿Viene a menudo por aquí? –continúo, aprovechando el tirón.

–No suele entrar al club. Por su oficio, hacemos la excepción con él y le damos cita por teléfono. Es un cliente especial.

– ¿Y siempre pregunta por ti?

–¡Uf! Pila de veces. El curita está emperrado conmigo. Dice que soy su favorita y siempre anda hablando disparates: “niña eres mi luz, algún día voy a sacarte de aquí; niña, voy a librarte de este calvario, solo serás para mí, vas a vivir como un reina...” Claro, que no soy yo tan tonta como para creerme esas pendejadas.

–¿Cómo hacéis para veros?

–Quedamos en el *parking*, yo me subo a su carro y nos vamos por ahí.

Un golpe en la mesa me sobresalta. Solo es la rubia decolorada, que acaba de dejar un botellín bruscamente. No es nada, el verdadero susto me lo llevo cuando nos dice el precio:

–Diez euros.

Adama me hace un gesto tranquilizador mientras alarga un billete a la camarera. En cuanto esta desaparece, yo sigo con el interrogatorio:

–¿Adónde suele llevarte el cura?

Solo oímos la música de fondo. La mulata, que se ha quedado muda de repente, empieza a examinar el esmalte de sus uñas. Otra vez haciéndose la dura... Su buena disposición no era más que un gancho, tal y como me temía. Adama y yo nos miramos, mi colega pega un trago a la botella antes de hacer otra pregunta:

–¿Cómo te llamas?

–Yarelis.

–Vale, Yarelis, no somos hombres ricos, ya lo sabes, pero podemos darte una propina si nos cuentas algo interesante.

El senegalés me pasa la cerveza haciendo un gesto hacia mi bolsillo. Entonces saco el billete de diez euros y lo pongo sobre la mesa. Desaparece en medio segundo.

–Estabas hablando de tus paseos con el cura –recuerdo a la chica.

–¡Ay, ese tipo sí que está bien atronao! –se lamenta ella.

–¿Por qué dices eso?

–Porque me pide cosas súper extrañas. De primeras no quería más que sexo. En algunos sitios “especiales”, eso sí, pues era lo único que le ponía. Cada noche me llevaba a un pueblo diferente, porque él da misa en todo el valle, tú ya sabes... Pues abría la iglesia y lo hacíamos encima del altar, dentro del confesionario, en el campanario... A veces, incluso me pedía que me vistiera de monaguillo.

–Joder, nunca lo hubiera pensado.

–Ay, no se imaginan ustedes lo que tenemos que ver las de mi oficio.

–¿Y seguís con ese rollo?

–No, corazón... Lo de ahora es peor. Está viciado con la velocidad. Ya solo quiere estar en el carro, le gusta prender el motor y salir brisiao. Así se pone calentón, pero cualquier día vamos a sufrir un accidente grave.

–¿Es que no te pareció grave lo de ayer?

–Cógelo suave, mi amor, al menos no hubo muertos.

–Entonces..., lo de anoche...

–Mira, le encantan las apuestas. Su último juegucito consiste básicamente en que yo le hago una paja mientras él maneja a toda velocidad con la música a tope. Si se corre antes de llegar a un lugar fijado de antemano, yo gano y me paga el doble de la tarifa. En caso contrario, pues tengo que mamársela gratis...

Reparo en el gesto de asombro de Adama.

–¿Ayer qué trayecto estábais haciendo? –pregunto a la joven.

–Desde la iglesia hasta el cruce de la gasolinera.

–¿Y quién ganó la apuesta? –interviene el senegalés.

–Pues nadie, hermano, porque chocamos a tu amigo en mitad del camino. El cura iba desacatao, coño, que si no llego yo a vocear y a pegar un volantazo en el último momento, este que viene hoy contigo –me señala– ahorita estaría muerto.

Nos quedamos pensativos. No parece que la chica esté mintiendo, pero nos cuesta creer su historia. Entonces oímos un carraspeo por detrás:

–¿Vais a beber algo más?

Se dirige a la mulata, aunque la pregunta va por nosotros.

–No podemos invitarte a tomar nada –responde Adama, mirando a Yarelis.

La camarera reacciona sin disimular su disgusto:

–Aquí no se viene a charlar, ¿qué os habéis creído? O pagáis alguna consumición más, o lleváis de paseo a la morena. Tenéis dos minutos.

Después del ultimátum, la mujer pega un resoplido antes de dar media vuelta para regresar con paso cansino hacia la barra. No tenemos mucho tiempo, hay que espabilar y afinar bien las preguntas.

–¿Hace dos noches también estuviste por ahí con el cura? –interrogo.

–No estuve, no. En el pueblo cada uno tiene su versión, pero la verdad es que a ese hombre ni el cuerpo ni los cuartos le dan para tanto. Normalmente va sobrado con una vez por semana.

–Entonces no sabes lo que hizo anteayer por la noche.

–¿Qué tu te crees? Ya te dije que no estuve con él.

–¿Sabes algo sobre un burro decapitado?

–Alguna vaina escuché.

–¿Y?

–Y nada. Hace tiempo me di cuenta que los habitantes de este valle están muy pasados. Y los más brutos, los de Orbe –sentencia con una mueca de desagrado–. Se necesita mucho aguante para convivir con gente así, sobre todo siendo mujer.

–¿Nadie ha mencionado el tema por aquí? Quizás algún cliente haya comentado algo...

Yarelis lanza un largo suspiro mientras vuelve a centrar la atención en su manicura.

–También hay ladrones de ganado por los alrededores –pruebo a dar un giro al interrogatorio–. ¿No has oído nada sobre eso?

La chica ni siquiera se molesta en levantar la vista, continúa revisando minuciosamente la punta de sus dedos, no tiene ninguna prisa. Miro a Adama y desvío los ojos hacia su bolsillo, pero él ni se inmuta.

–Una última cosa, Yarelis –dice el senegalés–. Si llega a tus oídos algo sobre ese burro o los ladrones de ganado, nos lo dirás, ¿verdad? –la chica sigue a lo suyo–. Te pagaremos por la información, claro.

–Yo no sé mucho de esa vaina –reacciona–, pero ya tú sabes, en los puticlubs se guardan muchos secretos –susurra, vigilando el mostrador del bar con disimulo–. Si me pagáis bien, tal

vez tenga alguna otra historia interesante para vosotros.

La tipa rubia nos fulmina con la mirada desde la barra y Yarelis aprieta los labios. Es evidente que nuestra charla ha terminado, no tenemos más remedio que largarnos, pero, antes, Adama y la chica intercambian sus números de teléfono.

–¿Has sacado alguna conclusión? –pregunta mi compañero, ya de camino hacia Orbe por una carretera oscura y serpenteante.

–Sí, que somos más pobres que antes de entrar en ese tugurio y que el curita es una buena pieza.

–Yo tenía mis sospechas, ya te he dicho antes todo lo que se oye de él; pero vamos, aún así, he flipado con lo que nos ha contado Yarelis.

–Me jugaría el cuello a que ese hombre sabe más de lo que parece sobre el tema del burro y la desaparición de los corderos.

–Pues vete a preguntárselo, ¿no?

–No creo que vuelva a invitarme a comer; aunque... ¿mañana no es domingo?

–Sí.

–Y los domingos da misa, ¿verdad?

–Creo que sí, a medio día.

Me quedo en silencio, pensando cómo pillar desprevenido al sacerdote para sonsacarle. Mientras tanto, suena una música muy suave por la radio, y, casi sin darme cuenta, inclino la cabeza entornando los ojos.

–Si no te apetece ir hasta la borda, puedes quedarte a dormir en la gasolinera –me propone Adama.

–Gracias, pero no. Todavía tengo un trabajillo por ahí pendiente.

–¿Qué trabajillo?

–Nada, una visita rápida.

–¿A otra borda?

–Pues sí, lo has adivinado.

–¿Y tú crees que eso te ayudará a salir del pozo en el que te has metido?

–Espero que definitivamente.

Mi compañero no dice nada más, solamente exhala un suspiro y hace un silencioso gesto de negación. Luego decide cambiar de música y empieza a toquetar los botones del reproductor, hasta que se apaga la radio y, de repente, empieza a sonar un CD, una canción de ritmo muy cañero.

You are swelling up, you're unstoppable, 'cause you've seen too much too young, soulless is everywhere...

Salto como un resorte.

–¡Joder! ¡Pero si es la música que oí la noche que mataron al burro!

–¿Estás seguro?

–Sí.

Sacamos el CD y miramos las letras que lleva impresas: *Muse*

V

A duras penas consigo sacar unas gotas de leche de las ubres. Me esfuerzo a conciencia, aunque por mucho que tiro de los pezones, no sale nada, ni siquiera succionando al mismo tiempo. Julián las ha ordeñado esta mañana, las ovejas que tenían algo que dar ya lo han dado, y las otras, las que tienen corderos para amamantar, no permiten que me enganche a ellas. Ayer me harté a comer, pero eso ya queda lejos, vuelvo a sentir hambre. Encima, he dormido poco, tengo resaca y unas cuantas heridas nuevas tras la accidentada excursión de esta madrugada. Todo eso sumado a los golpes que aún me duelen desde que me atropelló el cura... Vamos, que estoy hecho un guiñapo.

Me quedo sentado en la hierba, apoyado contra una pared, despatarrado y con los brazos colgando hasta el suelo, como una marioneta sin hilos. La llovizna del amanecer no ha durado mucho, enseguida se han ido abriendo algunos claros entre las nubes, y ahora el cielo ya se ve limpio, empieza a calentar. Con los ojos cerrados, levanto la cara buscando en los rayos de sol la energía que necesito para volver donde el párroco. Es inútil, después de un rato de fototerapia sigo hecho polvo; sin embargo, cerca de mí hay alguien a quien sí parece hacerle efecto el calorcito, un caracol enorme que está cruzando la pista tranquilamente. Y no es el único, algunos de sus parientes también empiezan a salir de entre las hierbas y van reptando tras él, todos con la misma parsimonia. Me levanto sin mucho arranque, pero decidido a no dejarles ir muy lejos. Voy a por un bote de plástico y, empezando por el líder, los voy recogiendo uno a uno. Como salen a montones por todas partes, no necesito ir muy lejos para hacerme con varias docenas en pocos minutos. Al final, hasta se me queda pequeño el bote y tengo que usar una malla de esas donde vienen las naranjas. Cuando termino, dejo la red llena de caracoles colgada de un clavo que sobresale en la pared, dentro de la borda.

Aún es temprano para ir a ninguna parte, así que vuelvo a sentarme al solecito de la mañana. Desde aquí veo la chabola donde el pastor ordeña y hace los quesos. Me viene a la mente un gran depósito de leche que hay dentro y me imagino zambulléndome en él para beber hasta reventar. Sería una pasada, pero, como no puedo hacerlo, me consuelo fantaseando hasta que me entra la modorra y me quedo adormilado.

* * *

Por los altavoces suena algo parecido a lo que escuché ayer en la casa del cura, una música lenta y aburrida. Todavía faltan unos quince minutos para que empiece la misa y la iglesia aún está vacía. Entro y me siento a esperar en el extremo de un banco; pero apenas aguanto un minuto y, como no aparece nadie, me dirijo hacia una puerta que veo al fondo y que, casualmente, se abre en ese mismo momento. Sale el párroco y le digo que quiero hablar con él.

—¿Te lo has pensado mejor y vienes a ayudar en misa, o qué? —me pregunta.

—No, no he venido por eso. Es que hay algo que me preocupa, me gustaría comentarlo con usted. Y, de paso, si pudiera aclararme un par de dudas...

—Venga —mira su reloj de muñeca—, no nos sobra tiempo, pero aún podemos tener una breve charla. Siempre es motivo de gozo ver una oveja perdida regresando a la casa de Dios.

Bueno, al menos no ha dicho “una oveja negra”, pienso, mientras se da la vuelta para abrir de nuevo la puerta en la que una placa dice: “sacristía”. Al entrar me doy un buen susto al encontrarme de sopetón con Mari Carmen, que se apresura a salir sin decir nada, tan seria como siempre. Cuando nos quedamos a solas, el cura me invita a sentarme en una silla mientras él va ultimando los preparativos de la misa.

–Lo que se oye por los altavoces es la Pasión según San Mateo, ¿verdad? –digo.

–Es la Pasión, sí, y también es de Bach, pero esta vez, según San Juan. Puede que no llegue al nivel de la primera; sin embargo, tan hermosa es una como la otra, ¿no crees?

–Sí, sí; estoy de acuerdo –afirmo, pensando qué pronto he soltado la primera bola–. Aunque yo prefiero otro tipo de música, *Muse*, por ejemplo –remato con la segunda mentira.

–¿*Muse*? –Se queda pensativo o, al menos, eso imagino, ya que no puedo verle la cara porque me está dando la espalda–. Me suena ese nombre.

–Es música moderna, muy marchosa. Juraría que era la que sonaba en su coche cuando tuvimos el accidente.

–Ay, Touré... Seguro que tienes muchas cualidades –dice, girándose hacia mí mientras se coloca una larga banda de tela verde sobre el cuello–, pero el buen oído no está entre ellas. Lo que yo iba escuchando en mi coche eran los inigualables *Meat Loaf*, el álbum *Bat out of Hell*, para ser más exactos. ¿Lo conoces?

–No.

–Pues escúchalo, porque merece la pena. Quizás no te parezca lo más adecuado para un religioso, pero cada tipo de música tiene su momento y mis gustos son muy variados. Descubrí ese grupo por casualidad, gracias a un documental de la tele, y la verdad es que me cautivaron. Ahora me encantan. Los pongo muy a menudo, sobre todo mientras conduzco.

“Ya, en tus paseos puteros”, me dan ganas de soltarle, pero me aguanto para no estropear la estrategia que traigo pensada de antemano.

–Bueno –ataja el cura–, será mejor dejar la cháchara para otro rato, ¿qué tenías que contarme?

–Nada de lo que hablemos saldrá fuera de aquí, ¿verdad?

–Nada. Por supuesto que no, hijo. Todo lo que me digas quedará bajo secreto de confesión.

–Vale, antes de nada, me gustaría saber quién le regaló el cordero que nos comimos ayer.

–¿Quién me lo regaló? ¿Y de dónde sacas tú que era un regalo?

–Eso creí entenderle –respondo, a pesar de recordar perfectamente lo que me dijo mientras tomábamos pacharán en el salón de su casa.

–Pues me entenderías mal. Mari Carmen, mi asistenta, es quien se ocupa de hacer la compra, y supongo que compraría el lechal en la carnicería. ¿Por qué te interesa tanto? ¿Qué es lo que te preocupa?

–Es que a Julián le han robado unos corderos durante esta semana.

–Por desgracia no son raros los robos de ganado en nuestro pueblo, a todos los ganaderos les ha tocado alguna vez. En Orbe no hay ladrones, pero fuera hay mucha gente mala, y es fácil venir por la noche con una furgoneta, coger algún animal y desaparecer con él sin que nadie se dé cuenta hasta el día siguiente.

–Julián dice que ya sabe quién es el ladrón, que no está lejos y que se vengará. –El cura se queda sin palabras por primera vez desde que hemos empezado a hablar, y yo aprovecho el momento–. He venido sobre todo por él. Ese hombre está muy mal de la cabeza, seguro que usted ya lo sabe... Me tiene muy preocupado. Últimamente sale de noche por ahí, él solo. No sé adónde irá, pero suele llevarse el hacha y la carretilla, y, a veces, a la mañana siguiente, me encuentro con que están sucias de sangre. La verdad es que no puedo dormir tranquilo, estoy continuamente en

alerta. Ese hombre me da miedo.

Por la ranura de la puerta entreabierta, veo que los feligreses empiezan a entrar en el templo. Casi todos son mayores, hay muy pocos jóvenes, a lo sumo algún niño acompañando a sus padres, como los rollizos hijos del carnicero, que aparecen embutidos en su ropa de los domingos, luciendo esa gordura que les viene de familia. Y, cuando menos me lo espero, también veo a Idoia.

–¿Julián te ha dicho quién es el ladrón? –pregunta el cura, por fin.

–No.

–Me lo puedes confesar tranquilo, ya sabes que esta conversación quedará entre nosotros.

–No me ha dicho nada.

–Bueno –suspira–. Si alguna vez te cuenta algo, ven a decírmelo, ¿de acuerdo?

–Vale.

–¿Hay algo más que te preocupe?

–Una última cosa...

–Dime.

–Mi patrón dice que también sabe quién mató el burro de Tomás, que lo vio bajando de la borda de las vacas en un todoterreno y que iba montando follón con la música muy alta.

–¿Y no ha mencionado su nombre?

–No.

El párroco tarda unos segundos en reaccionar. Me da la impresión de que no está muy tranquilo.

–Julián no viene por la iglesia últimamente. Cuando estés con él, por favor, coméntale de mi parte que ya va siendo hora de hacerme una visita. ¿Se lo dirás?

–Por supuesto, señor.

–Muy bien, ¿te encuentras mejor después de haber hablado conmigo? ¿Me lo has contado todo?

–Sí.

–Quizás todavía tengas alguna preocupación oprimiéndote ahí dentro –me mira fijamente–. Tal vez algún pecado... Si es así, dímelo sin temor, libérate de esa carga... Dios es todo bondad y misericordia. Él te lo perdonará todo, aunque aún no te hayas convertido al cristianismo.

–No se me ocurre nada.

–¿Alguna tentación de la carne?

–No.

–¿Entonces para que fuisteis anoche tú y tu amigo a esa casa de lujuria?

¡Hostia! ¿Cómo leches sabe este lo de nuestra visita al puticlub? Me deja de piedra con su preguntita. Lo de siempre, aquí todo el mundo se entera de todo.

–Los hombres somos débiles ante los placeres de la carne, hijo, es normal, no te preocupes –se explaya, casi con ternura–. ¿Fuiste a la casa prohibida a buscar desahogo?

–Sí, señor –me parece la respuesta más conveniente en esta situación–. Me daba vergüenza confesarlo, por eso no he dicho nada antes.

–Tranquilo..., es comprensible –Pasan unos segundos de silencio que se me hacen eternos–. ¿Tienes algo más que decirme?

–Quizás sea mejor dejar la lista de mis pecados para otra ocasión, porque ahora nos alargáramos demasiado.

–Como quieras. De todos modos, no te hará ningún mal asistir a la misa de hoy.

–Bien, pues me quedaré.

Salimos del despacho parroquial cada uno por nuestro lado, el cura hacia el altar y yo a

sentarme en la punta del último banco del fondo, intentando ignorar las miradas de asombro de los feligreses. La misa comienza con un cántico bastante soso, suficiente para ir haciéndome a la idea de lo soporíferos que van a ser los siguientes minutos. Mientras el sacerdote empieza a dar la chapa delante del micrófono, desconecto y me pongo a pensar en mis cosas, sobre todo en la última conversación, la sorpresa que me ha dado el tío cuando ha mencionado nuestro paso por el puticlub, los posibles motivos que pueden haberle empujado a preguntar por ello...

Para cuando me quiero dar cuenta, el cura está levantando un copón de plata ante la gente, y después hace lo mismo con una especie de galleta blanca que parte por la mitad antes de engullirla con un trago de lo que quiera que haya en esa copa. El tema empieza a prometer cuando el sacerdote baja los escalones que le separan de la primera bancada. Lleva entre las manos un recipiente lleno de galletitas que, según parece, son para repartir entre la gente. Poco a poco, todos se levantan de los bancos para ir a guardar turno en la hilera que se va formando. No sé de qué va esto, pero el hambre puede más que la vergüenza y yo también me pongo a la cola. Cuando llego hasta el párroco, veo una sonrisita en sus labios, pone uno de esos círculos blancos en mi boca, y en cuanto lo trago, me doy media vuelta muy decepcionado, pensando que “el cuerpo de Cristo” no va a servir para engañar a mi estómago.

De camino a mi asiento, bajo la cabeza para no toparme con la mirada de nadie, y luego me quedo en mi sitio en actitud de recogimiento, aunque, en realidad, sigo devanándome los sesos. Confío en que este cura valore el secreto de confesión tanto como su voto de castidad.

* * *

Al terminar la misa, la gente desaloja el templo poco a poco. Yo salgo de los últimos. Fuera, algunos feligreses se quedan charlando junto al ciprés gigante que hay frente al pórtico, otros, los menos, toman el camino hacia casa sin entretenerse, y unos cuantos van de cabeza al bar de la plaza a tomarse el vermut con unos fritos, que es lo que hacen muchos *orbitarras* los domingos a mediodía. Yo por mi parte, busco con la mirada a Idoia, me gustaría charlar con ella; pero, inesperadamente, veo junto a mí al carnicero con la familia al completo, y no puedo dejar pasar la ocasión:

–Oye, perdona–le llamo–, ¿tienes un minuto?

–Según para qué.

–Me gustaría preguntarte una cosa.

–¿Qué cosa?

–Una tontería, nada más.

Al carnicero se le tuerce el gesto y pide a su mujer que siga con los niños hasta el bar. A continuación, se me queda mirando fijamente, tan desagradable como de costumbre.

–Dime –pronuncia con tono seco.

–Mari Carmen, la asistenta del párroco... ¿te ha comprado un cordero estos últimos días?

Su expresión de disgusto se intensifica, el hombre se toma un segundo para respirar hondo y tragar saliva antes de responder:

–A veces parece que vivimos en África, aquí nadie respeta la ley.

La respuesta me deja desconcertado, no llego a entender a cuento de qué menciona mi continente y me quedo a la espera de más explicaciones.

–En los sitios civilizados hay mataderos, y es ahí donde yo compro la carne –alega–, con todas las garantías y, por supuesto, después de haber pasado todos los controles sanitarios.

Julián tiene una versión diferente acerca de las costumbres del carnicero, pero dejo que el gordo continúe exponiendo su parecer porque aún me cuesta seguir el hilo de su razonamiento.

–Y llevo el género a la carnicería para venderlo, porque algunos intentamos hacer las cosas como es debido –insiste, con el ánimo cada vez más caldeado–, pero ¿sabes cómo funcionan algunos ganaderos? Pues con la venta directa, ellos mismos sacrifican el animal y ellos mismos lo venden al público. ¿Y qué hacen la mayoría de los clientes? Pues comprarles la carne a ellos porque les sale más barata. Se pasan por el forro los sellos, los controles y todo, solo por ahorrarse unos míseros céntimos. Los hay agarrados...

Escucho mientras voy asintiendo dándole la razón, a pesar de que me importan un rábano los trapos sucios que está sacando. Por el rabillo del ojo, miro hacia el lugar por donde he visto alejarse a Idoia, como este tío se enrolle mucho más, no la voy a pillar.

–Uno de los ganaderos de Orbe hasta tiene un sello falsificado como los que usan en el matadero del valle, así que imagínate... –Las carrilleras del carnicero ya no pueden estar más encendidas–. ¿Sabes quién?

–Ni idea.

–¡Pues el de las vacas!

–¿Tomás?

–¡Ese mismo! –me confirma–. Le está bien empleado eso que le ha pasado con el asno, ¡aún es poco para lo que se merece! Cualquiera día voy a denunciar a ese hijo de puta, y también a todos esos ganaderos tan tramposos como él.

–Tienes toda la razón –me atrevo a decirle, ante el montón de mierda que el tipo acaba de descargar sobre sus vecinos–. Pero todavía no me has respondido: ¿Has vendido un cordero a Mari Carmen últimamente?

–La Mari Carmen, ¡menuda pieza, esa también! Ya sabes a qué se dedica, ¿verdad? Con los años esa mala pécora está cada vez más seca, pero lleva toda la vida metida en la casa parroquial al servicio del cura de turno, entendiéndose por “servicio” todo lo que quieras imaginarte.

–A mí tampoco me gusta mucho esa mujer, pero dime: ¿tú le has vendido un cordero?

–¿Es que no hablo claro? ¿Para qué tienes esa cabezota?

El carnicero vuelve a renegar con un último juramento y, sin añadir nada más, da media vuelta y se dirige hacia el bar.

Me quedo un instante pensativo, hasta que, por fin, doy mi duda más o menos por resuelta. Entonces vuelvo la vista hacia el lugar por donde se ha ido Idoia y decido espabilarme para alcanzarla antes de que se me escape del todo.

Aprieto el paso hasta que consigo verla a lo lejos, pasando junto a la picota. Así llaman en el pueblo a una columna de piedra que tiene en lo alto cuatro cabezas de león, cada una mirando a un punto cardinal. El aspecto de los leones es fiero, muy apropiado para la función que tenía ese poste antiguamente, y es que, según parece, servía para exhibir las cabezas de los criminales ejecutados.

Siempre me ha dado un extraño repelús pasar cerca de la picota de Orbe. Y ahora es más comprensible esa sensación, a raíz de toda esta movida de cabezas cortadas que para mí ya se ha convertido en una rutina macabra.

Acelero para ir acortando poco a poco la distancia con Idoia. La llamo cuando está a punto de cruzar el pequeño puente de madera sobre el río. No parece muy sorprendida de verme.

–¿Podemos hablar un poco? –le pregunto.

–¡Claro! –me sonrío, muy simpática–. ¿Recuerdas ese café que tenemos pendiente?

–Te acompañaría súper a gusto a tomar un café o cualquier otra cosa, pero no sé si este será un buen momento para ti.

–¿Por qué no? Si quieres, te invito a un par de pinchos y un pote en el bar.

Es imposible rechazar una invitación así, pero ni siquiera tengo oportunidad de responder, el rostro de Idoia se avinagra de repente. Me giro para ver a qué se debe ese cambio en la expresión de la chica y me topo con la mirada acusadora de su tía controlándonos a pocos metros, desde uno de los ventanucos de la torre de Orbe. El aspecto de la vieja bruja pega de maravilla con ese edificio antiguo tan sombrío.

–¿Puedes venir un momentito, guapa? –llama a su sobrina desde la ventana.

–¿Prefieres que lo dejemos para otro día? –le digo yo, haciéndome cargo de la situación.

–Igual mejor, sí –responde abatida.

Me despido de Idoia y observo cómo se aleja hacia la casa más antigua del pueblo.

Me quedo pensativo, meditando los próximos pasos a dar, pero, la verdad, estoy hecho polvo, sin prisa ni ganas de hacer nada, así que, por una vez, escucho a mi cuerpo y me voy a la borda con intención de echarme una buena siesta.

* * *

Me despierto de sopetón al sentir el contacto de algo largo deslizándose por dentro de mi camiseta. Con el susto, me levanto de un salto, y una culebra cae al suelo. El reptil se marcha zigzagueando hasta desaparecer entre la maleza, creo que el bicho tenía tanto miedo como yo. De pronto, se oye una desagradable risotada, la de Isaac, el alguacil del pueblo, plantado frente a mí.

–¿Qué haces dormido a estas horas? –Me pregunta, fanfarrón–. Quería hablar contigo, y, como no te despertabas con mi dulce voz, he tenido que probar de otra manera.

¿Pero qué hostias quiere ahora este gilipollas? Me pregunto, llevándome la mano al pecho.

–Tranquilo –dice Isaac–, las culebras del río no tienen veneno. ¿A que no adivinas de dónde la he sacado?

Le miro fijamente, me dan ganas de partirle la cara. El tío es fuerte, pero apostararía que podría tumbarlo de un puñetazo.

–Estaba dentro de la boca de un perro –dice, poniéndome en alerta.

–¿Qué perro?

Me hago el tonto para ver por dónde sale, pero nada. Sólo oigo unos balidos. Miro hacia atrás y ahí, junto al resto de los lechales, están los dos nuevos corderos, esta vez de raza *latxa*. ¡Vaya cara ha puesto Julián cuando se los ha encontrado en la borda esta mañana! No podía creer lo que veían sus ojos. Luego, enseguida ha pasado de la sorpresa al miedo, y no se ha atrevido a mencionar el tema en ningún momento, ni siquiera mientras hemos estado codo a codo ordeñando las ovejas.

Isaac continúa con ese tono irónico tan desagradable y propio de él:

–Nuestro hábil detective todavía no sabe nada sobre ese desdichado burro propiedad del vaquero, ¿no?

¿Qué cojones le digo? Creo que lo mejor es quedarme callado. Pero al cabo de unos segundos el tío contrataca:

–El pastor de *Barnepunta* me ha dicho que anteayer por la noche le robaron dos corderos lechales y que los ladrones, encima, cortaron la cabeza de su mastín. ¿De eso tampoco sabes nada?

¿Qué demonios sabrá este hijo de puta? Me estoy hartando, joder. Venga, cabrón dime ya lo que sea, temina de una vez.

–No sé de qué me hablas –Me cuesta pronunciar las palabras.

Isaac saca su móvil y empieza a pulsar botones.

–Mira –dice, mostrándome la pantalla.

Me quedo estupefacto al ver la imagen: aparezco yo, sentado a la orilla del río junto a la cabeza del burro. ¿Me ha sacado él esa foto? ¿Pero en qué momento? ¿Y desde dónde?

–¿Has visto qué bien retratados han salido los dos asnos? Pues no te creas, que por aquí tengo otra foto donde tú aún sales mejor –empieza a deslizar el índice sobre el cristal hasta dar con lo que busca–. Aquí está –vuelve a enseñarme–, hay que ver lo fotogénico que eres.

Echo un vistazo y ahí me veo, otra vez sentado al borde del río, solo que en esta ocasión lo que tengo al lado es la cabezota del mastín que me cargué en *Barnepunta*.

–Ya me parecía a mí –continúa el alguacil mientras se guarda el teléfono–, que estos últimos días había demasiados buitres en el cielo. Hoy por la mañana también he visto un grupo planeando en círculo. Tú no sabrás por qué, ¿verdad? –espera un par de segundos observando mi reacción–. Pues resulta que anoche alguien robó otros dos corderos al pastor de *Iturriondo*, y también le mataron dos perros.

Yo sigo sin decir nada, el alguacil lleva su mirada hacia mi cuello y mis brazos.

–¿Cómo te has hecho esos rasguños?

Parece que no han resultado muy efectivos mis esfuerzos por ocultar bajo la ropa los arañazos y marcas de mordiscos. La verdad es que me costó reducir a los perros de *Iturriondo*. Con el pequeño, vaya, pero el mastín... Reconozco que no estuve muy fino con el hacha y me dio más guerra de la prevista.

Isaac me tiene cogido por los huevos, es como si tuviera que revivir la situación que tuve que sufrir en San Francisco. Da lo mismo dónde esté, en África o en Europa, en un barrio conflictivo dentro de la urbe o en un poblado pirenaico.

–¿Qué quieres de mí? –pregunto, encarándome a él.

El alguacil deja su risita de hiena y me mira fijamente. Esto no puede acabar bien.

–¿Qué voy a querer yo de un muerto de hambre como tú? Solo voy a regalarte un par de consejos que más te vale seguir –responde, antes de darme la espalda y dirigirse hacia la bicicleta que ha dejado contra el cercado.

Mientras sujeta el manillar, vuelve a clavarme su mirada, aún más desafiante.

–Lo primero, deja de meter las narices donde no te llaman.

Echa su cuerpo gordinflón sobre el sillín y desvía la mirada al cielo azul para darme el otro consejo:

–Y lo segundo, aléjate de Idoia –lo pronuncia como si escupiera un veneno amargo–. De momento no tengo más que decirte –vuelve a mirarme–, pero tranquilo, tendrás noticias mías.

Luego empieza a pedalear hacia el pueblo.

Me dejo caer en una vieja silla de plástico, casi en estado de *shock*, y mi cabeza empieza a trabajar intentando comprender lo que acaba de suceder. Al cabo de un rato, la única conclusión a la que llego es que estoy bien jodido. Mi vida es una mierda, una auténtica mierda. Vaya adonde vaya, tengo un don especial para atraer problemas. Intento encontrar una solución, ¿y qué consigo? Cagarla, enredarlo todo hasta quedarme enganchado en una red que yo mismo ayudo a tejer. Siempre la misma historia. Vuelvo a verme apresado en el centro de una enorme tela de araña, y cuanto más me agito para escapar, más atrapado estoy, más se acerca el depredador de ocho patas, esta vez con la cara mofletuda y barbuda de Isaac.

Después de horas rumiando el tema, y con la cabeza a punto de estallar, aún no me siento capaz de encontrar una salida sensata. Necesito hablar con alguien de confianza, y está claro quién es el candidato número uno: el de siempre.

* * *

Me encuentro a Adama en la gasolinera con su actitud habitual: sentado a la sombra, con los brazos cruzados y el pensamiento vagando por el horizonte. La novedad de hoy es que ha puesto música de fondo, por los altavoces se escucha un canto melancólico de un compatriota suyo, Salif Keita. Ahora que reparo en ello, mi colega senegalés está más apagado que de costumbre. Esta vez nos saltamos los saludos africanos y, sin decir nada, le estrecho la mano antes de sentarme junto a él.

–Ahora sí que estoy de mierda hasta el cuello –le digo sin rodeos.

–No eres el único –responde.

Su declaración me pilla por sorpresa. Viendo que está por lo menos tan jodido como yo, propongo que sea él quien se desahogue en primer lugar.

–El jefe se ha dado cuenta de que han desaparecido unas cuantas botellas de vino de la tienda –me cuenta, apesadumbrado.

–Joder, lo siento, ha sido por mi culpa...

–No digas chorradas –me corta–, yo soy el único responsable.

No importa lo que diga mi colega, está claro que últimamente he interferido demasiado en su vida y eso no le ha ayudado en nada.

–¿Se lo ha tomado muy mal? –pregunto.

–Me ha dicho que ha sido un desengaño muy grande para él, que no esperaba de mí algo parecido –su voz suena apagada–. Y, lo más importante, que este mes no me va a pagar nada y que tal vez tenga que buscar a alguien de confianza para sustituirme.

–¡Pero qué jeta tiene el tío! ¿Dónde piensa ese sinvergüenza que va a encontrar otro chollo como el que tiene contigo?

–Quién sabe, hay mucha gente necesitada, y tampoco se está tan mal aquí.

No estar “tan mal”, parece que es lo mejor a lo que podemos aspirar los inmigrantes en esta sociedad, y es que las opciones están bien delimitadas: llegar a una situación llevadera, como la que tenía Adama; estar mal, lo que le espera a partir de ahora; o darse por jodido, como estoy yo.

–¿Y a ti qué te pasa ahora? –me pregunta.

Le pongo al día acerca de mi última conversación con el cura, le explico cómo he echado el anzuelo, y luego me explayo un poco más contándole la visita de Isaac. Al final, los dos nos quedamos mirando al horizonte, envueltos en la tristeza que transmite la canción de Salif Keita.

–No hay que ser muy listo para darse cuenta de que fue el propio Isaac quien acabó con el burro de Tomás –sentencia el senegalés.

–Eso parece, y yo he sido lo suficientemente estúpido para ofrecerme en bandeja y ocupar el puesto de sospechoso número uno. ¿Digo sospechoso? ¡Qué va, si hasta hay fotos para probar que soy el culpable! He sido tan incauto como los cangrejos que se meten por los agujeros de mis ladrillos.

–Fijo que al alguacil no le ha hecho ninguna gracia que venga un puto africano a robarle la pesca –Adama intenta sonreír–. Seguro que no contaba con eso, aunque en principio su mayor interés fuera joder a Tomás.

–¿Tanto le odia?

–El problema no lo tiene solo con él, lo tiene con todo el mundo, especialmente con los ganaderos. La familia de Isaac siempre ha tenido muchas tierras en Orbe y eso ha sido una fuente continua de conflicto con la gente. Cuando no son las lindes, es el uso que se da a las fincas, la calificación de los terrenos...

–Entonces, seguro que también ha sido él quien se ha llevado los corderos de Julián.

–Apostaría que sí. De ese modo mata dos pájaros de un tiro: putea al pastor y, al mismo

tiempo, a ti te deja en una situación más que comprometida.

–Y encima, de paso, aprovecha para hacer regalitos a sus amigos; por ejemplo, al cura... Porque esos sí que se entienden bien, ¿verdad?

–Muy bien, por lo que parece.

Las ideas empiezan a ordenarse en mi mente, hasta que me surge una duda:

–Cuando Isaac me ha exigido que no meta las narices donde no me llaman, ¿a qué se referiría?

–No estoy seguro. Todo ha empezado con el dichoso burro decapitado, pero luego han ido surgiendo más cosas. Quizás no le ha gustado que hayamos ido por el puticlub haciendo preguntas.

–Tal vez.

Isaac siempre ha tenido mala fama, sobre todo entre las mujeres, que le ven como un putero baboso y degenerado, pero la reputación de su amigo el cura todavía puede salvarse a pesar de las malas lenguas, y seguro que está haciendo lo posible por protegerle.

–Sin embargo, aún me ha sorprendido más su consejo de no acercarme a Idoia. Bueno, más que un consejo ha sido una amenaza.

–¡Joder, pues eso sí que está claro, hombre! Debes de ser el único en Orbe que no sabe que Isaac anda detrás de esa chica. Lo que le preocupa a ese tío es encontrar un rival peligroso, como tú –Adama hace otro amago de sonrisa–. Según lo veo yo, para él no eres solo un investigador incómodo, también le haces la competencia en el amor, y hará todo lo que pueda por librarse de ti. Ahora sí que no me extraña el chantaje de las fotos.

Mi colega estira los brazos para desentumecer sus músculos, pero no añade nada más y nos quedamos un rato rumiando en silencio todo lo que acabamos de comentar. Yo intento, resignado, encontrar algún argumento que defienda mi inocencia, al menos en el asunto del asno.

–La cabeza del burro pesa bastante –digo al cabo de unos minutos–, hace falta un coche para transportarla, y yo no lo tengo, quién iba a creerse...

–Con una carretilla es suficiente –me corta el senegalés–, sobre todo si no hay que caminar demasiado. ¿Qué distancia hay desde la borda de Julián hasta la de de Tomás?

–Pues no mucha, pero alguien utilizó el 4x4 de la gasolinera.

–Bueno, eso creemos nosotros, pero la gente no lo sabe.

–¿Y no puede ser que alguien lo viera? Porque, desde luego, llamaba la atención.

–Vete a saber, quizás vieran el coche, pero ¿y el conductor? No lo creo. Teniendo en cuenta que las llaves siempre están puestas, cualquiera podría ir al volante. Ahora piénsalo bien: ¿dónde suele estar aparcado? En la gasolinera. ¿Y quién se pasa el día entero aquí? Yo. ¿Y quién es mi mejor amigo?, ¿a quién le dejaría el coche para lo que fuera, a cualquier hora de la noche? Empiezo a pensar que Isaac fue tan descuidado a propósito, para incriminarnos.

–¡Joder!, ¡qué retorcido es el cabrón! ¡Lo tiene todo atado!

–Pues sí, perfectamente, y está claro que si enseña las fotografías por ahí, te va a poner en un serio aprieto, así que tendremos que hablar con él para que no lo haga. El problema es cómo convencerle.

Empiezo a imaginarme todo lo malo que puede pasar y, de repente, siento un sudor frío bajando por mi espalda. Isaac me tiene bien pillado y lo peor es que no sé cómo salir de su enfermizo plan, cómo librarme de lo que tiene planeado para mí.

–Esto es el fin –digo.

–No te pongas tan trágico, aún no está todo perdido. No creo que ese tío haya salido corriendo a enseñar las fotos a nadie, todavía no. Tenemos margen para pensar y encontrar una solución a este embrollo.

–Pues a mí solo se me ocurre salir de aquí zingando.

–¿Y adónde ibas a ir?

–Eso me pregunto yo: ¿adónde?

–Aguanta un poco, hombre, intenta hablar con Isaac, pregúntale que piensa hacer con esas fotos, averigua si tiene más...

–¡Uy, si ese fuera mi único problema! Entonces merecería toda mi atención, pero es que, aparte de ese puñetero burro que supuestamente he decapitado, hay otras cosas de las que sí soy responsable de verdad, como la muerte a hachazos de tres perros, el descuartizamiento de dos corderos, el hurto de otros dos... Los dueños de esos animales no se van a quedar de brazos cruzados sin saber quién ha cometido esos actos, y el alguacil sabe que he sido yo. Tengo motivos de sobra para salir por patas, eso sin contar con que alguien llame a la policía, que no quiero ni pensar en ello, pero las consecuencias serían aún más desastrosas.

Adama busca argumentos que me animen, pero es inútil, porque no los hay. El disco de Salif Keita se ha terminado y el silencio posterior a la música me resulta aún más deprimente que las tristes melodías que acabamos de escuchar.

Miro hacia la carretera, un poco descuidada en este cruce alejado de la civilización. Por un momento no entiendo qué pinta una gasolinera aquí, no ha pasado ni un solo coche en todo el rato que hemos estado charlando.

–¿Cuántos kilómetros hay hasta la frontera con Francia? –pregunto a Adama, sin apartar la vista del asfalto desgastado.

–En línea recta, por el monte, está cerca, a poco más de una hora caminando. Por carretera se da un buen rodeo, pero, así y todo, es mucho más rápido, claro.

–Normalmente no hay guardia fronteriza, ¿no?

–Eso dicen.

Miro hacia el Norte, hacia las montañas que nos separan de Francia. Me pregunto qué tal me las arreglaría en el país vecino. El doloroso recuerdo de mi hija vuelve a mí, como tantas veces, no puedo evitarlo. Fue precisamente en Francia donde vio sus últimos días, allí fue víctima de la mafia nigeriana, allí terminó asesinada a pocos kilómetros de la frontera, cuando venía de visita a Bilbao.

Me levanto de la silla agitado por el deseo, más bien la necesidad, de apartar de mí evocaciones amargas. Y es que cada vez que pienso en ello, revivo el mismo sufrimiento, una y otra vez. Necesito moverme, voy al servicio y me refresco la cara, como si pudiera hacer que el agua se llevara todo mi dolor por el sumidero. Al levantar la cabeza, lo veo ahí, en el espejo, ese hombre, ese fracasado que me persigue allá donde vaya... Le miro a los ojos y veo su alma tan agrietada como el cristal en el que se refleja. No me sorprende, somos viejos conocidos. Pero ahora no me provoca lástima, sino que enciende mi rabia. Ya estoy asqueado de todo, harto de vivir con miedo, siempre huyendo... ¿Qué estoy haciendo escondido en este puto agujero? Es el momento de coger las riendas, de tomar una decisión valiente.

Al salir del servicio echo una mirada rápida al interior de la tienda, luego observo con mayor detenimiento la fachada de la gasolinera, y regreso junto a mi colega.

–¿Todavía sientes la tentación de vaciar la caja? –le pregunto.

No me responde, ni siquiera abre la boca.

–¿Hay alguna cámara de seguridad en la gasolinera? –insisto.

–Una, pero no funciona.

* * *

Al final, después de muchos intentos, consigo llamar la atención de Idoia. He tenido que

comportarme como un niño travieso, tirando piedritas a las ventanas de su casa en mitad de la noche, temiendo que en lugar de ella sea su padre el que salga a ver quién anda incordiando por los alrededores. Cuando por fin logro que se de cuenta y baje a la calle, buscamos un lugar discreto junto al gran nogal que hay a la orilla del río, detrás del remolque de tractor que casi siempre está aparcado ahí. Protegidos entre las sombras, podemos hablar libres de miradas curiosas.

–¿A qué se debe esta visita sorpresa? –pregunta, con un tono festivo que pone en evidencia su alegría al verme

–Esta mañana me he quedado con ganas de preguntarte alguna cosilla.

–¿Y qué quieres saber?

–Tú conoces bien al cura y al alguacil, claro.

–Mejor de lo que quisiera, por desgracia –su expresión alegre empieza a difuminarse.

–¿Qué relación tienes con Isaac?

–Ninguna –y termina con un gesto grave.

–¿No andáis juntos?

–¡Ni hablar! ¿Eso te ha dicho él? –reacciona como si la hubiera tocado con un hierro candente.

–Tan claro como eso no, pero...

–¡Escucha! –Levanta la voz sin permitirme entrar en explicaciones–. No tengo ni tendré nunca nada con ese follaovejás pervertido y asqueroso. Y nadie se alegraría más que yo si hoy mismo le cayera encima la campana de la iglesia reventándole la cabeza.

Me he quedado con la boca abierta ante una reacción tan violenta por parte de la amable y dulce Idoia. Estiro el cuello por encima del remolque para ver si se enciende alguna luz en la casa, temo que con las voces haya podido despertarse alguien.

–Pues parece que él te tiene mucho aprecio –le digo, intentando bajar el volumen de la conversación.

–Hace tiempo que anda detrás de mí, sí, y no te haces ni idea de lo agobiante que me resulta. Siempre intento darle esquinazo, pero el tío no entiende de indirectas ni de directas, no se quiere dar por aludido, es un acosador. Y encima trata de ganarse a mis familiares, incluso al cura, con regalitos. Quiere poner a todos de su parte, para que le ayuden a convencerme y que me case con él.

–Precisamente, también quería preguntarte por el cura.

–¡Otro igual! Menudo elemento, es amigo íntimo de Isaac. Con que sea cierta la cuarta parte de los chismorreos que se dicen sobre él, no se libra del infierno ni con un millón de misas.

Y vosotros, ¿así y todo, no dejáis de ir a la iglesia?, me han dado ganas de preguntar, pero he preferido seguir por otro camino:

–Ayer me invitó a comer a su casa, y había cordero. Estoy casi seguro de que se lo regaló Isaac. ¿Tu familia también ha recibido algún obsequio durante los últimos días?

–Pues sí, mis padres, sin ir más lejos. Hoy también se ha comido cordero en nuestra casa, pero yo no he querido ni probarlo.

Mira adónde ha ido a parar el segundo lechal de Julián, pienso.

–Si viviera en una ciudad todo sería diferente –se lamenta la chica–, pero en un pueblo pequeño como este, mi vida es un infierno. Estoy harta de Orbe y de toda su gente, sobre todo de Isaac.

Por mi mente empiezan a desfilar todas las personas y personajes que he conocido desde que llegué aquí: el cura, el alguacil, la tía de Idoia, el carnicero, Julián, el vaquero Tomás, el dueño de la gasolinera..., y entiendo perfectamente la desesperanza de esta mujer. Después de su explosión

de rabia, Idoia recupera la calma poco a poco. Parece desahogada, pero me mira casi rogando compasión, y me siento obligado a decir algo:

–Me gustaría ayudarte de alguna manera, pero no sé qué puedo hacer yo.

–Yo sí que lo sé –me responde de inmediato.

Durante un instante solo se escucha la corriente del río. Me quedo mirando al agua, Idoia me mira a mí... Nadie dice nada hasta que ella se decide:

–Tengo un poco de dinero ahorrado.

Vaya, esto me suena. Una mujer en apuros pidiéndome ayuda; no es la primera vez, ni la segunda, ni la tercera... Recuerdo a las pobres prostitutas que acudían a mí en San Francisco, y la desaparición de mi hija, otra vez. Cada vez soy más consciente de que cada vez que intento echar una mano lo empeoro todo hasta límites inimaginables.

–¿Entiendes lo que quiero decir? –ella insiste, ajena a mis fantasmas, y yo asiento, dándole luz verde para que continúe–. Pues decídate rápido, por favor, y mientras tanto, ándate con ojo, porque ese hijoputa de Isaac es capaz de cualquier cosa.

Casi le señalo que estoy al tanto de lo indeseable y cabrón que puede ser el alguacil, y casi hasta confieso a la cajera del súper que mi situación es mucho más apurada que la suya y que si alguien necesita salir de Orbe cuanto antes, ese soy yo. Pero me quedo en silencio. Entonces, dando nuestro encuentro por finalizado, ella otea los alrededores, comprueba que hay vía libre y me hace un gesto para salir de nuestro escondite.

–Espera –la detengo cogiéndola de un brazo.

Me acerco a Idoia todo lo que puedo y, casi en un susurro, le pregunto:

–¿Aprecias mucho a tu tía?

–En absoluto. Ella es la más pesada, la que más insiste en emparejarme con Isaac. Día tras día, se empeña en recordarme que, si no acepto la proposición de ese cerdo, voy a quedarme para vestir santos. Como si estar soltera a mi edad fuera una desgracia.

La crudeza de su respuesta allana el camino de la siguiente cuestión:

–¿Tenéis cámaras de seguridad en la tienda?

* * *

Después de dejar a Idoia en su casa, me voy con un montón de dudas. Camino por las calles, desiertas a esta hora, cuestionándome la conveniencia de contar a Tomás la verdad sobre lo ocurrido con su burro. ¿Quizás sea una idea absurda? Posiblemente, sería mi palabra contra la de Isaac, y nadie creería a un negro insignificante acusando al alguacil del pueblo. Encima están las fotos... Esa es la principal prueba en mi contra. De modo que, siendo realistas, ¿qué posibilidades hay de que el vaquero se crea mi versión?

A pesar de todo, termino frente a su casa, vigilando las ventanas desde un rincón oscuro. Todavía se ve luz a través de las cortinas, no vive nadie con él, así que aún está despierto. Cojo una bocanada de aire, voy hasta la entrada y toco el timbre.

Tarda un poco en abrir. Es un solterón solitario, seguro que está sorprendido de tener visita a estas horas. Por fin, su silueta a contraluz asoma por el quicio de la puerta. Tengo que ponerme bien derecho para quedar a la altura de esa mirada recelosa de un solo ojo. Y qué raro se me hace verle sin la boina que siempre viste. Lleva al descubierto una frente surcada de arrugas, y una mata gris de pelo enmarañado. Esa imagen, unida al tono grave de su voz, enronquecida por el cansancio, me provoca la sensación de estar frente a un ser maligno salido del bosque.

–¿Tú? –ruge, el gigante.

–Solo será un minuto.

Abre la puerta del todo, permitiéndome entrar al zaguán. No me ando con rodeos:

–Isaac mató a tu burro.

Mis palabras no causan ninguna reacción en el vaquero, se queda tal cual, sin decir nada, sin pestañear. Es imposible adivinar qué se le está pasando por la cabeza.

–Tiró la cabeza a un pozo del río –añado–. Me la encontré mientras pescaba.

–¿Tienes pruebas? –dice, al final.

–Ninguna, aunque él sí las tiene en mi contra. Estaba escondido por allí, en algún sitio cerca de la orilla, y me sacó una foto mientras yo sacaba la cabeza del burro. Si vas a pedirle cuentas, posiblemente te la enseñe para exculparse a mi costa.

Otro silencio tenso y pesado cae entre nosotros hasta que Tomás se decide a romperlo.

–¿Por qué tendría que creerte?

–Porque no tengo ningún motivo para inventarme semejante mentira. Y porque, como prueba de mi honestidad, no voy a pedirte dinero a cambio de la información. Solo quiero que sepas la verdad. Por mi parte, la investigación ha llegado a su fin. Lo que tengas que hacer a partir de ahora ya solo es asunto tuyo.

El gigante tuerto permanece en silencio, con semblante serio. Parece que ya no tiene nada más que decirme, así que doy media vuelta y me marcho.

VI

Hoy he amanecido empapado en sudor, agotado tras una noche infestada de pesadillas. Ha sido un verdadero tormento: no dejaban de aparecer cabezas cortadas por todas partes; primero la del asno decapitado, luego, cabezas de perro, de corderos, de leones, de lobos..., incluso la de Isaac y la mía propia.

Por eso he salido temprano a darme una vuelta, necesitaba despejar la mente. Después de horas caminando arriba y abajo por las pistas que rodean la quesería, me he tumbado en la hierba para seguir dándole al bolo en posición horizontal. Tengo que pensar bien lo que voy a hacer, porque ha llegado la hora de dar un paso decisivo.

Tal y como están las cosas, lo único claro es que mis horas en Orbe están contadas. Aún no sé adónde iré, pero creo que lo mejor será buscar el anonimato en una gran ciudad. La gran incógnita es: ¿cuál? La villa de Bilbao queda automáticamente descartada, no puedo volver después de todo lo que he sufrido allí. Quizás encuentre una oportunidad nueva en Madrid o en Barcelona. O, tal vez, en Francia: París, Marsella... ¿Por qué no? Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que lo mejor será cambiar de país, sobre todo si termino materializando esa idea que últimamente me persigue: despedirme de Orbe dando un buen palo antes de largarme para siempre. Ni en la tienda ni en la gasolinera hay cámaras, al menos que funcionen, tampoco hay vigilantes ni otras medidas de seguridad, sería fácil llevarse la pasta. Lo que más me preocupa es que mis movidas terminen salpicando a Idoia o a Adama. No quisiera verlos implicados, ni tampoco me gustaría que se pusiera en duda su inocencia. Otra opción sería aceptar la propuesta de Idoia y escaparme con ella, o convencer a mi amigo senegalés para que se las pira conmigo.

Al final se me pone la cabeza como un bombo, no doy con el plan perfecto ni de lejos, veo pegas por todas partes. Vaya adonde vaya, en cualquier lugar necesitaré dinero, eso es seguro, y cruce o no la frontera, habrá que poner tierra de por medio, eso también es seguro. Después, tendré que arreglármelas yo solo en una ciudad nueva, sin contactos, sin ningún conocido que al menos pueda acogerme en su casa al principio. A lo mejor, Adama sabe de alguien... Tal vez termine encendiendo mi teléfono para preguntar a Osmán, el colega maliense con quien compartía piso en Bilbao...

¿Y si tampoco es para tanto? ¿Cabría la posibilidad de arreglar las cosas y quedarme en Orbe? Quizás no sea necesario salir por patas, dicen que hablando se entiende la gente... Si pudiera tener una charla tranquila con Isaac y el cura... ¿Seré demasiado ingenuo?

Con tanta duda terminará explotándome la cabeza. Será mejor que vuelva a la borda, a ver si puedo relajarme un poco en compañía de los corderos. A lo mejor ellos me ayudan a verlo todo más claro.

Cuando llego, me sorprende ver al viejo Julián acercándose por el lado del río. Me extraña que no venga por el camino de siempre y tampoco es normal que aparezca a esta hora. En cuanto advierte mi presencia, aprieta el paso y empieza a agitar los brazos haciendo unos gestos muy raros. Sube el último trecho hacia la borda protestando no sé por qué, farfullando algo que no consigo entender. ¿Qué narices le pasa?

* * *

—¡Dime qué clase de embrujo has hecho, maldito! —vocea el pastor, muy nervioso.

—¿Qué? No sé de qué me hablas, Julián.

El viejo no está para explicaciones, camina hacia mí con las manos crispadas, dispuesto a agarrarme del cuello; pero ve algo que le detiene en seco y empieza a retroceder lentamente.

—¡Brujería! —exclama, con los ojos abiertos como platos.

Vuelvo la cabeza para ver qué ha impresionado tanto al pastor, y veo un montón de caracoles babosos que se deslizan hacia el techo de la borda, cubriendo casi por completo el alto muro. ¡Mierda!, acabo de perder una buena jamada con mi colega Adama, pienso, al comprender que se me han escapado todos los caracoles de la malla de naranjas. Sin embargo, la interpretación de Julián dista mucho de la realidad, por su cara de terror cualquiera diría que está ante una plaga enviada por el mismísimo diablo.

—¡Es verdad lo que la gente dice de ti! —chilla—. ¡¡Todo es verdad!!

—Julián, por favor, que solo son caracoles... —empiezo a decirle, pero él me interrumpe con más gritos.

—¡¡No, no!! —se le ha ido la olla por completo—. ¡No son solo los caracoles! ¡Acabo de encontrar las cabezas que has tirado al río! ¿Qué tipo de hechizo estás preparando?

Me quedo sin palabras. Visualizo una hilera de cabezas putrefactas en la orilla del río: el burro, los perros y los corderos. La verdad, el espectáculo que imagino no puede ser más macabro, cualquiera sabe qué ha fabulado la mente enferma de Julián.

Intento hacer que el pastor recupere la cordura, pero es inútil; se ha vuelto majara sin remedio. Cuando ve la carretilla cerca de nosotros, o más bien la afilada hoja de acero que sobresale de ella, se le contrae el rostro, y su mirada empieza a oscilar en un nervioso vaivén, de mi cara al hacha y del hacha a mi cara, hasta que, de repente, echa a correr a una velocidad asombrosa para un hombre de su edad. ¡Ostras! Veo en el acto cuál es su intención y me lanzo tras él. Ambos llegamos a coger el mango al mismo tiempo. El viejo chilla como si lo estuvieran desollando mientras forcejea con todas sus fuerzas, aunque, por mucho que se esfuerce, conmigo no tiene nada que hacer. Consigo reducirlo sin demasiada dificultad y, al final, cuando me apodero del hacha, estoy en un tris de hundirle la hoja en el cráneo. Se lo merece; pero me contengo porque eso solo complicaría mi situación. Tiro el arma entre unos espinos y suelto una sonora bofetada a Julián, dejándolo tambaleante y confuso. Por lo menos se ha callado.

No puedo retrasar mi salida ni un minuto más, tengo que largarme de aquí cagando leches. Debería coger mis cosas antes de irme, pero no tengo más posesiones que lo puesto. Llegué aquí sin nada, y sin nada me voy. Vuelvo a oír al pastor hablando entre dientes. Nuestras miradas se cruzan fugazmente, estoy a punto de decirle algo, pero ni lo intento, es inútil tratar de explicarle nada, así que lo dejo todo como está y empiezo a caminar deseando dejar atrás cuanto antes esta etapa rural y campestre, un borrascoso episodio más de los que componen la tortuosa historia de mi vida. A mi espalda queda Julián, diciendo que mi cabeza acabará en la punta de la picota, o algo por el estilo.

* * *

Llevo horas escondido en el almacén de la gasolinera con Adama. Estamos haciendo una valoración de los últimos sucesos mientras merendamos un poco de arroz que le ha sobrado a mi colega este mediodía.

–Creo que lo mejor para los dos será que me oculte en el bosque. Puedo pasar ahí la noche –le digo–. Al amanecer desapareceré de Orbe para no volver jamás.

–Ni se te ocurra. Nadie te ha visto entrar aquí. Si alguien viene preguntando por ti, diré que no tengo ni idea de dónde estás.

–Julián es capaz de cualquier cosa, ahora mismo podría estar por ahí organizando mi linchamiento.

–No te apures tanto, en el pueblo todos le tachan de loco, no van a hacerle ni caso.

–Hasta que enseñe a alguien las cabezas de los animales, luego vete a saber qué conclusiones sacan y cómo reaccionan.

Los intentos de mi compañero por tranquilizarme no tienen mucho éxito. Los dos sabemos que si esto llega a ocurrir en alguna aldea de nuestros países, los vecinos ya habrían sacado los machetes y estarían de camino con los bolsillos llenos de piedras para matar al perverso brujo o al ladrón de turno. Ya sé que en la Europa moderna no se hacen esas cosas, pero no descarto nada en este pueblo perdido en la montaña. Aquí la mitad de la gente está como un cencerro.

Después del arroz, tomamos café con leche y tostadas. El tiempo avanza sin novedad, el silencio solo se rompe ocasionalmente con algún coche que, para mi tranquilidad, siempre pasa de largo.

–¿Tienes algún familiar o conocido por ahí, en Francia o en España? –pregunto al senegalés– Preferiblemente en una ciudad grande.

–He estado pensando en ello, pero no se me ocurre nadie, llevo demasiado tiempo aislado en este lugar.

Con esas palabras, Adama me lo pone a huevo para decirle algo que ha pasado muchas veces por mi cabeza:

–Tú lo has dicho, llevas demasiado tiempo aquí, tal vez haya llegado el momento de cambiar de aires, ¿no?

Se queda pensativo, parece inseguro.

–Uf, no sé –dice al fin–. No lo tengo nada claro. El jefe no ha vuelto a mencionar lo del vino, tal vez me dijo todo aquello en un calentón y esté dispuesto a pasar página para seguir como hasta ahora.

“*Como hasta ahora*”, me digo, al mismo tiempo que siento lástima por mi amigo. Y, no obstante, bien pensado, en mi caso sería más lógico sentir envidia en lugar de pena. Yo aún no he sido capaz ni siquiera de asentarme, de encontrar el equilibrio como lo ha hecho él, a pesar de vivir en la pobreza.

–¿Tu jefe pasa por aquí todos los días? –pregunto.

–Normalmente se da una vuelta por la tarde para coger la recaudación.

–¿Y hoy?

–Hoy ha venido un poco antes de que llegaras tú. Ahora la caja está prácticamente vacía.

¡Mierda! Pienso. Pues no puedo esperar hasta mañana... Me gustaría que Adama viniera conmigo, pero no quiero presionarle. Sigo plagado de dudas, no sé hacia dónde tirar, ni cómo. Echo un vistazo a través del ventanuco del almacén. Todo tranquilo, ahí fuera solo se ve el viejo todoterreno de la gasolinera. Entonces siento sobre el hombro la mano de mi colega:

–Habrá que pensar algo, ¿no?

VII

El párroco permanece pensativo y con gesto circunspecto en el zaguán. Julián ha irrumpido en su casa para contarle unas historias muy extrañas y aún no sabe qué conclusiones sacar salvo que este pobre hombre cada vez está peor de la cabeza. No le ha sorprendido su visita, fue él mismo quien le pidió, a través de Touré, que pasara por la parroquia para preguntarle alguna cosilla. Pero no esperaba que apareciera tan bruscamente, con tanto alboroto, aporreando la puerta en semejante estado de excitación. El pastor le ha contado disparates como que ese africano es un hechicero muy peligroso, que hace magia negra, conjuros para cambiar la apariencia de los animales, para hacerlos aparecer y desaparecer cuando quiera, y que es capaz, incluso, de provocar plagas.

–¿Seguro que no quieres pasar a la sala, y tomarte un pacharán relajadamente? –pregunta el sacerdote.

–No, señor, muchas gracias. Es que tengo que volver al trabajo, enseguida será la hora de ordeñar.

–Pero al menos ya estás más tranquilo, ¿verdad?

–Un poco sí, aunque todavía no se me ha pasado el susto –confiesa Julián–. Cuando le he dicho a ese negro que ya sé lo de su hechizo con las cabezas de animales, se ha puesto como un loco, por un momento he creído que me iba a matar. Menos mal que, después de todo, ha desistido y se ha largado, pero me da miedo que pueda volver.

“Si el africano se ha ido de Orbe, mejor para todos”, piensa con alivio el cura. Él aún lleva poco tiempo en este valle, desde que, forzado por las malas lenguas tuvo que pedir el traslado de parroquia. Confiaba en poder asentarse una larga temporada aquí, pero tuvo que aparecer ese maldito negro para empezar a remover la mierda dejándole en una situación comprometida.

–Me jugaría el cuello a que Touré ya está muy lejos de aquí, Julián. No volverá, tranquilo.

–Que así sea, pero ese no es mi único problema, además tengo otra preocupación –continúa el pastor, cabizbajo frente al sacerdote–. Se me ha agriado el requesón que he hecho hoy y no sé qué pensar. Tal vez haya caído una maldición sobre mis ovejas. En ese caso tendría que sacrificar todo el rebaño.

–No es necesario llegar a esos extremos, Julián. Hoy ya es tarde, pero, si quieres, mañana mismo iré a tu borda y bendeciré otra vez tu ganado.

–¿Podría usted venir por la mañana, antes de la hora de ordeñar?

–Sí, claro, sin problema.

–¿Y qué hago con la leche de esta noche?

El cura vuelve un momento a su anterior actitud reflexiva, tiene que inventar algo creíble para tranquilizar a ese viejo chocho.

–Lo que te den las ovejas esta noche, tíralo al río mientras rezas un Padre Nuestro. Y esas cabezas que me has comentado antes, lo mejor que puedes hacer con ellas es enterrarlas y rezar luego unas oraciones por esos animales inocentes. ¿Te parece bien?

Las palabras del cura surten efecto.

–Por supuesto, haré lo que me dice.

–Estupendo, entonces ¿ahora ya estás tranquilo del todo?

–Sí.

–Pues antes de que te vayas, yo también quiero preguntarte algo: ya sabes lo que le hicieron al burro de Tomás, claro.

–Sí, señor.

–¿Tienes idea de quién tuvo semejante idea?

–No, señor –Julián no levanta la mirada al responder, lo cual enciende las alarmas del sacerdote.

–Esto es como una confesión, tranquilo, puedes contarme todo lo que quieras. ¿No viste ni oíste nada fuera de lo normal la noche en que cortaron la cabeza del burro?

–No, señor.

La actitud del pastor no cambia mientras el cura permanece pensativo unos segundos.

–Vale –dice, por fin–, puedes ir en paz, Julián.

–Mil gracias, señor.

Julián besa la mano del cura, este abre la puerta y observa pensativo cómo se aleja el pobre viejo.

* * *

Isaac entra a la tienda y saluda con un sonoro “buenas tardes”, pero Idoia ni siquiera alza la vista, sigue a los suyos, como si no hubiera oído nada, y continúa pasando por el escáner cada uno de los artículos que una señora va colocando delante de ella. De cualquier modo, el alguacil no borra de su cara la sonrisa que trae de la calle, se siente triunfador después de haber recibido la llamada del cura poniéndole al día y entra hasta el fondo del comercio tirando de una de esas cestas con ruedecitas.

Hay pocos clientes, solo un abuelo aparte de la mujer que está pagando en la caja. Isaac comienza su aprovisionamiento: vino, refrescos, una *pizza* familiar... Al llegar al mostrador de la charcutería, fuerza un poco más su sonrisa y pide doscientos gramos de jamón.

–¿De cuál quieres? –pregunta la mujer del delantal, devolviéndole la sonrisa–. De Bodega, de Teruel..., tengo este otro de paleta que también está muy rico...

–El mejor que tengas.

A pesar de la suspicacia de Idoia, su pretendiente y su tía solo hablan de tonterías sin importancia, del tiempo y esas cosas. Sin embargo, sí hay un gesto de complicidad real entre ellos cuando la mujer levanta las cejas inclinando la cabeza hacia su sobrina en el mismo momento en que alargaba el paquete de jamón al alguacil.

Isaac se dirige hacia la caja lentamente, dando tiempo al viejo para que termine de pagar, y por fin logra quedarse a solas con su Dulcinea. Sabe que tiene vía libre, no hay por qué apurarse, la tía de Idoia se encargará de evitar interrupciones de terceros en el caso de que alguien aparezca inoportunamente.

–¿Qué tal va el día, chata? –dice, sin perder la sonrisa.

–Iba bien hasta ahora –responde ella después de fruncir los labios en una mueca de desagrado.

El alguacil no se inmuta, pone una botella de vino delante de la caja registradora sin perder la calma.

–Un Reserva de Rioja, tu favorito.

Idoia se apresura a escanear el código, pero Isaac no tiene prisa. Ahora saca de la cesta el jamón y, sin soltarlo sobre la cinta, pregunta:

–¿Tienes planes para luego?

Como no obtiene respuesta, se gira y coge del expositor una bolsa de patatas fritas.

–Estas son las que más te gustan, ¿verdad?

Ella solo le concede una mirada efímera cargada de odio y a él empieza a costarle mantener las formas amables, pero no quiere mostrar debilidad. Poco a poco, va sacando toda la compra.

–Tengo un montón de películas en casa –insiste–, y te dejo elegir el menú: *pizza* con cerveza, jamón del bueno regado con un tinto aún mejor...

Empieza a dolerle la indiferencia de Idoia, y eso hace mella en su buen humor inicial.

–Parece que Touré ha desaparecido para siempre –cambia de estrategia.

–Si tu lo dices, será así –responde, ella, por fin.

–No habrá pasado por aquí para despedirse...

“De sobra sabes que no, hijo de puta”, querría contestarle la chica, pero se contiene y solo pronuncia el importe de la compra.

–No seas tonta –le dice Isaac, intentando mantener la dulzura en su voz mientras rebusca en su cartera–, tú te mereces mucho más que un negrata muerto de hambre.

Idoia da el cambio al alguacil y se aplica en ordenar los billetes de la caja sin levantar la cabeza, deseando que para cuando vuelva a alzar la mirada, ya se haya ido el indeseable que tiene frente a sí. Por otra parte, no quiere creer que Touré haya desaparecido así, de sopetón, sin decirle nada.

–Hace tiempo que Orbe quedó fuera de la ruta de los príncipes –Isaac irrumpe ahora con voz avinagrada y espera unos segundos, sabe lo que está pasando por la cabeza de la chica, incluso a pesar de los esfuerzos de esta por mostrarse impasible–. Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy –concluye el hombre, mientras sujeta la manilla de la puerta–. Son las siete y media –dice, señalando el reloj de pared que hay a la entrada–. A las nueve es una buena hora para quedar. Tienes tiempo de ir a casa y arreglarte mientras yo preparo una velada digna de ti. Hasta luego.

* * *

Isaac se detiene para beber de uno de los caños con cabeza de león que hay en la fuente de la plaza, en un intento por diluir el mal sabor que le ha dejado la conversación de la tienda. Cuando llega a casa, mete las cervezas en el frigorífico y deja sobre la mesa de la cocina el resto de la compra. Luego se sienta en el cómodo sillón de la sala, aunque no permanecerá mucho tiempo ahí, puesto que, a raíz de la llamada del cura, le ha surgido otra tarea importante.

Exhala un profundo suspiro y se levanta de la butaca con cierta desgana. Coge su bicicleta del zaguán, donde acostumbra a dejarla, y, antes de salir a la calle, se asoma con cuidado por la puerta entreabierta para asegurarse de que no hay ojos curiosos alrededor. No quiere que nadie sepa hacia dónde se dirige y, por eso, desde la primera pedalada, va muy atento por si aparece alguien en su camino.

Llega a su destino a través de un camino de tierra. Deja la bicicleta en el suelo, y se pasa el dorso de la mano por la frente para retirar unas gotas de sudor antes de meterse entre la maleza. No tiene que ir muy lejos, en pocos metros hay una frondosa sauceda desde donde puede atisbar sin ser visto, incluso agazapado entre las ramas puede obtener un buen encuadre de lo que está sucediendo en esa misma orilla del río: Julián se dispone a vaciar una cantina en el agua. A su lado, en hilera, se encuentran las cabezas de los dos mastines y la del burro de Tomás. Cuando el pastor termina de verter toda la leche, se santigua, coge una pala y comienza a cavar un hoyo allí mismo. Isaac aprovecha el momento para salir y acercarse con sigilo.

–¿Cómo va todo, Julián? –dice, sobresaltando al pastor.

–¿Qué haces tú aquí?

–Tranquilo, hombre –responde el hombre sudoroso, tratando de parecer amable con una sonrisa de plástico–, no quiero problemas, te he visto atareado y solo me he acercado por si necesitabas ayuda, nada más.

Julián desconfía y no oculta su desprecio mientras mira con recelo al último descendiente vivo de la casa rival de su familia.

–¿De dónde han salido esas cabezas? –continúa el alguacil, señalando los restos animales que hay detrás del pastor.

El viejo se vuelve instintivamente hacia donde le indica Isaac, que no pierde la ocasión de ir por detrás y darle una patada en las corvas haciéndole caer al suelo.

En cuestión de un segundo, la escena cambia radicalmente, Isaac se hace dueño de la situación, con Julián tirado a sus pies, sujeto contra el suelo con la punta de la pala sobre la garganta.

–Aún no me decido... –dice, supurando maldad– ¿Tu qué prefieres, tierra o agua?

Julián no abre la boca, Isaac hace una reflexión: “Si le corto el cuello a este tipejo y luego lo entierro, puede que no encuentren el cuerpo; pero si lo encuentran, nadie dudará que ha sido asesinado. Si lo ahogo, podría pasar por un accidente, siempre y cuando no deje señales de lucha en su cuerpo... De cualquier modo, Touré será el principal sospechoso, sobre todo teniendo en cuenta que ha desaparecido del pueblo súbitamente. Nadie pensará mal de mí, y si las cosas se complican, se supone que ahora mismo estoy en casa organizando los detalles de una velada romántica con Idoia. En el peor de los casos, seguro que su tía confirmaría mi coartada...”

Al final, el alguacil levanta la pala del cuello del pastor.

–¡Maldito! –pronuncia este, con voz rasgada.

Isaac siente deseos de darle un palazo en la cara, pero no se deja llevar por su instinto salvaje y deja caer la herramienta al suelo. Después, agarra al viejo por la pechera, lo arrastra hasta el río y, de rodillas, le sumerge la cabeza sujetándolo dentro del agua con todas sus fuerzas, hasta que brazos y piernas dejan de agitarse.

Echa un vistazo a su reloj, todo marcha perfectamente. El cura dudaba hasta qué punto conocía Julián la verdad sobre los manejos que se han venido trayendo desde que planearon lo del burro. “Ahora no importa cuánto sabía o dejaba de saber –piensa el alguacil–, porque ya no podrá decir nada a nadie. Un hijo de puta menos en Orbe, nadie va a llorar su muerte”.

Mira el hoyo que había empezado a cavar el pastor. Piensa que lo mejor será terminar el trabajo, hacer el agujero un poco más hondo y enterrar las cabezas de los animales. Para eso necesita la pala; pero cuando va a echar mano de ella, no la encuentra donde la ha dejado antes. Apenas empieza a preguntarse dónde estará, oye a su espalda una voz especialmente ronca y grave:

–¿Y tú qué prefieres, tierra o agua?

Isaac se gira y siente cómo se le eriza la piel. Una figura enorme acaba de emerger entre la vegetación y se dirige amenazante hacia él, empuñando la pala de Julián en una mano y un hacha de grandes dimensiones en la otra.

–¿Y con qué voy a separar tu cabezota de ese cuerpo seboso? –pregunta el gigante mientras sigue avanzando lentamente–, ¿con la pala o con el hacha?

El recién llegado se detiene un momento y apunta con su único ojo al macabro público que observa la función desde la orilla, esos testigos silenciosos entre los que aún puede reconocer la cabeza descompuesta de su asno. Isaac se esfuerza en mantener la calma, sabe que lleva las de perder si se enfrenta a un hombre tan corpulento como Tomás, sobre todo si este va armado. Por eso su mente empieza a funcionar a toda máquina buscando el modo de salir, si no airoso, lo

menos perjudicado posible.

–Fue ese negro, Touré, quien te mató el burro –intenta, a la desesperada–. Tengo pruebas, te las enseñaré.

Saca el teléfono móvil de un bolsillo, pero el vaquero se lo tira al suelo de un palazo y le espeta un reproche:

–Tienes más veneno que una víbora –dice, dejando la pala en la hierba para empuñar el hacha con las dos manos–, y como una víbora mereces morir.

Isaac esquiva la hoja afilada en el último instante y echa a correr por la orilla, siguiendo el curso del río hacia arriba. El gigante sale tras él y, en pocas zancadas, ya le pisa los talones, pero no termina de darle alcance. Ninguno de los dos es muy rápido, ninguno tiene mucha resistencia, y así cubren jadeando unos cien metros, con el pecho a reventar mientras van sorteando los obstáculos del terreno irregular. Isaac siente el aliento del vaquero en la nuca, y sabe que con el tonelaje de su cuerpo no podrá aguantar mucho tiempo más. Para mayor angustia, ve una cabeza de cordero flotando en el agua y se le antoja una premonición, el anuncio de su destino. Mira hacia atrás de reojo, está a punto de ser alcanzado, lo sabe, pero el pánico y su instinto de supervivencia le impelen a seguir corriendo, aunque sea a trompicones y no pueda mover las piernas tan rápido como le gustaría. Su mente sí está trabajando a toda velocidad y, cuando se encuentra un par de ladrillos al borde del agua, ve en ellos su última oportunidad.

Con Tomás prácticamente encima, a punto de darle un hachazo por la espalda en cualquier momento, el alguacil se tira a tierra a por uno de los ladrillos, lo coge y lo arroja contra su perseguidor. A este no le hace mucho daño el impacto que recibe en el pecho, pero se detiene perplejo ante el ataque inesperado, ocasión que aprovecha Isaac para lanzar el otro ladrillo con más fuerza. Ahora el proyectil no impacta en la diana, pero interfiere en la trayectoria del hacha evitando que la hoja se hunda en su frente mientras alza la vista desde el suelo, casi vencido. Aún le quedan redaños para dar una fuerte patada en los tobillos del vaquero. La torre se derrumba, y unos trozos del ladrillo roto aparecen junto a las manos de Isaac en el momento más oportuno. No se lo piensa dos veces, agarra el fragmento más largo y puntiagudo, y se lanza al ataque buscando el único ojo de su adversario. En el segundo intento, consigue lo que se propone, el cíclope lanza un aullido terrible mientras se lleva las manos a la cara, pero ahora que las tornas se han cambiado, Isaac no pierde el tiempo y vuelve a la carga apuntando al cuello. Pincha hasta que logra perforar la yugular y un chorro de color rojo oscuro salpica su cara.

Tomás se agita descontrolado en el suelo, da manotazos en todas las direcciones mientras la sangre sale a borbotones por su garganta agujereada. El alguacil se acuerda de la matanza del cerdo, le viene a la mente ese momento en el que el pobre bicho empieza a patear con todas sus fuerzas, instantes antes de morir desangrado. No puede evitar esa imagen mientras ve a Tomás agitando los brazos. Se incorpora sin apartar la vista de él, cuidando de no recibir un zarpazo, y recoge el hacha del suelo. Entonces levanta la hoja tan alto como puede y la deja caer sobre su vecino agonizante. Necesita varios golpes para separar totalmente la cabeza del tronco, y cuando lo consigue, se deja caer sobre la hierba y espera hasta recobrar el aliento.

Tras un par de minutos, con el pulso todavía acelerado, se levanta y va hasta el borde del agua para lavarse las manos y la cara. Después mira a su reloj y se da cuenta de que ya no tiene mucho tiempo, debe actuar con premura. Primero saca un pañuelo del bolsillo y limpia el mango del hacha para eliminar cualquier huella incriminatoria antes de deshacerse de ella tirándola al río. Luego también echa al agua el cuerpo y la cabeza del vaquero, que bajan flotando suavemente hasta parar en un remanso, unos metros más abajo. ¿Qué pensará la policía cuando venga a investigar? Isaac piensa que, en principio, no tienen por qué sospechar de él. Los dos hombres

muestran se llevaban muy mal en vida, Julián podría haber matado a Tomás y luego haberse ahogado accidentalmente... Aún está demasiado turbado para discernir si semejante hipótesis resultaría creíble o no; pero, en cualquier caso, Touré sería otro de los sospechosos, el principal, teniendo en cuenta que ha huído del pueblo precisamente ahora. El alguacil ve en el africano su mejor baza, él mismo se encargará de extender por ahí rumores en su contra.

Antes de abandonar el lugar, Isaac trata de recomponer su aspecto normal; se atusa el pelo, se sacude los pantalones, restriega los zapatos contra la hierba para limpiar algún resto de sangre y revisa sus ropas por si queda alguna mancha delatora a la vista. Tiene salpicaduras en los pantalones, pero son pequeñas y no destacan demasiado en el tejido oscuro. Son más llamativas las que hay en uno de los puños de la camisa, tendrá que arremangarse para disimularlas, pero, por lo demás, su vestimenta está arrugada y empapada en sudor, nada que desentone en él de un modo extraordinario.

Luego el alguacil sigue la corriente del río hasta el lugar donde está Julián, recupera el teléfono que antes había tirado Tomás al suelo, termina de enterrar las cabezas de los animales y, tras un momento de duda, limpia la pala y se la lleva consigo.

Los gritos del tuerto han tenido que oírse desde muy lejos, aunque, por suerte para Isaac, parece que no había nadie en los alrededores. Las cosas no han ido exactamente como él esperaba, no contaba con la intromisión de Tomás, por hoy tenía suficiente con la vida del pastor. Quizás el vaquero habría sido el siguiente, sí, pero no tenía prisa en eliminarlo. De cualquier modo, Isaac se alegra de haber tenido esta oportunidad para poner también al maldito tuerto camino del infierno. Al final resulta que ha sido un día redondo, piensa, mientras pedalea hacia su casa, y en su cara se dibuja una sonrisa aviesa.

* * *

Hace un buen rato que el pequeño supermercado del pueblo ha bajado la persiana, y nadie toca el timbre en casa del alguacil. Isaac ya ha salido de la ducha, se ha puesto ropa limpia y se ha acicalado para quien él supone su chica. Quiere pensar que tal vez ella esté haciendo lo mismo y por eso tarda tanto... Se la imagina coqueta, pintando sus jugosos labios frente al espejo, y siente un cosquilleo. *¿Llevará hoy esa falda tan corta que a veces se pone para provocarme?*, se pregunta.

Lo tiene todo preparado, sobre la mesa de la sala hay un plato de jamón junto a una botella de vino y dos copas. Isaac se rasca la barbilla recién afeitada mentalizándose para esperar un poco más.

Se sienta en el sillón intentando no calentarse demasiado la cabeza. Observa atentamente, como si estuviera hipnotizado, los movimientos de unas moscas que revolotean en torno al plato de jamón. Su plan está yendo estupendamente, pero no servirá de nada si no logra su objetivo principal. Las nueve menos cuarto, las nueve, las nueve y cuarto...

El irritante tic-tac del carillón le recuerda cada segundo cuál es la cruda realidad, ya no lo soporta más. Cuando se oye la campana de las nueve y media, se levanta de la butaca echando pestes, va hacia la mesa y abre la botella de vino para llenar casi hasta el borde una de las copas, que vacía de un trago. Una voz en su interior le dice que está teniendo demasiada paciencia. *Esa puta... ¿Quién se cree que es? ¿una princesita joven y encantadora?* Llena otra vez la copa. *Hay miles como Idoia en el mundo, hasta las guarras del puticlub merecen más la pena que ella.*

Está rabioso, se sirve más vino. Él es el alguacil de Orbe, una persona ilustre, con un buen salario, mucho más inteligente que los zoquetes que viven en el pueblo, pero... *Todo eso no importa, no es suficiente para la muy zorra.* Siente fuego quemándole las entrañas y se agarra a

la botella, lo único que en este momento puede calmarle.

Necesita moverse, algo que hacer, y decide salir al huerto para seguir recolectando cerezas del árbol. La escalera todavía está apoyada en el tronco, sube y, en un momento, llena una fuente de fruta que lleva a la cuadra. A su regreso, con otro recipiente, ve que las ramas más accesibles están prácticamente limpias, pero que todavía hay mucho por recoger en la parte más alta. Está llegando al último peldaño de la escalera cuando, de súbito, se oye el timbre de la calle. Casi se cae por la sorpresa. Baja en seguida, llega dando traspiés hasta la sala y esconde la botella de vino vacía y las dos copas. Luego va hacia la puerta de la calle tan rápido como le permite su embriaguez, abre y... no se encuentra con la tez pálida y angelical que espera sino con un rostro camuflado en la oscuridad de la noche. No le da tiempo ni a abrir la boca, el maldito negro le estampa en los morros un puñetazo de hierro. Después del mamporro apenas puede mantenerse en pie, no es capaz de reaccionar cuando el agresor entra cerrando la puerta tras él y sigue dándole un golpe tras otro haciéndole retroceder hacia la cuadra, donde las piernas le flaquean hasta que se derrumba.

Desde el suelo, semiinconsciente y sin poder moverse, siente al intruso removiendo entre sus cosas, buscando algo. Enseguida deja de oír ruido, el africano le está mirando desde arriba y lleva la pala de Julián entre las manos. Para cuando Isaac quiere gritar es demasiado tarde, siente la presión del frío metal cerrando su garganta y solo puede emitir un leve sonido gutural. Touré tampoco dice nada, no le pregunta qué tipo de muerte prefiere, solo levanta una pierna y da un violento pisotón, un golpe seco que hunde la pala hasta abajo.

* * *

Esta noche Idoia aún no se ha acostado, cada vez está más preocupada por la deriva que está tomando su vida y no puede dejar de dar vueltas a lo que hasta ahora ha sido su último intento de huir del futuro plano y gris que la espera si se queda en el pueblo. Abre la ventana de su cuarto, y con los codos apoyados en el quicio, pierde la mirada en los bosques de Orbe, bañados en la luz argentada de una luna creciente, casi plena, mientras ella va haciéndose a la idea de que sus oraciones y ruegos no han servido de nada. Por la tarde ha esperado hasta el último instante por si Touré aparecía antes de cerrar la tienda. Incluso se ha demorado a la hora de salir, con la disculpa de ordenar unas cuantas cosas, cada minuto con la esperanza de ver al africano haciendo gala de su poca puntualidad; pero ha tenido que desistir y, finalmente, ha salido hacia las ocho y media, descorazonada y temiendo toparse con Isaac en el camino hacia casa. Luego se ha duchado sin ganas, ha cenado sin ganas..., y ahora tiene la moral por los suelos. Se pregunta si ha tomado alguna decisión acertada en su vida, y amargamente se da cuenta de que no; no ha sabido aprovechar las pocas oportunidades que se le han presentado. La última ha sido la de Touré, si hubiera reaccionado de otra forma cuando él le sugirió robar a su tía, tal vez ahora mismo ya estaría lejos de Orbe, feliz ante el inicio de una nueva y excitante vida. Lo malo es que nunca ha sido muy decidida, y ahora, por culpa de su inseguridad, va a quedarse encadenada en este lugar que ya no soporta.

Idoia deja caer la cabeza hacia delante, sintiéndose cada vez más alicaída; pero algo la pone en alerta repentinamente: oye un crujido y se da cuenta de que alguien anda por ahí fuera. Ve una silueta, la figura de un hombre corpulento caminando con premura. Parece que trata de ocultarse, pero ella lo reconoce enseguida, es el protagonista de sus pensamientos, el africano, Touré. Este se detiene un momento, a punto de perder algo que lleva escondido entre la ropa, y mira hacia arriba intuyendo la presencia de alguien. Ella empieza a balbucear nerviosamente, presa de la excitación:

–Touré! Espera... ¿quieres que baje? –susurra, recuperando la ilusión.

–Lo siento, Idoia. Tengo que irme, tal vez la próxima vez...

La mujer comprende que el africano no ha venido por ella, y entonces siente que el mundo se le cae encima.

–Si alguien pregunta, tú no me has visto, ¿vale? –es lo único que añade él antes de desaparecer mientras ella se queda en silencio, sin ánimo, ni siquiera para despedirle agitando una mano.

VIII

Me dirijo solo hacia la entrada del puticlub, mientras Adama se queda en el *parking* esperándome al volante del viejo *jeep* de la gasolinera. Me detengo frente al umbral de la puerta, respiro hondo antes de ponerme la capucha de *Bugs Bunny* y saco de debajo de la chamarra la escopeta que he robado en casa de Isaak y a la que he recortado los cañones.

–¡Que nadie se mueva! –grito, entrando por sorpresa.

Y nadie se mueve, más que nada porque el local está vacío.

–¡Ya voy! –se oye desde la cocina, al otro lado de la barra, un momento antes de que se abra la puerta batiente y aparezca la camarera del pelo desteñido–. ¿Qué es esto?, ¿una broma?

No me esperaba un recibimiento así, y me quedo como un bobo, sin reaccionar, hasta que un grito me espabila. Es Yarelis, que en ese momento desciende del piso donde están las habitaciones. Giro el cañón del arma hacia las escaleras:

–¡A ver, tú! ¡Ven aquí! –ordeno a la chica de melena rizada, antes de apuntar otra vez a la camarera: ¡Y tú! ¡Dame ahora mismo toda la pasta que haya en la caja!

La tía de la barra se me queda mirando con cara de circunstancias, no parece muy asustada, así que tengo que darle un tortazo para que se mueva.

–¡He dicho “ahora mismo”! –grito.

Entonces sí, la mujer abre la caja.

–¿También quieres las monedas? –me pregunta.

–No, solo papel.

Saca un puñado de billetes arrugados y los pone sobre el mostrador. Un vistazo rápido basta para ver que el botín no llega ni a los cien euros.

–¿Me estás vacilando? –le digo.

–¿Yo, vacilar a un tipo que me está apuntando con una escopeta? –Y a continuación extiende un brazo para mostrar el local vacío–. ¿Qué recaudación te crees que hemos sacado hoy?

Me giro hacia Yarelis, a un escaso par de metros de donde estoy, y la atraigo hacia mí agarrándola de los pelos.

–Quiero que también abras la caja fuerte, de lo contrario... –presiono a la camarera mientras apoyo el cañón bajo la barbilla de la mulata.

–Yo no tengo la llave de esa caja –me dice, sin darme tiempo a concretar mi amenaza–, y encima está vacía, porque el jefe ha pasado por aquí hoy a medio día para llevarse las ganancias del fin de semana.

Vuelvo a mirar a Yarelis, indeciso. ¿Y si amenazo con pegarle un tiro aquí mismo? Puede que la vida de una puta no sea tan valiosa para esa rubia de bote, quizás debería apuntar directamente a su cara, a ver si se acojona y me hace caso. No tengo mucho callo dando atracos, y me estoy poniendo nervioso, sobre todo al recordar lo que me ha aconsejado Adama antes de entrar: “Vete, coje la pasta y sal a toda hostia”. Si ahora llegara alguien al club, todo se complicaría mucho. Me dejo llevar por mi instinto:

–¡Trae también todas las monedas de la caja! ¡Rápido! –grito.

La camarera empieza a recolectar calderilla. No parece muy estresada.

–¿También las de un céntimo? –pregunta.

–¡Todas!

–¿Cómo las vas a llevar? ¿Dónde te las pongo?

–¡En cualquier sitio, donde quieras, venga!

La mujer guarda toda la chatarra en un vaso grande de plástico, también los billetes, y me lo alarga.

–El vaso a cuenta del club.

En todo momento ha mantenido una expresión seria y tranquila que no deja entrever qué puede estar pensando. En teoría era ella quien debía estar asustada y yo quien tuviera la situación bajo control, el cambio de roles que se está dando en la práctica me desconcierta y me pone de mala hostia.

Entro a la barra y arranco de un tirón los cables del teléfono fijo. Luego exijo a la camarera que me entregue su móvil y la llave del local. Parece que, a pesar de mi disfraz, por fin capta que estoy muy cabreado y obedece sin chistar. Después vuelvo junto a Yarelis, que sigue la escena sin moverse de su sitio.

–¡Esta se viene conmigo! –digo, empujando a la chica hacia la salida– Como avises a alguien en las próximas horas, le vuelo la cabeza, ¿entendido?

Hasta yo mismo me sorprendo de lo convincentes que suenan mis palabras. La rubia no hace otra cosa aparte de asentir con la cabeza. Sin perder más tiempo, salgo con mi rehén y cierro con llave la puerta del club. Luego, Yarelis y yo echamos a correr hacia el *jeep* donde nos espera Adama con el motor arrancado. En cuestión de segundos estamos en la carretera, camino de Francia.

Me quito los guantes, y el agobiante disfraz de *Bugs Bunny*, ¡menudo alivio!

–¿Qué tal ha salido todo? –pregunta Adama.

–Peor imposible –se me adelanta Yarelis, desde el asiento de atrás.

–¿No habías dicho que la caja fuerte estaba llena de pasta y que esa tipa es quien guarda la llave? –reprocho a la joven.

–¡Coño, a mí no me reclame!, ¡que la caja está llena y esa tipa tiene llave! –responde ella, contrariada–. El jefe no vino hoy para el club. Qué pariguayo, creíste a la fulana esa.

–¿Y cómo no me has avisado?

–¿Yo? Oye, loco, de sobra sabías lo de la caja, bien clarito lo expliqué esta tarde. ¿Cómo es que iba yo a decir nada en mitad del atraco? ¡Si se supone que estaba muertita de miedo y que me llevaban por la fuerza! Y también se suponía que tenías que dar un susto a la rubia, pero diantre, es que ni eso. ¿Es que no encontraron otro disfraz? Casi que me tuve que tragar la risa cuando lo vi entrar así vestido.

Me siento como un gilipollas, y propongo a Adama volver al club, pero me hace cambiar de opinión.

–Déjalo, Touré –dice, con calma–, no podemos arriesgarnos a volver, imagínate que la camarera ha empezado a hacer llamadas. Nos arreglaremos con lo que has sacado.

Y continuamos hacia Francia respetando todas las señales, sin dar mucha caña al coche, a pesar de la prisa que tenemos, porque no queremos llamar la atención y, sobre todo, porque la chatarra vieja en la que vamos tampoco da para más.

* * *

Media hora después de salir corriendo del puti, seguimos en la carretera. Vamos comiendo la fruta que he cogido en casa de Isaac. Las cerezas, rojas y carnosas, despiden un aroma delicioso,

estallan dentro de mi boca inundándola con un sabor tan dulce como la venganza, produciéndome un placer comparable al que hace unas horas he sentido al hundir el filo de la pala en el pescuezo de ese cerdo seboso que las recogió del árbol. Ahora mismo no lamentaría haber hecho lo mismo con otro par de tipos antes de largarme definitivamente de Orbe.

Echo la vista atrás, y pienso en lo diferente que es todo ahora. El Touré de Gorom-Gorom nunca hubiera causado el más mínimo daño a nadie, ni siquiera mataba a los escorpiones que le salían al paso en el camino. Sin embargo, el Touré de Bilbao, el que vivió acosado y bajo coacción en el barrio de San Francisco... Ese tuvo que perder la inocencia para sobrevivir, y ahora ya no necesita que nadie le fuerce a cometer ninguna atrocidad, se ha transformado en un asesino implacable.

Voy reflexionando, haciéndome consciente de mi propia metamorfosis, y preguntándome si no da un poco de miedo en qué puede llegar a convertirse el ser humano. Entonces siento que nuestro coche va más despacio. Siguiendo el plan, Adama detiene el vehículo en la cuneta, junto al puente que acabamos de cruzar sobre un pequeño pantano, el lugar donde vamos a deshacernos de todo lo que nos pueda comprometer. Tiramos al agua la escopeta, las llaves del club y los teléfonos móviles, el de Isaac y el de la camarera, después de sacar y destruir la tarjeta SIM de ambos.

—¿Qué hacemos con esto? —pregunto a mi colega, levantando la capucha que he usado durante el atraco.

El senegalés saca un mechero y prende fuego a la cara de *Bugs Bunny* mientras dice:

—En la tienda tenemos más, no creo que nadie eche en falta esta.

—Ya, como las botellas de vino, ¿no? —digo, con una sonrisa que él me devuelve.

Después de quemar la cabeza de conejo y empujar con el pie las cenizas al agua, volvemos la vista hacia Yarelis:

—Continuamos según lo acordado, ¿no? —le digo—. Te damos la mitad del dinero y te quedas aquí tirada hasta que venga la poli o quien sea a rescatarte.

—¿Y toda esta vaina para ganar menos de cincuenta euros? —replica, después de escupir con fuerza un hueso de cereza que va a parar al pantano.

—Y si no, ¿qué? —pregunto.

—No lo sé. La verdad es que no me apetece volver al club —se mete otra cereza en la boca—. ¿Y ustedes para dónde van?

Miro a Adama, pero también parece dudar y, de cualquier modo, tampoco tiene ocasión de responder, porque, súbitamente, algo absorbe toda nuestra atención: un coche que derrapa al salir de una curva y viene hacia nosotros a toda pastilla. En ese momento siento pánico, miro a mi compañero senegalés y estoy a punto de gritarle que se meta al *jeep* cagando hostias, solo quiero largarme antes de que nos pillen.

—Espera —me dice—, no perdamos la calma. Puede que no venga a por nosotros.

All principio me parece una patrulla. Quizás la rubia del bar no me ha hecho caso y ha llamado a la policía. Pero enseguida caigo en que la pasma no suele ir por ahí oyendo música rock a todo volumen. Se me hace conocido ese alboroto entremezclado con el rugido de un motor de gran cilindrada y, a medida que se va acercando, me doy cuenta de que tampoco es la primera vez que veo ese vehículo. De hecho, cuando se detiene, a unos veinte metros de nosotros, todos reconocemos al conductor.

El cura de Orbe sale de su todoterreno. Parece muy exaltado, pero no viene corriendo hacia nosotros, va directamente a abrir el maletero del 4x4. Alucino cuando veo que saca una motosierra y la pone en marcha. Entonces se nos acerca, medio encorvado, con un andar torpe que delata su embriaguez.

–¡¡Malditos bastardos!! –nos grita, parándose a poca distancia de nosotros–. ¿Adónde creéis que vais?

En ese momento, pienso dos cosas: que acabamos de tirar al agua la única arma que teníamos y que, tal vez, el cura viene buscando venganza tras descubrir lo que he hecho con su amigo Isaac.

Sin embargo, pronto se aclara que el motivo de su enfado no tiene nada que ver con el alguacil:

–¿Pensáis que dos putos negros como vosotros pueden llevarse a mi preciosa chica?

–No... No se enfade, todo tiene su explicación –intenta tranquilizarle Adama, inútilmente.

–¿Qué planes teníais para ella? ¿Violarla, asesinarla, venderla, esclavizarla en otra parte? –El cura se dirige entonces a Yarelis, relajando por un segundo su cara enfurecida–. Ven conmigo, querida.

Ella me lanza una mirada suplicante, pero, en ese momento, lo más prudente parece hacer caso a quien empuña la sierra, y hago un gesto a la chica para que obedezca. Cuando esta llega junto al hombre, él la envía hacia atrás y nosotros nos quedamos en silencio, esperando que eso sea suficiente para rebajar la tensión. Después de todo, el desenlace de nuestro plan no sería tan desastroso si el párroco se llevara a Yarelis de vuelta a Orbe dejándonos en paz. Lo malo es que parece no conformarse con eso.

–¡Ahora voy a daros vuestro merecido! –Vocea antes de lanzarse contra nosotros.

Por suerte, mis reflejos son suficientemente rápidos para empujar a mi colega fuera del alcance de la motosierra al mismo tiempo que logro echarme hacia atrás esquivando el mordisco de la herramienta. Solo logra rasgarme la ropa, sin llegar a cogerme de lleno, de modo que el sacerdote pierde el equilibrio y cae al suelo perdiendo el control. La sierra mecánica empieza a bailar entre sus piernas hasta que la cadena dentada encuentra carne y le ocasiona un corte profundo en la cara interna de uno de los muslos, muy cerca de la ingle. El cura empieza a chillar llevándose las dos manos a la entrepierna en el mismo momento en que un chorro de sangre brota de la herida. Yo, instintivamente, corro hacia él y me arrodillo para sujetarlo por los hombros. Enseguida deja de gritar, aunque continúa quejándose y siento su respiración muy agitada. Cuando me quiero dar cuenta, en cuestión de segundos, el desgraciado está sentado sobre un charco cada vez más grande. Entonces levanta la cabeza, y me mira angustiado, con los ojos rebosantes de miedo. Intenta decirme algo, pero solo alcanzo a escuchar un suspiro agónico que apesta a pacharán.

Adama me agarra de un brazo.

–Déjalo, Touré.

La mancha de sangre se expande por el suelo rápidamente y los gemidos terminan extinguiéndose por completo, al contrario que el rugido de la motosierra, aún en funcionamiento mientras la música sigue retumbando desde el todoterreno.

Adama apaga la sierra y quita el contacto del 4x4. Vuelve el silencio.

–¡Qué escándalo, la hostia! Ha tenido que oírse a kilómetros –dice mi colega–. ¡Vámonos de aquí los tres, ahora mismo!

* * *

El último imprevisto con el párroco de Orbe me ha dejado mal cuerpo. A eso tengo que unirle la inquietud que me produce saberme muy cerca de la frontera. Ya puestos a que las cosas salgan mal, podríamos toparnos con un control policial antes de pasar al país vecino, y así se lo comento a Adama.

–No te preocupes Touré, ya estamos en Francia –me tranquiliza.

Pues una preocupación menos, pienso, y me concentro en los cabos sueltos que hemos podido dejar en el último tramo de nuestro tortuoso camino. ¿Qué pasará cuando se topen con el cuerpo del sacerdote? No creo que encuentren ningún rastro que nos incrimine, a no ser que les de por registrar el fondo del pantano. Pero ¿por qué iban a hacerlo? Al fin y al cabo, los accidentes con motosierra no son tan extraños, no será este el primero que se muere desangrado por un movimiento en falso o un descuido. Sin embargo, en esta ocasión la víctima se hallaba lejos de su casa, y de noche... Es verdad que falta un contexto que apoye la teoría del accidente; pero, por otro lado, todo el pueblo sabe lo raro que era este cura, no tienen por qué relacionarnos con este suceso. ¿O tal vez sí? Seguro que la rubia del puticlub suelta la lengua. Para mí que, a pesar del disfraz, me ha reconocido nada más entrar por la puerta, si no, no habría puesto al párroco en nuestro camino, porque seguro que ha sido ella. ¿Sospechará que Yarelis estaba compinchada conmigo? ¿Sabrá algo de la complicidad de Adama? Y todo esto sin tener en cuenta el asesinato de Isaac. La pobre Idoia no dirá nada en mi contra, seguro, pero aún así, ¿de quién van a sospechar? Pues del negro que se larga de repente, por supuesto. Vamos, que tengo todos los boletos.

La cruda realidad es que hay un montón de detalles que nos relacionan con el atraco. Tal vez mis dos compañeros se libren, pero yo de ninguna manera. El único punto a mi favor es que legalmente no existo, alguna ventaja tenía que tener ser un inmigrante sin papeles.

De cualquier modo, no tengo ninguna intención de echarme atrás y volver a España. Yarelis también nos lo ha dejado claro: después del susto que nos ha dado su admirador, dice que no vuelve a Orbe ni de coña, que se viene con nosotros. Vale, pero ¿y Adama? ¿Qué piensa hacer? Le observo desde el asiento del copiloto mientras conduce, y parece muy tranquilo. Me huelo que ya ha tomado una decisión, aunque todavía no haya comentado nada. ¿Qué estará pensando, tan callado?

Enciendo la radio y voy pasando de una frecuencia a otra hasta que doy con una música suave que invita a relajarse. El locutor habla en francés, aunque suenan canciones en euskera. Una de ellas cuenta la historia melancólica de un pastor solitario, tiene un toque tierno y conmovedor, pero el recuerdo que me llevo yo de Orbe es muy distinto: me voy asqueado de los pastores, de las ovejas, los tranquilos prados y todo lo que me recuerde ínfimamente la vida rural y campestre que he llevado durante los últimos meses. Si algo he sacado en claro de esta corta etapa es que los pueblos pequeños no están hechos para mí, que siempre me irá mejor en ciudades grandes que me permitan ir por la calle anónimamente, sin llamar la atención, gracias a la diversidad de razas que en ellas confluyen. Cierro los ojos un momento para imaginar mi futuro. Si pudiera espantar mi mala suerte, al menos para poder vivir en paz...

Seguimos por una carretera secundaria moldeada de acuerdo al relieve de la zona, subiendo y bajando colinas, pasando por pequeñas poblaciones dormidas, cuando en una de estas, quién sabe después de cuánto tiempo, me percató de que estamos llegando a una ciudad grande.

–Baiona –dice Adama, señalando unas luces que cada vez tenemos más cerca.

Solamente escuchar ese nombre, me produce en el pecho un dolor similar al de una puñalada, mientras que Yarelis, que venía medio dormida, se espabila al instante.

–Qué rápido hemos llegado, ¿no? –comenta.

Mi compañero no hace más que encogerse de hombros sin despegar la mirada de la carretera, cada vez más transitada, concentrado en seguir las señales que nos dirigen primero al centro urbano y luego hacia la estación del ferrocarril.

Cruzamos sobre una ría por un puente muy largo y enseguida estamos en la estación de tren. Mientras buscamos aparcamiento en las proximidades, siento un nudo en la boca del estómago.

Circulamos lentamente en paralelo al brazo de mar, la atmósfera dentro del coche se vuelve densa y pesada, nadie dice nada. Adama conoce de sobra el amargo motivo de mi silencio.

–Sucedió ahí, ¿verdad? –me dice, mirando hacia otro puente, unos metros más arriba.

Hago un gesto afirmativo. El aire se hace aún más pesado, y creo ver un punto de compasión en la mirada de Yarelis que, sin conocer más detalles, parece hacerse cargo de mi desgracia sin que nadie tenga que explicarle cómo un fatídico día encontré en ese lugar el cuerpo sin vida de mi hija. Sobran las palabras para comprender que, a pesar del tiempo, un hondo dolor perfora mi alma.

Finalmente aparcamos en un lugar apartado del muelle. Entonces el senegalés recupera el habla:

–Yo me tengo que ir ya, de otro modo, no estaré en la gasolinera al amanecer.

Su tono de voz no da lugar a dudas, parece que ha tomado una decisión firme. Aún así, trato de hacerle reflexionar:

–¿Estás seguro?

–Segurísimo.

–Después de todo lo ocurrido, ¿no crees que es arriesgado para ti regresar?

–He venido pensando en esto todo el viaje, y me he dado cuenta de que en realidad no se puede probar nada en mi contra.

–Ya, podría ser, pero no olvides que eres mi colega, y yo sí que soy sospechoso de todas las cosas malas que han sucedido durante estos últimos días.

–Ese es tu problema. –Se le escapa una sonrisa.

–Te van a hacer muchas preguntas.

–Sabré cómo responderlas, no te preocupes.

–Piénsalo bien –mi último intento–. ¿No será mejor que nos larguemos los tres juntos, al menos por una temporada? En Orbe nos queda Idoia, siempre podremos preguntarle cómo va todo, ella puede avisarnos cuando se calmen las aguas y sea seguro volver.

–Tendré que asumir riesgos, lo sé –guarda silencio un instante–. Es que no quiero perder la estabilidad que me da el trabajo en la gasolinera. Vale, no es ningún chollo, pero es lo mejor que he conseguido hasta ahora.

Al final no me queda otra que rendirme y aceptar la decisión de mi amigo.

–Tenéis un tren a Burdeos a primera hora de la mañana –dice, con un tono algo más distendido–. Todavía falta un buen rato, podéis buscar una discoteca para que no se os haga muy larga la espera.

–Tú estás de broma, loco –se queja Yarelis–. Este sitio será mucho más grande que Orbe, pero parece aún más triste, ni me imagino yo una disco por aquí cerquita. Además, adónde vamos a ir sin cuartos.

Entonces, Adama se mete una mano al bolsillo y saca dos billetes de cincuenta euros que pone en mi mano.

–No puedo aceptarlo.

Trato de devolverle el dinero, pero él se niega e insiste:

–Yo voy a ganar muchos de esos los próximos meses, si el jefe no me despide, que parece que así va a ser. Vosotros, sin embargo, necesitaréis algo para empezar de nuevo en Francia, sobre todo después de la mierda de atraco que acabamos de hacer.

Al final, olvido mis escrúpulos y me guardo el dinero sintiendo que siempre estaré en deuda con Adama por todo lo que ha hecho por mí desde aquella horrible noche en la que volcó nuestra patera y nos quedamos debajo de ella, esperando nuestro fin mientras el oxígeno y las fuerzas se

nos iban agotando. Yo no hubiera resistido de no ser por el senegalés. Su fortaleza interior fue nuestra salvación, su valor y su ánimo alimentaron nuestra esperanza hasta ser rescatados con vida.

–Solo es un pequeño préstamo, tranquilo –añade–. Seguro que te irá muy bien en Francia con tus dotes de adivino, verás como pronto empezarás a ganar dinero y pronto podrás devolvérmelo. Hasta puede que tengas tantos clientes que necesites un ayudante. En ese caso, avísame, que vendré encantado. Porque ya me harías sitio en tu casa, ¿verdad?

–Por supuesto –respondo emocionado, mientras estrecho su mano por última vez.

IX

Bajamos del tren en la estación de Burdeos, haciendo cola con el resto de los viajeros. En cuanto pongo un pie en el andén, echo un vistazo alrededor y respiro aliviado al comprobar que no hay policía a la vista. Sin embargo, Yarelis, empieza a meterme prisa:

–Vamos, Touré –la miro extrañado, parece nerviosa–. Pero ¿por qué no te mueves? ¡Venga, dale *pa'allá!*

Me agarra de un brazo llevándome hacia la salida casi arrastras, y una vez fuera, sigue tirando de mí a buen paso hasta que giramos en la primera esquina. Continuamos unos metros más, hasta que la chica se detiene y me suelta, mirando cautelosamente a un lado y a otro. Entonces, como por arte de magia, se saca una billetera del bolsillo.

–¿Qué...? ¿Qué hostias haces? –tartamudeo sin salir de mi asombro mientras veo cómo se deshace de la cartera tirándola a una papelera después de sacar el dinero.

La joven vuelve a cogerme del brazo sin decir una palabra y seguimos caminando a buen ritmo, aunque no con la prisa de antes. A medida que nos alejamos de la estación, vamos aflojando el paso. Al final nos detenemos y ella propone que nos sentemos en un banco. Entonces suelta un suspiro y me pregunta, tan tranquila:

–Dime, Touré, ¿cuánto tú tienes aparte de la miseria que sacamos del puticlub?

–Lo que me ha dado Adama.

–Por lo tanto, en total... ¿unos doscientos euros?

–Bueno, a eso hay que restarle lo que hemos gastado en los billetes del tren.

–Entonces, ¿cuánto es que nos queda?

–No lo sé exactamente, porque no he contado todas las monedas del atraco. ¿Tú no tienes nada?

–Aún guardo los diez euros que os saqué en el club, y poco más. ¿Adónde tú crees que vamos a ir con esa pila de cuartos? –me mira a sabiendas de que no tengo respuesta– ¡Pues menos mal que ese francés nos hizo un regalito!

En un primer momento me inquieta la naturalidad con que Yarelis ha levantado la cartera a ese tipo, aunque la realidad es que su razonamiento está cargado de lógica.

–No me esperaba lo que has hecho, por eso me he quedado a cuadros –le digo, más tranquilo–. No sabía que usabas tan bien esos dedos largos.

–Bueno, tengo un poquito de práctica.

–Pues ahora nos ha venido fenomenal esta habilidad tuya, pero, la verdad, no quisiera visitar el trullo nada más pisar Francia.

–Tranquilo, si tenemos cuidado, no podrán agarrarnos.

Las palabras de la chica resuenan en mi cabeza: “Adonde vamos”, “si tenemos cuidado”, “no podrán agarrarnos...” Hemos hecho el viaje dormitando en el tren y aún no hemos hablado claramente sobre lo que haremos cada uno en un futuro inmediato.

–No sé qué es lo que vas a hacer tú –dice, como si me hubiera leído el pensamiento–, pero yo ya me quillé haciendo de puta y no pienso volver a esa vaina.

–Me parece muy bien –le respondo–. A mí tampoco me apetece seguir haciendo de perro

pastor. Aún así, no sé...

–Loco, mira esto –me interrumpe con decisión–: Acá yo solo soy una fulana sudaca y tú un negro ilegal, no hay nadie en todo el país dispuesto a darnos un trabajo decente. Así que, de momento, vamos a tener que buscarnos otro modo de ganar dinero, dinero fácil, a ser posible, ¿me copiaste?

El discurso de Yarelis es tan crudo como claro, y me hace pensar que, en realidad, no tengo ningún plan alternativo. Desde que estoy en este que llaman “Primer Mundo”, solo he podido buscarme la vida en oficios de lo más extraño y variopinto: falso adivino, detective de pacotilla, gigoló, figurante de ópera, toro de fuego, cabezudo de fiestas... Y ninguno de estos trabajos me ha dado nunca lo suficiente para poder vivir dignamente. Como tampoco ninguno de los encargos que más tarde me he visto obligado a realizar: confidente de la policía, chivato, matón, sicario... Actividades que debía llevar a cargo simplemente para seguir vivo y en libertad. Y ahora, recién llegado a otro país, ¿qué tendría que hacer para comenzar una nueva vida? ¿Deambular por los barrios pobres hasta toparme con algún compatriota a quien mendigar un poco de compasión, un rincón en su casa de mierda hasta que encuentre algo? Tal vez haya llegado el momento de apartar las miserias y apuntar más alto, como sugiere Yarelis.

–Yo tengo algunas ideas –dice ella–. Si quieres, te cuento...

En ese momento pasa frente a nosotros un par de mujeres con pintas de ricachonas. No nos miran. En realidad nadie nos mira, ni siquiera nos ven, a pesar de que, en teoría, resultamos una pareja bastante llamativa.

–Entonces, ¿me estás diciéndome que, de momento, quieres seguir junto a este desdichado africano? –pregunto a Yarelis en cuanto se alejan las señoras.

–Sí, si a ti te parece bien. Podemos probar, y según lo veamos, tomamos una decisión. ¿Qué es lo que tú piensas?

Hace solo un par de días ni se me hubiera pasado por la cabeza algo así. Cuando decidí largarme de Orbe me imaginaba solo en Francia, o quizás con Adama, o con Idoia... Pero las cosas no salen siempre como esperamos; en mi caso, casi nunca. Y, bien pensado, ¿por qué no probar con Yarelis? Me gustan su forma de ser, su espontaneidad, su inteligencia y... su cuerpo. No puedo evitar una sonrisa al responder:

–De acuerdo, probemos.

* * *

Llevamos ya unas semanas en Francia y Yarelis y yo seguimos juntos, socios en periodo de prueba, como quien dice. Comenzamos a experimentar nuestro nuevo oficio en Burdeos, pero al final decidimos seguir camino y continuamos viajando en ferrocarril, aprovechando varias escalas en el trayecto hacia París para hacer algún que otro trabajito. Y debo confesar que desde que llegamos a la capital me siento como nunca. Aquí no vivo en un ghetto, como en el San Francisco de Bilbao, ni en una cárcel sin paredes, como en Orbe. Nos hemos instalado en *Chateau Rouge*, un barrio del distrito 18, donde me siento casi como en casa. En este lugar no llama la atención el tono oscuro de mi piel, al contrario, son los blancos los que parecen fuera de lugar. Hay un montón de comercios, e incluso un mercado, africanos, y las calles están llenas de colorido, no es extraño ver a las mujeres vestidas al modo tradicional, muchas con su bebé sujeto a la espalda con una tela. Miles de personas originarias de mi continente viven en este barrio y en áreas circundantes. Según dicen, hay más de un millón de negros en París.

En cuanto a nuestra forma de vida, por motivos de trabajo, hemos terminado aficionándonos a conciertos y todo tipo de eventos multitudinarios. Birlar carteras es nuestra especialidad. Yarelis

me ha enseñado los secretos del oficio, la condenada es muy buena en lo que hace y creo que completamos el tandem perfecto. Algunas noches, cambiamos de táctica: elegimos una discoteca de moda y ella se deja ver a la entrada, desplegando todo su arsenal de encantos hasta que aparece algún pijo que traga el anzuelo, lo cual, tarde o temprano, siempre sucede. Para cuando el incauto quiere darse cuenta, el bomboncito ya le ha vaciado los bolsillos. Y ¿cuál es mi función? Normalmente todo va según lo planeado, pero si alguna vez se tuerce algo, para eso estoy yo, para dar un par de hostias al que se ponga tonto.

Jamás he tenido tanto dinero entre las manos. Nos sobra para pagar un piso de alquiler y tener bien llena la nevera. La verdad es que casi no nos privamos de nada. El signo más evidente de nuestro recién alcanzado estatus es la pedazo de Honda que ahora mismo tengo debajo del culo. Nunca me hubiera imaginado de esta guisa, enfundado en esta ropa de motero tan cara, con botas, guantes y todo, viendo el mundo desde el interior de un casco reluciente mientras aguardo en un céntrico cruce de París, expectante, inquieto, deseando ver en qué queda esta nueva experiencia a la que me enfrento.

Son muchos cambios, muchas emociones que aún no he compartido con nadie. Mientras espero, me acuerdo de un viejo amigo, y me digo: “¿Por qué no?”. Solo tengo que dar la orden a través del micrófono del manos libres: “Llamar a Adama”.

Hace días que vuelvo a tener operativo el móvil, desde mi llegada a Francia he ido recuperando la confianza, aquí me siento más seguro, y ya veía más inconvenientes que ventajas al hecho de permanecer desconectado.

El teléfono empieza a dar señal y siento un cosquilleo en el estómago. Mi último contacto con el senegalés fueron un par de breves mensajes por medio del teléfono de Yarelis, al poco de separarnos, donde confirmábamos que a todos nos iba bien, de momento.

—¡Touré, cuánto tiempo! —exclama mi colega—. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—No puedo quejarme, ¿dónde estás?

—Mejor que no te lo diga.

—¿Cuántos minutos? —oigo cómo se ríe—, o mejor, ¿cuántos segundos tenemos para hablar antes de que te localicen y envíen un comando en tu búsqueda?

—Anda, deja de cachondearte. ¿En serio estás bien? Bueno, si ahora estamos hablando por teléfono, quiere decir que, al menos, no estás en chirona.

—Pues no, sigo aquí, en la gasolinera.

—¿Sin más? ¿No has tenido ningún problema con eso que llaman justicia?

—En absoluto.

—Pero la policía habrá estado investigando las muertes de Orbe, ¿no?

—Claro que sí, pero eso no me ha supuesto ningún problema. Los maderos no encontraron apenas colaboración por parte del pueblo. Por un lado, porque los difuntos no caían bien a nadie; para que te hagas una idea, pasaron muchas horas hasta que alguien dio noticia de la aparición de los cuerpos. Y, por otro lado, porque aquí la pasma no es bienvenida. En Orbe siempre habrá broncas y desacuerdos entre los vecinos, pero todos coinciden en querer a la policía lo más lejos posible porque todos tienen trapos sucios que ocultar. En resumidas cuentas: la poli estuvo preguntando por acá y por allá, pero no pudieron encontrar nada, ninguna pista que incriminara a nadie.

—Increíble.

—Bah, no será este el primer caso en el que impera la ley del silencio. No es raro en pueblos tan pequeños y cerrados como Orbe. Imagino que la investigación sigue abierta, pero tiene pinta

de no llegar a ninguna parte.

–¿Pero de verdad nadie ha intentado ni siquiera culpar a aquel africano que desapareció sin avisar?

–¡Qué va! Probablemente haya alguien que sospeche, pero yo creo que en el fondo se sienten aliviados por haberse librado de esos elementos y están hasta agradecidos.

Levanto la vista y compruebo que todo sigue con normalidad alrededor. No hay ni rastro de la policía, vamos bien.

–¿La rubia del puticlub tampoco se ha chivado? –pregunto.

–No ha dicho nada, ni del atraco ni de la desaparición de su compañera de trabajo.

–Mejor así.

–La verdad es que yo colaboré un poco en su decisión. Fui a hablar con ella en cuanto regresé, quería tantear qué intenciones tenía.

–¿Y?

–Sabía de sobra quién era Bugs Bunny, claro. La tía no es tonta y, además, se olía el resto, la implicación del colega del conejo y, tal vez, la de la chica desaparecida. Pero le dije que Bugs Bunny, al margen de su aspecto inocente, es un personaje muy peligroso que podría volver al club a tirar unos dardos cualquier día. Al fin y al cabo, ¿qué le suponían a ella un puñado de euros y una compañera menos en el club? Parece que enseguida captó el mensaje, y, además, y esto es lo verdaderamente decisivo, me dio la impresión de que en ese antro se mueven negocios más turbios que el de la prostitución. Ellos son los más interesados en no remover nada, no quieren levantar la liebre y terminar siendo ellos los investigados.

–No vas desencaminado, ¿sabes? La rubia tenía varios motivos de peso para cerrar el pico.

–¿Qué motivos?

–Por ejemplo, los encargos que les hacían el alguacil y el curita. Parece ser que, de vez en cuando, traían chicas muy jóvenes para ellos, demasiado jóvenes, ya me entiendes. Las dos eminencias de Orbe se lo montaban con niñas y redondeaban la fiesta con unas rayas de polvo blanco, también servicio de la casa. Normal que ahora no quieran verse involucrados ni de lejos. No les conviene que nadie meta las narices en sus asuntos.

–Joder, ¿cómo te has enterado de todo eso?

–Me lo ha contado Yarelis.

–¡Yarelis! ¿Qué sabes de ella?

–Sé mucho.

–¡No estará contigo todavía!

–Has acertado.

–¡Ostras!, ¡pues genial! –me sorprende que Adama se alegre tanto de repente, pero enseguida entiendo el por qué–. Yo también tengo algo que contarte sobre una chica de aquí, sobre Idoia.

Al oír ese nombre me acongojo un poco, quizás sea culpabilidad lo que siento.

–¿Está bien? –pregunto.

–Perfectamente, quería decirte que nos hemos hecho muy amigos –empieza a carraspear–. Yo no era el primer africano de su lista, ya lo sabes, pero como el otro tipo se esfumó...

–Tranquilo, Adama, me alegro mucho –no puedo evitar una sonrisa.

–Nosotros también nos alegraríamos de verte otra vez. Tal y como está todo, puedes volver tranquilamente cuando quieras.

–Muchas gracias, pero, de momento, no entra en mis planes.

Vuelvo a levantar la mirada, ahora vigilo a través del retrovisor: todo sigue tranquilo cincuenta metros a mi espalda, pero tanta tranquilidad casi me inquieta, ¿no se está alargando

demasiado?

–¿Qué planes tienes con Yarelis? –me pregunta el senegalés.

–Bueno, nuestra relación es sobre todo profesional.

–¿Cómo? No te habrás convertido en su...

–¡Qué va! –no le dejo terminar la frase–. Hemos decidido olvidarnos de nuestro pasado y darnos una oportunidad haciendo algo diferente. Y he de decirte que formamos un buen equipo.

–¿Equipo?, ¿equipo de qué?

¡Por fin! Yarelis sale ahora de la joyería. Lleva la mochila a la espalda, parece nerviosa y viene casi corriendo, sin dejar de mirar hacia atrás.

–Perdona, Adama, tengo que dejarte, seguiremos en contacto –corto la llamada sin darle tiempo a protestar.

Aprieto el embrague y meto la marcha. El dueño de la tienda sale a la calle haciendo aspavientos. Hago rugir la máquina, el tipo empieza a gritar histérico apuntando con un dedo a la ladrona. Yarelis termina esprintando hasta la moto. Apenas pone el culo en el asiento de atrás, le paso el casco y doy gas para salir disparado.

–¿Todo bien? –le pregunto.

–Mejor imposible.